ARIADNA BAKER

JEFE,

¡TE QUIERO EN MI MESA POR NAVIDAD!



ARIADNA BAKER

JEFE,

¡TE QUIERO EN MI MESA POR NAVIDAD!

Primera edición.

Jefe, ¡te quiero en mi mesa por Navidad!

©Ariadna Baker.

©octubre, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
RRSS

Capítulo 1

Bailaba, a la vez que preparaba unos filetes de pollo a la plancha con una ensalada de mango, aguacate y huevo duro.

—Qué energía tienes siempre, hija —comentó mi amiga Larisa, al entrar a la cocina.

—La vida está para bailarla. Venga anímate con "*La Morocha*" —sonaba esa canción en este momento.

—Suelta, suelta, que no estoy yo para mucha fiesta —se alejó al frigorífico mientras reía con tristeza.

—Olvida ya al imbécil ese que te tiene por los suelos. ¿No te das cuenta de que nunca dejará a su novia y que siempre serás la otra? Ahora se fue de finde con ella y le importas una mierda.

—Me voy al sofá —contestó, ignorando mi comentario después de echarse un vaso de té frío de mango.

—Pues nada, yo seguiré bailando por las dos.

Larisa estaba consumida y no se daba cuenta. Llevaba un año con Jorge, un joven policía comprometido con su novia y que, a su vez, estaba con mi amiga, que por cierto era su compañera en el cuerpo.

No había nada peor que tener una venda en los ojos y ella la tenía. Soñaba con que él le dijera en cualquier momento que ya no estaba con su novia, María y que quería estar con ella. La realidad es que estaba comprometido y se iba a casar el verano siguiente. Pero no, no había manera de abrirle los ojos a Larisa y que comenzara a reconocer, que esto no le llevaría a ninguna parte.

Larisa y yo habíamos alquilado el apartamento un año atrás cuando decidimos independizarnos y vivir juntas para que los gastos fuesen más llevaderos. Fue una decisión buenísima, ya que éramos amigas desde el primer curso de primaria hasta el final de bachillerato. Luego ella se preparó para policía nacional y yo estudié para trabajar de asesora laboral. Ambas lo conseguimos.

Mis horarios eran más buenos que los de ella, ya que yo trabajaba de lunes a viernes en horario de mañana. En su caso, trabajaba en turnos que iban rotando y lo mismo le tocaba de mañana, que de tarde que de noche.

Este fin de semana lo teníamos ambas libre, por lo que comenzábamos un sábado desde el relax de pasarlo en casita ante un frío que embriaga a la ciudad, bueno, al país entero.

Preparé la mesa y la llamé para que viniese a comer. Ella se había encargado de otras cosas de la casa y compartíamos las responsabilidades sin necesidad de tenernos que decir la una a la otra que hacer. Eso sí, yo era la que me encargaba de la cocina porque me encantaba al igual que de la ropa, cosas que a ella no les gustaba.

Larisa era la menor de sus hermanos, el mayor era Enrique con treinta y dos años, luego Manuel con treinta y ella la última con veintisiete años, todos en el cuerpo de Policía siguiendo los pasos de su padre Luis que a sus sesenta años seguía siendo inspector. Su madre Silvana trabajaba en las oficinas de la mayor empresa de energía eléctrica del país donde tenía su puesto fijo. Era tres años menor que su marido.

En mi caso tenía una hermana de veinticinco años, Irene, dos años menor que yo y que trabajaba de azafata de vuelos. Teníamos una relación inmejorable. Mis padres, Francisco y Lourdes, eran profesores de

bachillerato en dos institutos diferentes, pero se conocieron durante la carrera.

Tanto Larisa, como yo, teníamos mucha suerte con nuestras familias, ya que son solo nos habían apoyado en todo, también nos habían dado un amor infinito y unos valores que hoy nos representaban.

Que sí, que más de una persona dirá que Larisa no tenía valores por el hecho de estar con un hombre comprometido, pero nada que ver con la realidad, ella era una persona entregada en cuerpo y alma con la mala suerte de haberse enamorado de un compañero que entró nuevo en las dependencias y que se la ganó antes de contarle que estaba comprometido y vivía con ella. Eso la dejó en un caos en el momento en que su corazón ya solo tenía ojos para él.

Y no, no la estaba justificando cuando yo era la primera en condenar esa situación, pero muchas veces las cosas pasan por algo y aquí el más culpable era él que estaba jugando con dos mujeres, a una porque la engañó al principio sin mencionar la realidad de su estado y a la otra porque la engañaba con un nuevo capricho. De todas maneras, cada uno era libre de pensar lo que quisiera, pero yo lo había vivido a su lado y sabía que no era tan fácil para ella renegar de lo que tanto amaba.

—No entiendo como haces con unos simples filetes de pollo para que estén tan sabrosos.

—Te lo he dicho muchas veces, señora agente. La culpa la tienen las especias, esas que no conoces ni dejas que te presente. Cualquier día te echo una de esas hierbas de la risa y te mando al trabajo lista para infiltrarte entre los narcos.

—Qué graciosa eres —dijo con ironía, pero con la carcajada suelta.

—No entiendo como no te metiste a chef en vez de asesora.

—Porque me gustan más los bombones que no aportan calorías, sino los que te la restan —le hice un guiño y puse cara de lujuriosa. Ella sabía que mi

jefe me tenía enamoradita perdida, lástima que para él yo era una más de la plantilla.

—Buena lógica —afirmó con la cabeza.

—¿Y si esta noche nos vamos a mover el esqueleto y tomarnos unos copazos?

—¿Con el frío que hace? No lo veo. ¿No es mejor que pidamos comida basura y nos quedemos viendo pelis con chuches y palomitas?

—También es un buen plan, sí, pero así no me comeré un rosco.
—¿Te llegó tu época calenturienta?

—No, pero joder, que ya hace tiempo que no me miman sensualmente —gemí, a la vez que mordía el pollo.

—Vane, estás a falta de un buen polvo —no dejaba de reír.

—Llamémosle amor de hombre…

—Entonces que, ¿una de guarrerías con peli?

—Venga, vale, me has convencido.

—Eso es que tampoco tienes tantas ganas de salir, como si no te conociera. Solo hay que ver lo que te has peleado por salirte con la tuya. Nada.

—A ver si va a resultar que la que quiere salir eres tú y estás haciéndote la remolona.

—¿Salir? Ya estoy harta de calle.

—Y bien servida en el sexo, aunque sea con el hombre equivocado.

—Deja el tema —protestó a modo de advertencia en tono muy bajo.

—Venga vale, cena guarra y mierda para el cuerpo. Ya el lunes correré los pocos minutos que me llevan al trabajo y eliminaré toda la porquería que esta

noche meteré en mi cuerpo.

—Yo quiero un cuerpo como el tuyo.

—Como si no tuvieras uno espectacular —volteé los ojos.

Larisa siempre se había valorado mucho, pero desde que estaba con este hombre liada y se enteró que estaba prometido, comenzó a menospreciarse y pensar que no era suficiente. Me daba mucha rabia.

El caso es que el día no estaba para salir mucho, así que la puse a buscar alguna serie en Netflix de pocos capítulos para hacernos una maratón en la tarde.

Mi madre me llamó para avisarme que por la tarde mandaría a mi padre a traernos una ollita con una fabada asturiana que nos gustaba muchísimo como la hacía. Así que ya tendríamos la comida del día siguiente que pintaba también metidas en casa. Su madre también nos hacía sus especialidades y es que en ese sentido estábamos de lo más cubiertas.

Fin de semana de hogar, en la mejor de las compañías, y con una fabada en camino que me ahorraría calentarme la cabeza el domingo. No estaba nada mal.

Capítulo 2



Lunes por la mañana y me despedí de Larisa después de tomarnos un café juntas. Ella entraba de tarde, por lo cual no nos cruzaríamos hasta la noche.

Mi trabajo se encontraba a siete minutos de mi casa andando por lo que ni me merecía la pena mover el coche. En el caso de Larisa se encontraba a cinco en la dirección contraria. De ahí a que cogiésemos el piso por esta zona.

Entré a las oficinas y saludé al conserje, Juan, un señor de sesenta años que siempre nos esperaba con la mejor de sus sonrisas.

—Buenos días, Abril ¿Qué tal el fin de semana?

—Comiendo como una cerda por culpa de la poli que vive conmigo. No quiso mover el culo del sofá porque según ella, salir con frío no merecía la pena.

—Por tu cara, tampoco te importó mucho.

—Me conoces mejor que mi madre —bromeé, marchándome hacia mi despacho.

—¿No os voy a conocer si sois como mi familia?

—Todos te queremos —respondí, girando la cabeza mientras proseguía mi camino.

Llevaba cuatro años en la empresa y me sentía como de la casa desde que entré unos meses de becaria y pronto me ofrecieron un puesto fijo porque decían que había demostrado ser más que eficiente.

El buen rollo que había era increíble, además que a todos le gustaban buscarme la lengua porque sabían que, con todo mi arte, les contestaba sin rodeos. Hasta a Gonzalo, el jefazo, hijo que hizo relevo al fundador de la empresa, su padre. Esto sucedió dos años atrás cuando cogió el cargo de director y CEO.

Tomé asiento y me dispuse a trabajar cuando Silvia, apareció por mi despacho con una risilla de lo más suelta.

—No sabes que me ha pasado —decía, acercándose a mi mesa para tomar asiento.

—Ni idea, no —me reí.

—Me acabo de enterar de que a David lo ha dejado la novia.

—Hostias —me salió a mí esta vez la carcajada —¿Y quién te contó semejante chisme de buena mañana?

—Él mismo, me lo encontré entrando y le pregunté que le pasaba. En su cara se podía ver que algo no estaba bien.

—¿Y qué esperaba si todos los fines de semana salía de copas con los amigos y todos sabíamos los líos de falda que se traía?

—Pues por lo visto ella se enteró de uno y lo mandó a freír espárragos.

—Suerte que solo fue uno, de lo contrario, a esa chiquilla le hubiera dado un jamacuco.

—Mira que se lo dijimos veces…

—Quién es un mujeriego, no le vale de nada todo lo que se le diga.

—¿No estaréis hablando de mí? —Se asomó precisamente él por la puerta.

—Claro que sí, pasa —le dijo Silvia sin cortarse un pelo.

—No reíros que lo estoy pasando mal. Ya sabía que eras una cotilla —le dijo a Silvia sentándose a su lado.

—Pues si sabes cómo soy, ¿para qué me lo cuentas? —Se encogió de hombros.

—Porque es un secreto a voces. Lo puso hasta en Instagram.

—¿En serio? —preguntamos a unísono, cogiendo los móviles para entrar al perfil de esta.

Y tanto que era en serio. Había colgado una foto de un corazón partido por la mitad que acompañó con unas palabras que venían a decir que, para él, ella nunca fue suficiente. Los comentarios eran buenísimos porque muchas que lo conocían decían que mucho había tardado en darse cuenta. Hasta había alguna que le gustaba hurgar en la herida y le aconsejaba que siguiera investigando para que se abriera la caja de pandora.

—Te lo has buscado solito, David —le dije en shock por todo lo que había leído y eso que no era ni una cuarta parte —. Eso no quita que te aconseje que no contestes a nada de lo que ponga y que pienses a partir de ahora que puedes seguir desojando flores, pero cuando decidas quedarte con una, la cuides y riegues cada día. Esta muy feo decepcionar a alguien.

—Yo no puedo cambiar —respondió con tristeza, pero sincero cómo la vida misma y provocándonos que tuviésemos que aguantar la risita.

—Pues ahí lo tienes, no te lamentes, primo —le dijo Silvia, llamándolo así en broma.

—Si yo fuera tu primo…

—Se la busca solito —murmuré antes de soltar una carcajada.

—Si tu fueras mi primo te ibas a comer menos de lo que te comes ahora conmigo, que es nada. Vamos, no tengo yo otra cosa que hacer que irme con el tipo más mujeriego de la empresa. Claro que sí.

—Ya soy libre.

—Pero igual de putón —contestó ella sin dudarlo.

—Yo me voy de aquí porque para el consuelo que me dais…

—No, si al final venías buscando un polvo. No te jode —contestó en alto para que él se enterase, ya que salía de mi despacho.

Se detuvo y se giró lentamente. Algo me decía que iba a soltar una de las suyas.

—A ti te pongo a cuatro patas antes de que acabe el año —le señaló con esa sonrisilla pícara que siempre llevaba.

—Mucha suerte, maestro. En los ruedos te veo.

—Ya se le pasó el problema —murmuré negando y volteando los ojos.

—Regresaré con otro salseo —me advirtió con el dedo.

—A mí con que me traigas al jefe y me lo sirvas en la mesa…

—Uf, eso es como si me pidieras que te trajese la luna. Nada, ve pensando en otro que ese es el único que está descartado.

—A ese me lo pongo yo en la mesa por Navidad, ya te diré.

—Pues aligera, prima —a todos llamaba así, porque te quedan poco menos de cuatro semanas.

—Tiempo suficiente.

Me había acabado de tirar un farol porque yo tenía tan claro como ella, que Gonzalo era una misión imposible. Es más, aunque se descubriera que era un mujeriego como David, tampoco lo veía liándose con ninguna de sus trabajadoras.

El caso es que de Gonzalo no sabíamos más que era nuestro jefe, estaba podrido en dinero y tenía cochazo y chófer que a su vez le hacía de mano derecha y seguridad. Le llamábamos a Gustavo “el rebujito”, porque le valía para todo.

Y hablando de jefe, ese que hoy lunes no apareció en toda la jornada. Fijo que se lo había cogido de descanso después de un fin de semana frenético, porque casualmente era un día que solía estar ausente en repetidas ocasiones.

Eran las cuatro de la tarde cuando salí por las puertas como cada día. Sentía un apetito tremendo y las tripas no me dejaban de crujir durante todo el camino.

Llegué a la casa y me calenté la pasta para sentarme a comer viendo la tele. Antes me había cambiado de ropa para ponerme el pijama y estar cómoda como Dios mandaba.

Estaba terminando de comer mientras veía las noticias internacionales cuando llamaron a la puerta. Era mi hermana, que venía de un vuelo de Bélgica y me había traído una caja de chocolates belgas y un tarrito de cristal con trufas también de allí. Me la comí a besos.

Se tomó un café rápido conmigo porque se iba a ducharse y preparar todo, ya que mañana salía en un vuelo internacional hacia Acapulco dónde la tripulación se quedaba cuatro días. Luego tendría cinco días libres que aprovecharíamos para hacer algún plan juntas.

Mi hermana era de lo más feliz con su empleo y sus viajes. Amaba su trabajo y tenía la suerte de trabajar para una buena compañía. Desde pequeña fue su vocación porque era muchos los carnavales que se disfrazaba de azafata.

Recogí todo y me tumbé un rato bocarriba en el sofá. Necesitaba desconectar, aunque fuera una horita.

Capítulo 3



La semana había pasado tan rápida que no me podía creer que ya fuera viernes y encima tuviera un planazo.

Larisa se había acabado de marchar para su turno de noche y yo me terminaba de arreglar para asistir a la cena de empresa que siempre hacíamos unas semanas antes de Navidad.

Tenía unas ganas inmensas, ya que, de todos los años anteriores, siempre había tenido un recuerdo muy bonito en donde las risas y los momentazos se quedaban por un tiempo como recuerdo en los comentarios de las oficinas.

El año pasado fue el primero que vino Gonzalo y estaba muy tenso ocupando su papel de director y embajador. Se notaba que no le gustaban este tipo de cosas que él vería como un compromiso que no podía eludir. Bien era cierto que ya en cierto modo tenía un trato más directo con todos y aunque no pasaba de lo cordial, le habíamos arrancado más de una sonrisa que, aunque intentaba no dejar entrever, fueron más que evidentes.

Me había puesto un vestido negro de punto de manga larga, cuello de barco y hasta la rodilla. Lo complementé con unos zapatos de salón tipo, los que usaba mi hermana para trabajar, también en negro. El abrigo era en color crudo y también hasta las rodillas y ceñido al cuerpo. Me pinté los labios de rojo y me di un maquillaje natural, pero con brillo en las mejillas.

Un taxi me recogió en la puerta porque lo último que se me ocurriría era ir en el mío y que a la vuelta me metiera Larisa en el calabozo por conducción

temeraria bajo los efectos del alcohol.

Llegué a la finca donde se celebraba porque eso sí, siempre se escogía un cortijo diferente y se cerraba para nosotros veinticuatro horas. En la entrada me encontré con David y fuimos juntos hacia dentro donde ya se veía a muchos compañeros por el porche que cogía todo el frontal de la finca y que estaba lleno de barriles, servicio de copas y entrantes, además de fabulosas estufas que hacían sentirse de lo más cálido.

Fui saludando a todos, a la vez que me adentraba para dejar el abrigo. Me crucé con Gonzalo que me echó una visual de arriba abajo, pero vamos, que le contesté ni corta ni perezosa.

—No es nada lo que ves ahora, para lo que te encontrarás cuando me quite el abrigo.

—Eres una descarada —dijo a la vez que se le escapaba una risilla.

—Bebe, jefe, que hoy no te salvas de mí —le contesté, a la vez que proseguía mi camino.

Me encantaba, ese hombre me volvía loca y yo no me cortaba un pelo en echarle diez mil directas con la que no conseguía nada, pero alguna sonrisa sí que le sacaba y eso para mí era ganarme muchos puntos.

Dejé el abrigo en el guardarropa y salí a buscar a Silvia, que la había visto de pasada. Por el camino cogí una copa de vino dulce de una de las bandejas de los camareros.

Caminé hacia ella con la buenísima suerte de encontrarme de nuevo a Gonzalo, que cogía una copa de un camarero y se mantenía un tanto al margen de todos.

—Jefe, parece que me estás persiguiendo.

—Estamos en la misma celebración —volteó los ojos, pero no tardó en hacerme una radiografía de arriba abajo.

—Te dije que sin abrigo ganaba mucho —carraspeé.

—¿Y qué te hace pensar que te miro con deseo?

—Tú mismo —me encogí de hombros —. No admitir las cosas es no querer enfrentarse a nuestros mayores miedos.

—Abril —se le escapó una risilla un poco más fuerte, pero no fingida —Si no fuera por lo bien que haces tu trabajo…

—Termina la frase.

—Mejor no.

—¿Y no te ha dado por pensar que, si soy capaz de ser tan buena en lo laboral, puedo serlo aún mejor en lo personal? —Le hice un guiño.

—Buen intento —me señaló con el dedo a la vez que se giraba para saludar al director de Recursos Humanos.

Llegué hasta Silvia que había estado al loro de mi encuentro con el jefe. Me miró sonriendo y esperando que le contara.

—Estás de lo más guapa y sexy, pero quiero salseo.

—Le he dicho que me lo voy a tirar, pero no me toma en serio.

—¿Tal cuál?

—No, tal cual no, pero claro y alto. Ese cae en mi mesa el día de Navidad.

—Pues los días se te agotan. Tic, tac, tic…

—No veas como te queda el vestido —me dijo Carmen, cogiendo mi mano para verme mejor.

—Te veo más fácil acostarte con ella, que con Don Gonzalito.

—Yo también —afirmó riendo Carmen —. Ya sabes que estoy para ti cuando quieras. Si tú me dices ven…

—Es que estoy muy desesperada —le contesté con la carcajada suelta.

Vi una silla que cogí para subirme al barril. Las chicas me miraban a sabiendas que algo se me había ocurrido.

—¡Atentos todos! ¡Aquí! ¡A la más guapa del grupo! —grité a todos para captar su atención.

Al primero que vi fue a Gonzalo, que se le puso la cara más pálida que los muros del Cortijo.

—Ahora que os tengo a todos atentos a mí, quiero que hagamos un brindis por nuestro director general y CEO de la empresa, nuestro amigo Gonzalo —todos comenzaron a aplaudir y este tenía cara de querer que la tierra se lo tragara y lo escupiera lejos de nosotros—. Un hombre que ha demostrado que su incorporación no solo se trataba de tener la suerte de ser el heredero de su padre, sino que venía con un propósito, el de querer seguir luchando por un legado que no le ha quedado grande —de nuevo los aplausos. Observé como Gonzalo se pasaba el dedo por su cuello en tono amenazante y dirigiéndose a mí—. Un aplauso por mi futuro marido, porque algún día, yo también seré vuestra jefa. ¡Viva el jefe!

Lo que se rieron todos fue tan grande que costó que se parase esa carcajada conjunta que encima se hacía más contagiosa. Hasta Gonzalo se secaba las lágrimas de la risa y esa era mi misión.

—Qué arte tienes, prima —me dijo Silvia, dándome un porrazo en el hombro.

—Y eso que solo llevo una copa, que se prepare el jefe, que cuando lleve tres o cuatro lo monto a hombros y lo saco al ruedo.

—Lo estoy viendo, no sé por qué, pero lo estoy viendo —murmuró Carmen, que aún estaba con el ataque de risa encima.

—Al jefe te lo tiras o lo dejas con un trauma —decía Silvia, con otro ataque de risa más grande.

—Las dos cosas, ya te digo que voy a por todas. O me lo llevo como plato de Navidad, o termino cobrando el paro y rascándome la barriga unos meses en mi casa.

—Ni la una ni la otra.

—Qué poca fe me tienes Silvia…

Roco, que así se apellidaba y lo llamábamos en la productora, se acercó a mí para decirme que lo había clavado. Estaba que no podía parar de reírse.

—Soy todo un fan tuyo —me cogió la mano y me la apretó —. A Gonzalo lo mandas de baja psicológica antes de que termine la fiesta —soltó a carcajadas, causándonosla a nosotras también.

Estaba claro que todos me conocían y lo que tenía de payasa, también lo tenía de trabajadora y buena persona, porque todos sabían que podían contar conmigo y que siempre estaba ahí para ellos. Me sentía muy querida por todos los compañeros y hasta por Gonzalo, aunque ese preferiría que le atropellara un coche a aceptarlo.

El caso es que ahora tocaba pasar al salón para disfrutar de la cena. En este caso me senté con Carmen, Roco, David y Silvia. La noche pintaba que iba a ser de lo más divertida.

Capítulo 4

De entrantes nos pusieron una bandeja rectangular a cada uno con una langosta abierta a la brasa con caviar, una vieira gratinada con bechamel y un tartar de atún de almadraba con guacamoles y cebolla caramelizada. En el centro de la mesa también como entrante y para compartir: Jamón, queso, lomo ibérico, patatas chips de un freidor muy famoso y croquetas de rabo de toro.

Gonzalo se sentó con los directores de cada área, en una mesa frente a la mía, del mismo modo que quedó en dirección a mí. Nuestras miradas se cruzaron varias veces y no dudé en hacerle un guiño en cada una de ellas. Total, ya después de lo que le había soltado, no era plan de hacerme la tímida.

—Lo estás intimidando — murmuró Silvia.

—Es lo que quiero y, además, que se haga al cuerpo que en cuanto venga el plato principal, le hago otro brindis.

—Tía, ese hombre te va a crucificar.

—Eso quiero, que me ate a la cama y me deje a su libre elección.

—Solo te queda arrodillarte ante él —se echó a reír.

—Antes de que acabe la noche —esta vez le hice el guiño a ella.

Nos pusimos de entrantes hasta la ceja. Yo pensaba que ya no iba a poder probar el plato principal, pero cuando descubrí ese trozo de carne de Kobe, una de las más caras del mundo, se me abrió el estómago por completo. Venía acompañado por unas patatas fritas de gajos.

—Todo el mundo a escuchar a la futura consorte de la empresa —dije, levantándome y tocando la botella del agua con la cuchara para hacer el sonido más intenso.

La cara de Gonzalo fue de desesperación total. Le causé que se llevara la mano a su rostro, la resbalara y luego se frotara los ojos.

—Te las estás buscando prima —gritó Silvia y todos nos echamos a reír, incluso Gonzalo.

—A mí me va el riesgo. Eso de ir cuesta abajo y sin frenos no te imaginas la adrenalina que da a mi vida.

—Pues sigue cuesta abajo, ya te esperaremos abajo para amortiguar la caída.

—Mujer de poca fe… —negué riendo.

—¡Qué hable la consorte! —gritó David, que era otro al que no le iba el riesgo…

—Pues eso, que el segundo brindis de la noche es… —Hice los movimientos de mis manos como si tocara el tambor —de nuevo para nuestro jefe preferido el señor Gonzalo.

—Dime que es lo que quieres y acabemos con esto —gritó él con resignación y las risas llegaron hasta la carretera que estaba por lo menos a tres kilómetros.

—¡Que seas mi plato de Navidad!

—Mujer, algo con sentido —contestó, antes de frotarse la cara de nuevo.

—¿Algo con sentido? Tú lo has querido. Pasa esta noche conmigo y nunca más te diré nada atrevido ni te pondré rojo como un tomate.

—¿Hasta qué hora tengo que aguantarte?

—Desde que termine la fiesta hasta que desayunemos churros con chocolate. ¿Hay trato?

—No, no lo hay.

—Pues continuemos con el brindis —cogí la copa y levanté mi brazo —. Como decía, este brindis también va por nuestro amigo Gonzalo, porque os puedo asegurar que va a pasar la mejor noche de su vida. Palabra de Abril, esa que nunca falla. Y dicho esto, ya podéis disfrutar del manjar que tenemos en los platos y preparaos para vivir la gran noche en la que seréis testigos de como se forja una historia de amor.

—Siéntate ya, mujer, que se van a enfriar los platos y nos estamos buscando la roja directa —decía Silvia, jalándome del vestido para que tomara asiento.

—Ya tengo pensado cuando será el tercer brindis.

—Tú para ya de beber que no veas la que estás liando, prima. Hasta me veo yo despedida por daños colaterales.

—Ese es un buenazo disfrazado de hielo.

—¿Un refresco?

—Eso para ti, serás capulla.

—No des el tercer discurso, por favor.

—¿No ves lo bien que se lo están pasando todos?

—Y si cuando te levantes y recuerdes lo que has hecho, te arrepientes.

—¿Qué pasa, que no me conoces? Que no me hace falta una copa para ir hasta él y decirle que le comería hasta las ideas.

—Déjala, lo mismo la tenemos de jefa dentro de unos meses. ¿No molaría?

—Carmen es más realista que tú —sentencié, orgullosa de sus palabras.

—Claro, porque te baila el agua.

—Y una rumba si hace falta —le contestó ella.

El plato estuvo de lo más delicioso. No fue lo último, como broche final nos agasajaron con una mouse de caramelo y nata con trocitos de almendras. Le pedí al camarero hasta que me trajera otro para repetir.

De nuevo todos fueron saliendo al porche donde el calorcito de las estufas hacía del lugar favorito sobre todo a los fumadores. Había dos barras y una pista de madera con un DJ amenizando la fiesta.

—Jefe, ahora voy a cantar en el karaoke la de Shakira.

—Ni se te ocurra.

—¿Cuál de ellas? Porque esa mujer tiene un repertorio —dijo David, que no se cortaba un pelo.

—Eso, tú anímala —le respondió Gonzalo, poniendo cara de frustración.

—La primera, la de, “te felicito que bien actúas…”.

—¿Y esa me la tienes que dedicar a mí?

—Claro, jefe, tu filosofía barata ya no la compro.

—Me vas a volver loco —sacudió sus manos hacia mí y se dirigió a la barra.

—Lo tengo en el bote. Como mujer lo noto —murmuré en alto.

Silvia quería frenarme, pero también me picaba por lo bajini y hasta Carmen se daba cuenta. David soltaba de todo por su boca para animarme, como si me hiciera falta. Yo estaba en toda mi salsa.

Me acerqué a la barra y me pedí una copa de Ron Caramelo con hielo. Gonzalo me miraba apoyado sobre la barra.

—"*Lloraras por mi amor*" —comencé a cantar por *Camela,* a pesar de que de fondo cantaba uno de esos cantantes de moda a los que no se le entienden lo que dicen, pero pegan fuerte.

Gonzalo me observaba sin poder reprimir esa sonrisilla de lado. Lo miraba de reojo mientras seguía cantando mi tema que iba dirigido hacia él. Cogí mi copa y al girarme le tiré un beso al aire y proseguí mi camino.

—Lo he dejado en medio de un orgasmo —dije, poniéndome al lado de las niñas alrededor del barril.

—Le has tirado un beso al aire que lo hemos visto —contestó David.

—Y le he cantado una canción de Camela, la de "*Llorarás por mi amor*"

—Con dos ovarios, tú no le cantes por la *Karol G* en plan *Bichota*, tú por Camela, demostrando lo que te corre por la sangre.

—A mí y a todo el país. ¿Quién no escuchó a Camela?

David comenzó a silbar y mirar hacia el cielo. Obviamente que él también había consumido esas canciones y más que estaba más cercano a esa generación.

Silvia estaba que se moría de la risa cada vez que me miraba, estaba temerosa de que llegara ese momento del tercer brindis. En cambio, Carmen me animaba haciéndome gestos con sus manos.

—¡Jefe! —grité— Si me traes un Ron Caramelo, retraso el pregón un rato —todos estaban muertos de la risa.

—Ahora mismo te lo llevo —contestó, dirigiéndose a la barra.

Ese hombre por mantenerme callada era capaz de ofrecerme una fortuna. Un tipo como él, tan enigmático, prudente y receloso de su intimidad, y yo una chica sin dobleces, de las que se les ve venir y las que viven la vida sin miedo al qué dirán. Un contraste que para él estaba fuera de lo que entendía como vida. El caso es que esa que él vivía, no era la única opción, todo era sacarlo de ese camino.

Capítulo 5

Me tiré una hora teniendo a Gonzalo trayéndome las copas que, por retrasar el pregón, estaba dispuesto a hacerme de camarero toda la noche.

—Te levanto el castigo —le dije, cuando me trajo la copa.

—¿Puedo confiar en que no habrá más brindis ni nada que sea dirigido a mi persona?

—Vale, vale, pero ahora no me vengas dándotela de aludido por cualquier cosa por la que yo me lo pase bien en la fiesta.

—Con no nombrarme, me doy por satisfecho.

—Qué sabrás tú de satisfacción si aún no has probado el pecado de mi cuerpo.

—Lo dicho, disfruta de la fiesta.

—Te comía hasta las ideas.

Me reí mirando a Silvia, que estaba con la boca tan abierta como David y Carmen.

—Reaccionad —hice un chasquido con mis dedos—, que esto es la vida en su máximo esplendor.

—Ese hombre no hace cena el año que viene por no volver a encontrarse contigo —dijo Roco, negando y sin poder parar de reír.

—Ese hombre como tú dices, el año que viene me trae de la mano y como su prometida —le hice un guiño.

—Lo que más me jode es que lo dice con toda la seguridad del mundo.

—Carmen, no pongas en duda mi palabra.

—Para nada, dicen que el que la sigue la consigue.

—Y el vendrá a mí, como un perro abandonado en busca de su dueña.

—Dios mío, yo quiero tu ego —dijo Silvia, con un ataque de risa.

—No es ego, es quererme y valorarme. Confiar en mi persona y mis cualidades para alcanzar todos mis propósitos.

—Yo quiero un Ron Caramelo de esos, no veas lo bien que sientan —dijo David, por el estado en el que yo estaba.

—Que sean dos, que me los bebo como agua.

—Madre mía, esta hoy llega a su casa a gatas.

—O como las perras —le contesté al oído a Carmen y se le escapó otra gran carcajada.

El Dj por petición mía puso la de "*Viva el vino y las mujeres*" de Manolo Escobar. Fue el punto de la noche porque todos los asistentes comenzamos a cantarla a todo pulmón menos mi amigo, ya sabéis quien, ese que no dejaba de frotarse la cara por no admitir que se lo estaba pasando bomba.

Hubo para todos los gustos porque se fueron animando y haciendo sus peticiones. Bailé y canté disfrutando de cada minuto de la noche y de esas miradas que no dejaba de echarme Gonzalo. Algo me decía que había captado esta vez bien su atención.

Eran las dos de la mañana y la fiesta estaba que parecía que comenzaba. Los camareros pasaron consomés, croquetas de pollo con jamón y unos dados de pollo con aspecto de Kentucky.

Eso fue lo que me levantó porque estaba cayendo en picado, pero entre el consomé y la pechá de croquetas y dados que me di, me vine arriba como la espuma y me pedí esta vez un mojito.

Gonzalo hablaba con uno de los directivos que parecía que entablaban una conversación laboral. Eso no me gustaba, tenía que relajarse porque todo tenía su momento, así que fui hasta ellos, les eché una bronca y me marché tan ancha de nuevo a mi barril sin dejarle margen de réplica.

Carmen y Silvia estaban atentas a mí en todo momento y no dejaban de picarme. Luego querían que me comportara cuando ellas no dejaban de tocarme las palmas incitándome a liarla un poquito más. Sí, tiraban la piedra y escondían la mano.

Yo estaba disfrutando como una niña pequeña observando como a mi jefe se les iba los ojitos hacia mí constantemente. Pensaba que esta noche me lo había metido un poco en el bote, pero aún quedaba mucha fiesta por delante para terminar de rematar la faena, porque tenía claro que lo haría.

David estaba tan borracho que comenzó a llorar por su ex, esa a la que le había puesto mil cuernos. Ver para creer, pero como buena compañera y amiga, lo animé junto con Carmen y Silvia, porque Roco no hacía más que echar leña al fuego con sus gracias.

El caso es que la cosa se estaba desfasando y solo había que mirar alrededor. Como cada año, aquí se terminaba casi a gatas y con mil líos para recordar. En esta ocasión tenía claro que era yo la que me coronaba como el recuerdo de la noche.

Carmen era buenísima animando a David y no podía dejar de reírme. Le decía al chiquillo que, si quería a esa mujer de verdad, la dejara libre con alguien fiel y que la amase bien y bonito. Se lo estaba terminando de cargar del todo con todo el cariño de su alma. Luego la que tenía arte era yo, ver para creer…

—Pero es que yo la quiero conmigo.

—¿Y renunciar al resto de mujeres? —le pregunté yo.

—No, eso no.

—Hombre, tú no la quieres, tú lo que necesitas es otra como tú al lado, para que hagáis ranking de cuernos —le solté, antes de darle una colleja.

—Con todo mi corazón y sin que sirva de precedente. Hoy soy capaz de acostarme con cualquiera de ustedes tres y hacer un sacrificio —nos dijo el dolido con todo su morro, causándonos un ataque de risa de lo más grande.

—Se lo ha buscado —dijo Silvia, haciéndonos señas con los ojos.

La pillamos a la primera, de la misma manera que Roco, que se unió a nosotras para cogerlo uno por cada pierna y brazo.

—¡Soltadme cabrones!

—Ahora te vas a enterar —le decía Carmen.

Y yo que seguía a las chicas que iban delante con los brazos y yo detrás con Roco, me di cuenta a donde iba a ir a parar y no quería ni creerlo.

—¡Al agua pato! —gritó Silvia, cuando lo balanceamos y lo tiramos a la piscina que había a un lado del patio de entrada donde estábamos en el porche.

—¡Esta me la pagáis! —gritó desde dentro.

—Pero antes te recuerdo que tienes que pagar todo lo que le has hecho a tu novia. No se te olvide, ¿eh? Aquí por turnos que luego decimos que hay privilegiados, primo.

—Apoyo tus palabras, compi —le dijo Carmen.

—¿Y tú? —Me miró a mí.

—Yo solo estoy pensando en como tirarme a mi jefe esta noche y no morir en el intento.

—Un minuto de silencio por ti que no te vas a comer de ese hombre ni los mocos.

—Roco, que tú seas una picha sin éxito, no significa que mi concha no lo tenga. Arraso por donde voy.

—Sí, borracha como una cuba.

—¡Sé lo que digo!

—A mí no me chilles —se reía.

—Pues no pongas en dudas mis peripecias de mujer. Y ahora, voy a invitar hoy a cenar al jefe y me lo va a aceptar.

—Si ya habéis cenado.

—Pues yo le voy a llevar una croqueta.

—Hombre, así consigo hasta que cene conmigo —contestó Roco.

—Tú vas a ir también a la piscina como tu amigo.

Miré hacia donde David y los camareros le habían traído una toalla grande. Lo bueno es que algunos habían traído las mochilas con ropa para cambiarse porque pasarían la noche aquí, cosa que yo también me estaba planteando, ya que había habitaciones y lo tenía alquilado hasta el siguiente día por la tarde.

Yo no me había traído nada más que un cambio de zapatos ya que llevaba unas bailarinas en el bolso de esas de piel que se doblaban por completo, pero si me tenía que quedar y dormir en ropa interior, no me iba a causar ningún trauma y menos si era con mi jefe, ese que hacía que me subiera la temperatura a cincuenta grados por lo menos.

Capítulo 6

David terminó siendo el más chulo. Se había plantado un chándal que traía en su mochila y estaba como el que se iba al campo de barbacoa.

—Al final has salido ganando, primo. Te has refrescado para poder seguir bebiendo, te has puesto más cómodo que nadie y ahora tienes mejor cara. A mí me parece que no será el único que caiga a la piscina esta noche.

—El jefe —dije rápido—, ese tenía que ir a la piscina.

—Yo creo que te vamos a tener que tirar a ti, prima, porque ya tus ideas empiezan a dar miedito.

—No, a mí no porque luego no tenéis terreno para correr. Voy a hablar con mi jefe que se quedó solo. A ese las alegrías le duran poco.

Comencé a andar con pasos largos y cuerpo estirado como si de una modelo me tratase. Sus ojos se dirigieron a mí, y juro por mi vida que más que una cara de resignación, vi un ápice de sonrisa que quería contener. Al final hasta me daba a mí que deseaba este momento.

—Jefe, vengo a hablar con usted —me senté a su lado en un sofá exterior de dos plazas —Por cierto, que se está aquí con esa estufita que parece que te la han colocado de manera estratégica.

—No se les ocurriría hacerlo de otra manera.

—Así me gusta, que entiendan que a mi jefe hay que cuidarlo más que si fuese el mismísimo Papa.

—¿Y qué te pasa ahora?

—Se me había pasado por la cabeza darle a elegir entre dos ideas mías. Tranquilo, que no te nombraré públicamente esta noche a no ser que se dé el caso de que usted se revolucione y terminemos liándola.

—Propón.

—Tienes dos opciones; Acostarte conmigo y…

—La B, la B, quiero la B.

—Pero si no he terminado —lo miré alucinando mientras él se carcajeaba por primera vez de esa manera.

—La B es que te vamos a tirar a la piscina como a David.

—Si yo caigo, tú caes.

—Ese era mi plan, que nos diésemos un bañito juntos —le hice un guiño para mostrarle seguridad.

—No, no será juntos. Si yo caigo, caes luego sola.

—No me has entendido. Tengo a mis compis comprados por si yo caigo, tú vayas detrás.

—La que no me has entendido eres tú. Ponme a prueba y te garantizo que no te hará la menor gracia.

—Si me lo dices con esa risita, me puedo pensar que te estás derritiendo por mí, jefe.

—No me pongas a prueba, Abril…

—Qué bonito queda mi nombre en tus labios, jefe.

—¿Quieres dejar de llamarme jefe?

—¿Prefieres que te llame amor?

—Prefiero que me llames por mi nombre.

—Entre prefiero y quiero, terminamos liados, Gonzalo.

—Antes termino lanzándome por un precipicio.

—Por la boca muere el pez —le hice un guiño y me levanté para marcharme.

Aproveché la silueta que me hacía el vestido para irme contoneando las caderas a sabiendas de que me estaba echando una visual de lo más grande.

—¿Ya le has amargado la vida al patrón? — preguntó Roco.

—Y a ti te la voy a amargar ahora. ¿Qué tal tu novio?

—¡Es novia!

—Lo consigues fácil —murmuró Silvia, causándonos una carcajada.

—Y no es mi novia, es una amiga con la que desprendo mucho amor cuando nos vemos.

—Otro putón como David —habló en esta ocasión Carmen.

—A mí no me compares con ese.

—Puedes irte a la mierda, hermano —le contestó David que estaba de lo más fresquito y feliz con su copa en mano y abrigado con su chándal.

—Vas a enfrentar a toda la empresa, prima.

—Estoy dando vida que esto hoy parece un tanatorio. Por cierto, ¿Ana está tonteando con Pepe o es cosa mía? —Todos llevaron sus ojos hacia donde yo estaba mirando.

—Joder, esto se está pareciendo hoy a *First Day* —murmuró David, causándonos una carcajada.

—No si al final la única que no va a follar va a ser tu prima —le dijo Roco a Silvia, refiriéndose a mí.

—Yo no follo, pero tú tampoco.

—Solo tengo que levantar el teléfono y…

—Te haces una manoleta —le respondió Silvia con todo su arte, dejándolo a carcajadas suelta.

—Yo mejor no hablo de que ya he cobrado.

—Eso, David, tú calladito que estás más guapo.

En ese momento que hablábamos tan animados, escuchamos como un tsunami y miramos a la piscina.

—La de Dios, parece que David no va a ser el único.

—¿Han tirado a Bea?

—Sí, Trini y Cris, creo que acaban de sentenciar su muerte.

—Un minuto de silencio por ellas porque con los cojones que tiene Bea… —murmuró Roco.

—Dios, que valor… —murmuró Silvia, aún impactada.

Y claro que la cosa no se iba a quedar ahí, y tanto que no. Bea salió de la piscina, se fue para ellas riendo y cuando las cogió desprevenida le metió una bofetada a Trini y otra a Cris antes de que reaccionaran.

Los chillidos de reproche de Bea se escuchaban en toda la finca y fue Gonzalo quién tuvo que ir a poner orden. Pues sí que íbamos a tener cosas para recordar de esta noche. Menuda galleta le había dado a cada una. Se

presagiaba el fin de una cordialidad en ese trío que hasta ahora había sido de lo más buena.

El jefe seguía intentando poner orden ante tres tías que no dejaban de reprocharse cosas y gritaban. No escuchábamos lo que se decían, pero con su lenguaje verbal, con cariño no se estaban hablando precisamente.

Al final tuvieron que intervenir otros jefes de equipo y poner orden porque por poco terminan de nuevo por los pelos entre las tres.

Gonzalo tenía ganas de dar por concluida la fiesta, era evidente por su rostro, pero los demás no teníamos culpa de los malos rollos que explotasen esta noche ni de las bromas que se fueran de las manos.

Bea se estaba secando con otra toalla que le habían dado los camareros y entró a las habitaciones. No sabía si había traído ropa o no, pero un rato después apareció con lo que parecía un pijama y un abrigo arriba. Tenía más mala cara que un pollo caducado.

Silvia estaba muerta de la risa con todos los salseos que estaba percibiendo por todos lados y nos iba poniendo al tanto.

Evidentemente el alcohol ya estaba haciendo estragos en muchos y poco a poco se fueron marchando en taxi y otros a las habitaciones que había puesto la empresa hasta el día siguiente en que se daría un desayuno, una comida y a casa.

Yo no había venido prevista para quedarme, pero como decía, no lo descartaba, me lo estaba pasando en grande y aún quedábamos el jefe y unas diez personas dispuestas a seguir bebiéndonos la noche.

Gonzalo se apartó con Moisés, otro jefe de equipo con el que tenía mucha conexión y solía tomar café por las mañanas en el bar que había fuera de las oficinas. Tomaron asiento en el mismo sofá en el que estuvo toda la noche sentado. Parecía que allí apartado estaba más cómodo que mezclado con todos nosotros, que no había manera de callarnos.

Me gustaba, Gonzalo me parecía toda una tentación y un pecado que yo quería probar, pero estaba segura de que simplemente por ser su empleada, él no quería caer, pero por lo demás, en algunos momentos me daba cuenta de que algún tipo de deseos sentía hacia mí, por la manera en la que me miraba.

Al final decidí no quedarme aquí, más que nada para demostrarle ahora que no me importaba tanto y que no iba a seguir presente hasta la tarde siguiente por el simple hecho de que estuviera él.

Para chula, yo. Y pude ver su cara de impresión cuando me despedí de todos.

Lo deseaba sí, lo había buscado hasta la saciedad, también, pero yo estaba por encima de todo eso, que no le cupiese duda.

Capítulo 7



Escuché a Larisa en la cocina, pero yo era incapaz de abrir los ojos. Me dolía la cabeza y parecía que tenía un tambor metido en el cerebro.

Necesitaba una ducha, un café, una tostada y un día de sofá completo en el que no moviese ni un musculo de mi cuerpo.

Ni pasé por la cocina. Me metí en la ducha y me recreé un rato esperando con ello mejorar el tan lamentable estado en el que estaba. Pero vamos, que era normal, ¿qué pretendía cuando me había bebido hasta el agua de la piscina? Bueno, la piscina no, esa fue para David y Bea. Se me escapó una risilla solo de recordarlo, pero el dolor de cabeza se me intensificó con esos movimientos.

—Buenos días —dije entrando en la cocina con el pijama limpito y la toalla en la cabeza.

—Buenos días, Abril. Tienes malita cara.

—Me retumba todo, necesito una pastilla con el cafelito.

—He hecho unos sándwiches de pavo, mayonesa y lechuga.

—Buen desayuno, me vendrá genial.

—¿Y qué tal la cena?

—Dios mío, lo que te perdiste. David y Bea cayeron a la piscina y no por su voluntad —me reí, a la vez que me volvía a quejar del dolor de cabeza —Y le dediqué dos brindis y decenas de indirectas al señor jefe.

—No sé por qué, pero me lo temía. Por cierto, anoche me tocó guardia con Jorge.

—Vamos que no lo sabías —le reprendí porque no me dijo nada.

—Sé cómo te pones y a veces me cuesta contarte las cosas.

—Lo que te pasa es que no quieres toparte con la realidad, esa que sale por mi boca.

—No es eso, es que no te imaginas el dolor que siento con esta situación. Lo amo demasiado y aunque quiera ser dura, mi corazón no me lo permite.

—Bueno, ¿y qué tienes que contarme nuevo?

—Ayer me trató fatal…

—No entiendo, ya lo hace de por sí, aprovechándose de tus sentimientos a sabiendas de que juega a dos bandas.

—Fue peor…

—Sorpréndeme —me privé de decir cuatro cosas para que no se frenase a contármelo.

—Ayer le dije que a ver si nos escapábamos un fin de semana en vez de esos ratos en el que nos veíamos en el apartamento de la playa de sus padres.

—¿Y qué te dijo?

—Que entienda su posición y que esas cosas las hace solo con su prometida. Que yo solo quiero ponerlo en un compromiso y buscarle una ruina. Me dijo cosas muy feas que no me esperaba. Ya no juega a dos bandas, ya da a entender claramente que soy su distracción —se le cayeron las lágrimas.

—Yo me cago en el hijo de puta ese. ¿En serio vas a seguir viéndolo en ese apartamento?

—No quiero, pero no te puedo prometer nada. Aún sigue siendo mi debilidad.

—Te daba una galleta que te borraba hasta su nombre de tu mente. ¿Pero qué estás esperando para darle una patada en los cojones y sacarlo de tu vida?

Me comí el sándwich y no quise decirle nada más, ya que lo primero es que me dolía mucho la cabeza y lo segundo, no quería hacerla sentir peor de lo que ya se sentía, pero le tenía un asco a Jorge que si por mi fuera lo secuestraba y lo tiraba por un barranco. ¡Qué tío más imbécil!

Después de desayunar me tiré en el sofá y me quedé dormida hasta las dos de la tarde en que Larisa me avisó de que la mesa estaba puesta. Había pedido comida china a domicilio y la verdad es que me llevé una gratísima sorpresa.

Comimos en la cocina mientras le contaba más anécdotas de la noche y conseguía que se echara a reír continuamente.

Luego me volví a echar una siesta porque mi cuerpo estaba para el arrastre. El dolor de cabeza se había aliviado, pero esa sensación de malestar no se iba en ningún momento.

Por la tarde vinieron los padres de Larisa a traernos unas lentejas, un puchero y unos filetes empanados listos para freír. Siempre andaban agasajándonos con unas cosas u otras, tanto los suyos, como los míos.

Se marcharon rápido, ya que iban para el cine a ver un estreno que estaban esperando. Me encantaba verlos hacer planes como dos jóvenes que esperan el fin de semana como agua de mayo. Teníamos con nuestros padres unos ejemplos de amor y lealtad sin precedentes, pero ya ves, Larisa estaba enganchada a uno que estaba comprometido y yo tirándole los tejos a mi jefe como una desesperada que necesita probar a su víctima. Para matarnos.

La tarde la pasamos de pelis, mantitas y sin movernos del sofá. Para la cena repetimos chino que había sobrado para aburrirnos, y es que las tarrinas venían de lo más cargadas.

El domingo amanecimos bien temprano y ya me sentía más persona. Hecho que decidimos aprovechar para irnos a comer unos churros con chocolate a una cafetería que nos gustaba mucho y que tenían tarrinas para mojarlos en crema de pistacho, caramelo, Nutella o comerlo de forma tradicional con azúcar. Todas nos valían porque íbamos de lo más hambrientas.

Nos dimos un desayuno desde la tranquilidad, ya que estuvimos una hora sentadas disfrutando como enanas. Luego fuimos a dar un paseo hasta un obrador en el que hacían un pan de telera que nos encantaba y nos duraba varios días. La mañana estaba soleada a pesar de hacer frío.

Larisa estaba hecha polvo, y es que esas palabras de Jorge habían tenido mucho peso sobre ella. Me daba pena verla así porque no se lo merecía, pero es que no echaba los cojones suficientes para salir de esa relación y aunque decía que lo iba a intentar, sabía que eso no iba a ser tan fácil.

De regreso pasamos por casa de mis padres que también nos tenían un túper con torrijas y otro con lasaña, algo que a las dos nos volvía locas.

Al final entre los suyos y los míos, teníamos una semana casi resuelta de comidas en las que apenas gastaríamos ni yo me comería el coco, que era la responsable de cocina, como ella decía.

Mi madre nos preparó unos cafés helados imitando a los de Starbucks que nos fuimos tomando por el camino. Tenía hasta una imitación de esos vasos que pedía por Internet.

Volvimos a ponernos los pijamas, calentamos las lentejas que trajo su madre y nos sentamos a comer.

Nos había venido muy bien ese paseo que nos quitó un rato de estar encerradas entre estas cuatro paredes en las que estábamos muy cómodas, pero también nos venía bien que nos diera el aire.

Intenté animar todo lo que pude a Larisa con palabras que me salían del corazón, porque con la cabeza hubiera sido mucho más dura y brusca, pero entendía que no era momento, dado a como se encontraba. La realidad es que me mataba verla así.

Después de comer y con un cafelito y una torrija, nos fuimos al salón a ver una película. Sí, nos íbamos a comer una como postre y sin esperar a la merienda, pero es que, ¿quién podía resistirse a algo así?

Elegimos una comedia romántica americana, al menos para reírnos un poco porque dado como estaba el funeral en la casa, era mejor no ver ningún melodrama que le arruinara más el día.

A la mañana siguiente le tocaba en turno de mañana, por lo cual, comeríamos juntas durante toda la semana, y que le había tocado por fin no rotar y quedarse en ese turno fijo por unos días.

Capítulo 8

Lunes por la mañana y tomábamos un café antes de irnos a nuestros puestos de trabajo.

—Acaba de llegarme un email con los nuevos cambios de turno, lo mismo que esta semana estoy de mañana de lunes a viernes, la que viene estoy los mismos días de tarde y la otra de noche. No saben ya que experimentar, aunque lo prefiero, así puedo organizarme la semana mejor.

—Disfruta de esta semana que coincidimos más tiempo. Y deja de darle vueltas a la cabeza.

—Me toca toda la semana de turno con él —me confesó en este momento ya que el día anterior fue incapaz.

—Ojalá se parta una pierna y no aparezca por la comisaria en un tiempo que sea suficiente como para que lo olvides.

—No desees eso a nadie.

—No, mejor deseo que tu corazón se siga partiendo en más pedazos de los que ya lo tienes —me quejé con un movimiento de cabeza.

—No, pero no se le puede desear el mal a nadie, Abril.

—Bueno, deseo que se coja una excedencia y se vaya tres meses con su prometida a darse una vuelta por el mundo.

—Tampoco te pases.

—Anda y que te den. Me voy a poner el abrigo que ya vamos tarde.

Nos despedimos en la puerta y me dirigí hacia mi trabajo. Hoy debían de estar todos con la resaca de la fiesta en donde se bebió hasta decir basta.

Esperaba que Gonzalo viniera con mejor cara y no me reprochara mi actitud en ningún momento, o mejor aún, que no apareciera, ya que era lunes y ese día se estaba convirtiendo en su favorito para estar de lo más ausente.

Entré por las puertas y me encontré con el conserje. Otro que se lo pasó pipa en la fiesta, aunque no estuve con él mucho tiempo, pero lo vi disfrutar que era lo que contaba.

Carmen y Silvia estaban hablando en el pasillo muertas de la risa. Me miraron con esas sonrisas y esperando a que me acercara a ellas.

—Te perdiste lo mejor, prima —me dijo Silvia.

—¿Qué dices? ¿Qué pasó?

—El jefe terminó borracho como una cuba y tirándose solo a la piscina diciendo que no le hacía falta que lo tirara nadie. No solo eso. No se fue a dormir al igual que nosotras y se comió los churros con un whisky del caro mientras nos decía a los que quedábamos que no teníamos ni idea de lo que era cargar con el peso de llevar una productora de tanta responsabilidad. La cogió a cuadros.

—Y dile lo otro —la animó Carmen para que no se le pasara.

—Cuando te fuiste le dio por decir que él era el que con una sola palabra te había echado de la fiesta, que no se la jugáramos o con otra sola palabra, sentenciaría nuestro despido.

—¿Que dijo qué? —pregunté incrédula.

—Eso mismo, que te fuiste porque él te echó.

—Ese no tiene los santos cojones de venir a currar. Si se acuerda de esas palabras sabe que sentencia su entrada como aparezca. Esto no se va a quedar así, que una cosa es que me produzca un apetito sexual enorme y otra que piense que va a quedar por encima de mí, por muy jefe que sea. Qué eso no tiene que ver con lo laboral, hasta ahí podríamos llegar.

—Muy bien dicho, prima.

—¿Qué pasa por aquí? —preguntó David, apareciendo con una cara que transmitía que aún no se había recuperado.

—Mira, mi primo el melodrama.

—¿Quieres dejar de llamarme primo?

—Te llamo como me dé la gana. Mira este, con la mala follada que viene.

—Con ninguna, la novia lo dejó por putero —murmuró Carmen, y este se la comió con la vista.

—Yo me voy de aquí que ustedes tres tenéis más peligro que el jefe con dos copas —se rio recordando un poco de aquella noche.

—Adiós, valiente, que eres muy valiente, primo —le repitió Silvia y este enseño su dedo por encima del hombro mientras se dirigía a su despacho.

Lo mal que me había sentado eso que había dicho Gonzalo de que su palabra fue el motivo de que me marchara, me había dejado de lo más loca, pero eso no se iba a quedar así. Ese iba a tener que rectificar y con un comunicado a los trabajadores si no quería que yo brindara cada día de trabajo y liara la marimorena. Hombre por favor, tal calumnia no se podía pasar por alto por muy borracho que estuviese. Aquí cada uno a apechugar con lo suyo, al igual que yo era responsable de todo lo que había dicho, con unas copas o no, pero habían salido de mi boca.

Me metí en el despacho a trabajar y a media mañana salí a desayunar porque el estómago me crujía. Abel el camarero ya me hizo un gesto de que ponía en marcha mi tostada favorita con aceite y pavo.

Le mandé un mensaje de ánimo a Larisa, que sabía que estaba por los suelos y encima tenía que estar al lado de ese hombre que la estaba destruyendo por completo. ¿Cómo podía ser tan cabrón y quedarse tan ancho?

El caso es que me respondió con un "luego te cuento" y eso no podía ser otra cosa de que la mañana le iba mal que peor. Cosa que me confirmó cuando llegamos a la casa para comer, en este caso la lasaña que mi madre nos había dado el día anterior.

La pobre estaba hecha polvo y no dejaba de llorar diciéndome que él hoy la había tratado como si fuera una subordinada que tenía que estar a sus pies, cuando tenía el mismo rango que él. Me estaba revolviendo el estómago y se me pasaba un montón de cosas por la cabeza. El caso es que cada una de ellas la implicaría a verse metida en un lío, pero si no hubiera sido por eso, no había dios que me frenara a contactar con la prometida de Jorge y ponerla al día de todo. Otra cosa es que me hiciera caso o no, pero ese ya era su problema, porque como le ocurría a mi amiga, no había mayor ciego que el que no quería ver.

Después de comer decidimos en vez de acomodarnos en el sofá, irnos a andar una horita y así ejercitar el cuerpo. Siempre comenzábamos andando a un buen ritmo y la vuelta la hacíamos corriendo, eso sí, como decía, últimamente estábamos de lo más vagas.

Me duché y cuando salí a sentarme un rato en el sofá antes de la cena, me di cuenta de que tenía un mensaje de mi compañera.

Carmen: *Hola, bonita, no sé como decírtelo, pero si no lo hago reviento. Y, por otro lado, tengo miedo a hacerlo y meterme en un lío.*

Me quedé flipando sin entender nada y lo peor de todo, es que me preocupaba esas palabras provenientes de su boca.

Abril: *Sabes que puedes confiar en mí. Soy una tumba. ¿Acaso te he fallado alguna vez?*

Carmen: *Silvia y Gonzalo, se fueron a la suite de él después del desayuno y no salieron hasta la hora de la comida en la que ella venía con una sonrisa de oreja a oreja y diciendo que así se cortaba las orejas y el rabo del jefe, y no como tú, que eras una babosa detrás de un tío que pasaba de tu culo.*

Me quedé incrédula con lo que estaba leyendo y sin respiración. Hasta Larisa me preguntó que me pasaba.

Abril: *Tranquila, seré una tumba…*

Carmen: *Siento mucho decírtelo, pero me jode que se rían en tus narices*.

Abril: *Gracias, Carmen.*

Se lo conté a Larisa y se quedó en el mismo shock que yo ¿En serio Silvia me defraudaba de esa manera? Y no por acostarse con él, que al fin y al cabo eran libres de hacer con sus vidas lo que les diera la gana, pero mofarse de mí de esa manera ya me parecía de lo más asqueroso.

Capítulo 9

Me había levantado de lo más envenenada. Larisa intentaba tranquilizarme, pero no lo conseguía de ninguna de las maneras. No había palabras que consiguieran mitigar la rabia que sentía. ¿Cómo se podía ser tan cerda e ir de prima por la vida?

Dios, que trabajo iba a costarme controlarme en la mañana de hoy. Tenía claro que, salía ganándome el día de mayor paciencia o terminaba despedida de manera fulminante. Cualquier de las dos cosas me valían en estos momentos.

Me fumé un cigarrillo por el camino, se lo había pillado a Larisa. Yo no solía comprar porque no fumaba apenas, pero esta mañana, necesitaba exhalar el humo y quemar todas esas ideas que se me formaban en la cabeza y que no eran nada buenas.

Saludé a Juan, el conserje. Este levantó la ceja presagiando por mi cara que algo no estaba bien. Ni se atrevió a preguntarme. Se limitó a darme cariñosamente los buenos días y a dejar que yo prosiguiera mi camino.

Casualmente y como capricho del destino, me encontré a Silvia que venía de lo más graciosa a saludarme.

—Buenos días, prima ¿Y esa cara de velorio barato?

—Tengo un dolor de cabeza impresionante y me encuentro con nauseas. Hoy no es un buen día —señalé a mi despacho y me dirigí hasta este.

—Cualquier cosa me llamas.

—Tranquila —sonreí, adentrándome y cerrando la puerta como si quisiera evadirme del mundo.

El no haberle aplaudido la cara era porque en todo momento tuve presente a Carmen. Le había dado mi palabra de que no la vendería y ese era el único motivo para no explotar en cólera con ella, que no era lo mismo que con Gonzalo, que a ese le podía dar hasta en la coronilla por el comentario que dijo ante todos sobre mí.

Dios sabe lo que me tuve que contener para no salir dando estallidos y cogiéndola por los pelos. Me había defraudado de tal manera, que para mí ya había un antes y un después con ella.

La gracia vino cuando al señor Gonzalo no se le ocurrió otra cosa que aparecer por mi despacho con una carpeta en la mano para entregármela. No era la primera vez, pero en este momento que estaba que me subía por las paredes, no era el idóneo.

—Te dejo aquí lo que hay que facturar de la cadena de Bruno.

—Y de paso me dejas vendida ante todos diciendo que me echaste de la fiesta. Que una palabra tuya bastó para que te obedeciera. ¡Ni que fueras el Santo Padre!

—A mí no me grites. De mi boca no salió nada de eso.
—¿Ah no? ¿Y no te tiraste a la piscina diciendo que nadie lo hacía más que tú?

—¿Te piensas que soy igual que ellos?

—Tampoco te acostaste con nadie… —dije sin dar nombres y a sabiendas que él no iba a hablar de esto fuera de aquí.

—Creo que estás inventándote todo para ponerme a prueba. Hoy no estoy para jueguitos… —Me tiró la carpeta sobre la mesa —Y cuando me quiera

acostar con alguien, no se entera ni mi mejor amigo —me hizo un guiño con el rostro muy enfadado y se marchó.

¿Qué cojones estaba pasando aquí? Había algo que se me escapaba de las manos y que no tenía lógica. Mentían las dos, mentía Carmen o mentía Gonzalo. El caso es que, ¿qué motivo tenía yo para decantarme por alguno?

Sentía una frustración que me apretaba el pecho. Rompí a llorar sintiendo que algo no cuadraba. Me fui a desayunar y le pedí a Juan que viniese, ya que era el único en el que confiaba y que estuvo hasta el final.

—Juan, te quiero preguntar algo —dije moviendo el café.

—Sabía que algo te pasaba, pero no pensé que fuera conmigo.

—No —sonreí con tristeza—, no es contigo, pero es en el único que confío.

—Me dejas más tranquilo.

—Cuando me fui de la fiesta… ¿Gonzalo se tiró a la piscina?

—Abril, por favor, ¿piensas que perdería la cordura de esa manera? Estuvo todo el tiempo conmigo.

—¿Y no hizo ningún comentario sobre mí, delante de todos?

—No, no lo hizo, sí conmigo y ninguno malo. Se tomó con humor todo.

—¿Y se fue a dormir después de desayunar?

—No, se fue a su casa antes de desayunar. Su chofer lo llevó y a mí también. Luego vinimos a la hora de la comida para clausurar todo. ¿Qué te han contado o dicho para que preguntes esas cosas?

—Nada, me estoy volviendo loca. Ya no sé en quién confiar.

—Gonzalo es muy buen hombre, pero como toda persona humana, está viviendo un drama personal muy duro.

—¿Qué le pasa?

—¿Crees que te contaría algo que me confesaron hace tiempo a mí?

—No, pero me quedo preocupada.

—La vida es dura, pero de todo se sale y él saldrá de esa. El caso es que las únicas veces que más lo vi sonreír, fue ayer contigo. Conozco a Gonzalo desde que era un crío. Ya sabes que soy de los primeros que comenzaron a trabajar con su padre cuando abrió la productora.

—Lo sé.

—Te puedo garantizar que, si hubieras pillado a Gonzalo en otra época de su vida, anoche no habrías salido viva —se rio —. Es un buen tipo, solo que ahora está congelado en una historia que no lo deja avanzar.

—Jo, ahora se me hizo un nudo en la garganta y no me entra la tostada.

—No confíes en nadie, aquí son todos muy amigos, pero yo he visto como se la han jugado los unos a los otros. No hay tan buen rollo como crees, solo que como tú tienes carácter nunca se atrevieron contigo, aunque creo que ahora sí, por las preguntas que me hiciste.

—¿Cómo es Silvia?

—Esa persona que no conoce la lealtad.

—¿Y Carmen?

—Su perro faldero, la que ejecuta todas las ideas de Silvia.

—Ahora creo que comienzo a entenderlo todo. Las dos se han puesto en complot para que de dos maneras me viniera información que pudiera joderme.

—Chica lista. Ándate con ojo. Tú estás por encima de ellas.

Le agradecí cada una de sus palabras y en cierto modo hablar con él me había tranquilizado. El tema es que me había dejado la moral por los suelos era saber que Gonzalo estaba atravesando un mal momento y que no podía hacer nada por ayudarlo. Me hacía sentir mucha impotencia.

La mañana pasó a duras penas y no veía el momento de irme. Cuando llegó la hora me las ingenié para no coincidir con las chicas en el pasillo porque no quería envenenarme más de lo que estaba. Si ellas querían jugar, que se prepararan para el juego, porque no se podían imaginar lo competitiva que yo podía llegar a ser.

Durante el almuerzo le conté todo a Larisa, que no daba crédito. Lo bueno de todo es que ella me dio una muy buena noticia. Había mandado al carajo por primera vez a Jorge y le había dicho que no lo quería ver más fuera del trabajo, que para ella estaba muerto. Me encantó que, por una vez en su vida, se pusiera en su sitio. Obviamente eso no iba a mitigar su dolor, pero sí que la iba a hacer venirse arriba y no permitir que la siguieran pisoteando.

Por la noche recibí un mensaje de Silvia, pero no lo abrí. Pasaba de contestarle a nada y no poderle decir tres cosas bien dichas.

Capítulo 10

Iba de camino al trabajo cuando abrí el mensaje de Silvia en el que solo ponía que deseaba que me encontrara mejor. Le di los buenos días y gracias, pero muy seca. Para mí tanto ella, como Carmen, se iban a enterar de con quién habían dado, porque por las buenas era una santa, pero por las malas, podía convertirme en la mayor hija de puta del mundo. Y tenían todas las papeletas para comprobarlo.

Me paré en un bar a mitad de camino y me compré en la maquina un paquete de tabaco. De nuevo el ansia por fumar se había apoderado de mí y en esta ocasión no le había pillado ninguno a Larisa.

Llegué a las oficinas y saludé a Juan, que me hizo un guiño con mucha complicidad. El pobre sabía que estaba mal y en su cara se notaba esa cierta incomodidad.

—Hombre, mi mejor amiga —me dijo Silvia y Carmen sonrió.

—Iros las dos a tomar por culo —no dudé en decir y me salió del alma. No pensaba hacerlo, pero exploté.

—¿Y a ti qué te pasa?

—¡Qué te vayas a freír espárragos! —le chillé con muy mala sangre.

Las caras de las dos se convirtieron en un blanco nuclear que ni en los mejores efectos de televisión lograrían a conciencia.

—Qué trabajemos en el mismo equipo no es sinónimo de que os vea cómo amigas. Ni tú, ni ella —las señalé a las dos— sois mis amigas ni nunca llegaréis a serlo. Dejadme en paz y dejaros de cumplidos que no necesito.

—A ver si te crees que nosotras te necesitamos, guapa —me contestó con mucha inquina Silvia, sacando esa forma que yo quería que mostrara.

—Para nada —les hice un guiño y me adentré en mi despacho.

Me lie con la carpeta que me dio Gonzalo para terminar de dejarla lista. No paré hasta la hora del desayuno en que salí al bar y me lo encontré solo en la terraza.

—¿Me puedo sentar, jefe?

—Si me prometes que no me la vas a liar.

—Juradito por todos los santos que me protegen del cielo.

—Y ahora descubriré que no crees en ellos…

—¡Anda ya, jefe! —Me acomodé— Si no voy los domingos a misa por floja.

—Sí, ya —se le escapó una risilla.

El camarero me hizo un gesto de que marchaba mi desayuno y yo afirmé sonriéndole.

—¿Cómo llevas la facturación del canal de Bruno?

—La tengo casi lista, una horita más y te la llevo al despacho.

—Perfecto.

—¿Necesitas algo más que te urja? Estoy que lo doy todo, aprovecha.

—¿Ya crees en lo que te dije?

—Totalmente. De la misma manera que he descubierto que en la empresa hay más hijas de puta que santas.

—No hables así que no te pega.

—Tampoco estoy diciendo ninguna mentira, pero bueno, una vez que salgo por las puertas, no tengo nada que ver con nadie.

—Esa es la actitud. Debo reconocer que en el trabajo eres muy eficiente.

—Ya te dije que no solo en el trabajo, pero no me quieres creer. Por cierto, el viernes es mi cumpleaños y estás invitado, sé que no aceptarás, pero si lo piensas y das el paso, te invito a cenar y a tomar unas copas.

—¿No tienes con quién celebrarlo?

—Sí, claro, pero con ellos y una tarta, estoy más que cumplida —me reí.
—Cumples veintinueve, ¿no?

—No, no, quita, veintiocho, mira que echarme un año más tiene delito. ¿Acaso no tengo la piel como una adolescente?

—¿Llena de granos?

—Mira, si al final va a resultar que eres gracioso y todo.

—No te creas, pero me lo has puesto fácil —sonrió y ahora sí que veía la tristeza en sus ojos y pensaba en lo que me había dicho Juan.

Terminamos de desayunar hablando de algunas facturaciones y me fui a terminar lo de Bruno para dejárselo en su despacho listo.

Larisa me escribió diciendo que hoy tocaba el pucherito. Nos habíamos puesto de acuerdo mentalmente porque desde que nos lo dieron, estaba deseando hacer un arroz y comerlo. Hoy sería el día.

La veía un poco más animada, pero no por eso estaba bien, solo estaba luchando por salir de ese bache y dolor que le había causado el insensato de Jorge, ese que encima tenía que comérselo con papas durante toda la semana.

No le pudo tocar otro más que él para los turnos fijos de este día, para que luego dijeran que el destino no era jodido y caprichoso.

Cuando entré al despacho de Gonzalo, se notaba que acababa de colgar una llamada indeseada o de esas que nos sacan de quicio.

—¿Estás bien?

—No, hoy no es mi día —se llevó la mano a la frente y se echó el pelo hacia atrás.

—Aquí tienes todo. En el correo y los asientos ya están facturados.

—Gracias, Abril.

—Bueno, te dejo que pienses lo del viernes. Te recuerdo que yo pago la cena —carraspeé.

—Eres incansable —sonrió.

—Sí, sí, soy de las que hasta que no consigo las cosas, no paro. Y te recuerdo que usted, es mi objetivo.

—Unas veces de usted y otras de tú. Veo que no te aclaras.

—Según a mi conveniencia —le hice un guiño —. Bueno no te entretengo más que quiero terminar de rematar unas cositas antes de irme.

—Venga.

En el pasillo me encontré a Carmen, que me miró con los hocicos fuera. No se atrevió a decirme nada porque sabía que todo lo que pudiera salir por mi boca no iba a ser en absoluto amigable.

Cuando terminó la jornada me fui andando hacia la casa y me encontré a los padres de Larisa por el camino que iban para comer a un italiano después de haber terminado también sus jornadas en el instituto.

Charlé con ellos unos minutos y cuando llegué a la casa, Larisa ya estaba calentando el puchero y haciendo el arroz. Tenía mejor cara, pero aun así no estaba bien del todo. Le di un buen abrazo. Era la mejor manera de transmitirle cuanto la quería y que sus preocupaciones eran las mías.

Después de comer nos echamos una siesta con la promesa de ir a andar y correr cuando nos levantáramos, pero no hubo palabra que valiese, ya que entre que comenzó a chispear y el frío que hacía en la calle, nos decantamos por prepararnos una buena merienda y quedarnos tranquilitas en el sofá.

Me contó que Jorge estaba con ella de una manera muy diferente, como si le molestara todo lo que había pasado entre ellos y mirándola con mucho desprecio.

Dolía en el alma no poderme meter en el cuerpo de ella y ser yo la que apareciera ante él. Le iba a quitar toda la chulería de golpe. ¡Conmigo iba a dar! Pero bueno, ahora me quedaba ayudarla a reconstruir esos pedazos y que volviera a ser libre mentalmente y de corazón.

La hice reír contándole que había invitado a cenar a mi jefe para mi cumpleaños.

—Solo a ti se te ocurre esas cosas —decía negando.

—Bueno, yo lo suelto, ¿y si cuela?

—No creo que cuele, pero oye, que haces bien en proponer lo que te salga de las narices, pero a mí me da que tu jefe es duro de roer.

—Eso porque está triste y apagado por algún tema que le está jodiendo la vida, pero si pasara conmigo una sola noche, se le quitaban la mitad de los problemas de la cabeza.

—Pues yo paso muchas noches contigo y estoy hecha polvo.

—Eso porque no has probado mis armas de mujer.

—Ya lo que me faltaba —se le escapó una carcajada bien grande.

—Lo mismo, hasta te dabas cuenta de que…

—Calla, calla, mejor no quiero ni pensarlo.

Capítulo 11



La semana había pasado con mi ignorancia hacia las chicas en las oficinas, y no me refiero a todas, sino a Carmen y Silvia.

Lo más gracioso es que ellas solas con su actitud se habían retractado. Carmen con su secreto orquestado por la otra y la otra, por haber sido pillada con el carrito de los helados.

—¡Feliz cumple! —gritó Larisa, cuando entré por mí café a la cocina.

—Gracias, cariño —nos fundimos en un abrazo de esos que nacen en el corazón.

Nos tomamos el café y nos despedimos hasta el mediodía en que habíamos quedado en un restaurante con sus padres, mis padres y mi hermana, que ya estaba de vuelta de Acapulco. Íbamos a comer todo juntos, ya que mi padre lo propuso y quería invitar.

Al llegar a las oficinas me encontré a Juan esperándome con una bolsita de papel de regalo.

—Felicidades, preciosa, esto te lo envía mi mujer.

—Ay que mona, por favor —miré dentro y había una caja de lata con unas galletas holandesas que para mí eran un vicio —. Me encantan, dile que muchas gracias, por supuesto a los dos, que, si no fuera por ti, esto no me llegaba —sonreímos.

—Todo lo que te mereces, Abril.

De nuevo los dos loros en el pasillo de los que pasé como cada día. Me metí en el despacho y unos minutos después apareció Bea con un regalito y cantándome cumpleaños feliz.

—Gracias, cariño —dije, levantándome para darle un abrazo.

—Esto es mío, de David y de Roco.

—Vaya, esos dos loquillos también han colaborado.

Lo abrí y era un collar precioso de una firma ahora muy de moda. En otra cajita una pulsera, en otra un anillo y por último unos pendientes. Todo en dorado como se llevaba ahora. Me gustó muchísimo y se lo agradecí en el alma.

Un rato después me llegó un pedazo de ramo de flores de todos los jefes de departamento y de otros empleados de plantilla. El caso es que se acordaron todos menos esas dos energúmenas, que obviamente no les habría cogido ni los buenos días.

Era la una de la tarde cuando llamaron a mi puerta y entró Gonzalo.

—Hola, Gonzalo.

—Hola, Abril ¿Qué te parece que te recoja a las nueve en tu casa?

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Me levanté del sobresalto.

—Sí —sonrió al ver mi cara.

—Me parece perfecto y juro que no te dejaré en evidencia durante toda la cena.

—Reservaré en un lugar que creo que te va a gustar.

—A mí me puedes llevar hasta a un McDonald, que yo feliz de la vida con que me dejes invitarte.

—No, no, te voy a invitar yo.

—Acabas de enamorar a mi corazón —me llevé las manos al pecho y él sonrió.

—Entonces luego nos vemos. Feliz día, Abril.

—Y tan feliz, no sabes cuánto…

Me quedé en shock y le puse un mensaje a Larisa para ponerla al día. No se lo podía creer y como ella me dijo: al final el que la sigue la consigue.

Larisa vino a recogerme en el coche y salí con las flores y los regalos que dejamos en el asiento de atrás. Al llegar al restaurante ya estaba mi hermana, mis padres y los suyos. Sus hermanos estaban de turno y por eso no vinieron, pero invitados estaban por supuesto.

Era un asador y pedimos tres tablas de surtido de carnes ibéricas a la brasa. Entre tanto y con la emoción del momento comenzaron a entregarme los regalos.

Mis padres me regalaron un abrigo de color marrón que era todo un caramelo y que ya estaba loca por estrenar. Mi hermana en este caso me sorprendió con unas tenacillas para el pelo de la misma marca que usaba las planchas. Habían acertado de pleno.

Tocó la ocasión de los padres de Larisa, que me sorprendieron con unas botas de piel de estilo hípicas que iban para el abrigo como anillo al dedo. Estaban dando en el pleno. Larisa en su caso me regaló un par de pijamas de *Women´secret* que eran mis preferidos y unas zapatillas de estar por casa.

Estaba tan contenta con tantos regalos que me sentía la mujer más afortunada del mundo. Además, eso de que esta noche me fuera a cenar con Gonzalo… ¡Era lo mejor que me había podido pasar!

Después de comer tomamos unos postres con un licor de crema de café. No me quise embalar para estar bien para la noche, pues tenía una cita de lo más fantasiosa.

Echamos unas horas muy buenas y luego Larisa me llevó a casa de mi tía Rosario para entrar un momentito a recoger mi regalo. Era esa tía que nunca fallaba y que siempre se acordaba de tu día con mucho amor.

En esta ocasión y como había estado unos días *maluquilla*, me dio cien euros para que yo me comprara lo que quisiera. Me lo entregó en un sobre con una caja de bombones de una confitería muy buena. Me la comí a besos antes de marcharme.

Llegamos a la casa y me tomé un café mientras ella se duchaba, luego lo haría yo. Eran aún las siete de la tarde por lo que iba muy bien de tiempo.

Estaba claro que iba a estrenar las botas, joyas y abrigo. Debajo me iba a poner una minifalda de vestir en tono tostado con una camiseta marrón muy bonita que me había comprado en Mango días atrás.

Cuando salió Larisa, me metí en la ducha para luego secarme el pelo y dejarme unos rulos grandes puestos un rato y que me quedara bastante volumen en el pelo.

—Estás para una foto de Vogue — dijo al verme con los rulos y el albornoz por la cocina.

—No me creo que vaya a cenar con Gonzalo.

—Ni yo —se rio.

—¿Y qué vas a hacer esta noche?

—Pedirme una pizza barbacoa, un bote de helado y disfrutar de la casa. Ya sabes que no hay cosa que me guste más.

Me tomé otro café que acompañé con un cigarrillo. Los nervios me podían y no asimilaba el hecho de que hubiese salido de mi jefe aceptar mi invitación, bueno, encima iba a pagar él. Estaba tan emocionada que notaba que me daban retorcijones de barriga.

El conjunto me quedó monísimo, Larisa se llevó las manos a la boca al verme. Aún no me había puesto el abrigo, ya que aún faltaba el maquillaje y

quitarme los rulos para que me quedara el efecto ahuecado.

El resultado fue brutal y el conjunto me encantó. No dejaba de mirarme al espejo contenta con mi elección para esa noche.

Complementé todo con un bolso de piel de Mango y ya estaba lista para ir a comerme el mundo, por no decir a mi jefe, porque lo de hoy había sido un paso más para romper esa barrera que le separaba del resto del mundo, al menos conmigo. ¿Podía ser más afortunada?

—Pásatelo genial, disfruta y no seas tan loca. Déjate mimar, que sea él quién de los pasos.

—¿Algo más, cariño? —La abracé emocionada.

—Y ojalá vengas mañana con una sonrisa de oreja a oreja y las piernas temblándote —nos reímos.

—Lo mismo en dos horas me tienes de vuelta llorando y abandonada por ese hombre.

—Dudo que el hombre más hermético del que me has hablado te invite para luego abandonarte. ¿Estás loca?

—Un poquito, pero te prometo que haré que no se me note.

—No te has echado perfume —arqueó la ceja.

—¡Madre mía! Y eso que todos los días me echo un litro —corrí a mi cuarto y comencé a echarme de manera desmesurada.

—Ya está, por Dios, ni tan poco ni tan mucho.

—Ahora sí, me voy —le di un beso en la mejilla.

Capítulo 12

Gonzalo bajó del coche para saludarme con un beso y abrirme la puerta del copiloto. El lobo estaba de lo más dócil y el gesto lo traía menos a la defensiva.

—Estás muy guapa —murmuró, cuando me estaba poniendo el cinturón de seguridad.

—Tú también, jefe.

—¿Puedes por esta noche llamarme Gonzalo?

—¿Cómo si te conociera de toda la vida?

—Efectivamente —se le escapó una sonrisilla.

—Eso se me da genial, a mí me dan la mano y termino cogiéndoles hasta el móvil.

—Espero que estés bromeando —sonreía.

—Claro, obviamente, soy una graciosa educada.

—No sé, no sé, después de lo que liaste en la cena…

—Fui la alegría de la fiesta, no lo puedes negar.

—Sí, en cierto modo, sí.

—En cierto modo, no, lo fui en total y absoluto liderazgo en el ámbito de la animación. Lástima que no me enteré antes de otras cosas o dos se hubieran bautizados en la piscina.

—No merece la pena ir contra algunos muros.

—Y algo me dice que sabes más de la cuenta.

—Solo sé que hoy vamos a desconectar de todo lo que se refiere a lo laboral. Incluida la plantilla.

—Pues no es mala idea, oye. ¿Y dónde has reservado para cenar?

—En el Cortijo de la Sierra.

—Guala, allí se come super bien. Tienen un consomé…

—Sí, además trabajan muy bien el horno de leña.

—Y tienen unos postres caseros…

—Veo que eres de buen comer.

—No sabes hasta qué punto, y me encanta cocinar. En mi casa la que cocino soy yo, aunque a veces lo hace Larisa.

—Curioso que viváis juntas.

—Sí, porque los gastos a medias son mucho más llevaderos y nos permite reunir algo de dinero para en un futuro comprarnos cada una su vivienda. No todo el mundo tiene la suerte de escupir euros como tú.

—Buenos, todo tiene sus pros y sus contras.

—A mí que me den todos los contras que quieran si es con dinero que ya me las apaño solita —me reí.

Llegamos al Cortijo y aparcó el coche en el estacionamiento. El encargado nos llevó al reservado de un salón junto a una chimenea. La luz era tenue y

todo estaba separado por biombos haciendo que tuviéramos mucha más intimidad.

Pidió un vino que ni yo entendí cuando mencionó la marca. Solo sabía que era tinto y no blanco, porque así me lo había transmitido. De entrantes ordenó carpaccio de ternera con parmesano, un tartar de atún rojo con aguacate y dos cuencos de consomé.

Probó el vino cuando el camarero sirvió un poco y luego de confirmar con su cabeza, nos llenó las copas.

—¿Puedo decir un brindis tan bajito que solo nos enteremos nosotros?

—No, hoy me toca a mí —se giró para coger algo del interior de su chaqueta que estaba colgada de una percha que había en el rincón detrás de él —. Esto es para ti. Lo primero, quiero felicitarte por tu cumpleaños y decirte que me siento honrado de que hayas escogido este día para una cena conmigo. Espero que te guste —lo puso delante de mí—. Pensé que podía ir con tu forma de vestir.

—A ver, a ver —aplaudí emocionada antes de quitar el papel que envolvía lo que se notaba que era una cajita—. Si es un anillo de compromiso, no vas a poder evitar que grite de la emoción —bromeé.

—No me atrevería a tanto. Demasiado que me has sacado de mi zona confort.

—Me doy por privilegiada —contesté mientras quitaba el envoltorio de papel y sacaba una cajita de una joyería que yo conocía de la ciudad y que tenía infinidad de cosas bonitas y trabajaba muchas marcas—. Estas cosas me ponen muy nerviosa —me reí.

Al abrirlo había una pulsera de eslabones de oro con un cierre del que le caía un colgante con una taza de café pintada en chocolate y los bordes de oro como la pulsera. Era una cucada total que me había dejado loca.

—¿Tiene algún significado la taza de café? —Estiré mi mano para que me la pusiera.

—Es el símbolo del que tomaremos juntos este amanecer.

En ese momento me entró un golpe de tos, porque por mi vida me esperaba escuchar cualquier cosa menos esa.

—¿Me estás diciendo que vamos a pasar la noche juntos? ¿Dónde? ¿De fiesta? ¿En un hotel? ¿En tu coche? Por cierto, estás bebiendo y tienes que conducir. Valora mi vida —apreté los dientes nerviosa.

—Tengo reservada la suite principal de aquí arriba.

—¿Nos quedamos en el Cortijo? Ya me podrías haber avisado para traerme el pijama ¿O es que no querías que me pusiera nada? Ay, Dios, y parecía bobo —me miré la pulsera en la mano y quedaba preciosa —. Gracias, es una monada. Ha sido todo un acierto.

—En la suite tienes más regalos, no te preocupes por nada.

—Se me acaban de caer las bragas —murmuré en voz baja, pero lo suficientemente alto para que él se enterase.

—¿Nerviosa?

—Qué va, sorprendida —mentí, porque se me acababa de poner el corazón a mil y podía hasta escucharlo.

—Es tu regalo de cumpleaños también. Te va a encantar pasar la noche en este lugar y te va a gustar mucho ese café.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Porque viene acompañado con el desayuno más exquisito que habrás probado en tu vida.

—¿Estás hablando de ti?

—No, de las tostas y los churros que preparan —se rio.

—Joder, sin tan perfecto es todo, ya me podrías haber comprado también ropa para mañana y nos hubiésemos quedado hasta el domingo.

—¿Y quién te dice que no lo hice?

—Gonzalo. ¿A ti te han cambiado? ¿Dónde está el tipo serio, seco y distante?

—Se quedó en la cena la semana pasada.

—¿Me vas a decir que aquello cambió tu vida?

—Bueno, tampoco es que cambiase mi vida, pero sí la percepción de algunas cosas y personas. Me ganaste, reconozco que me ganaste. Captaste toda mi atención.

—Oh, que bonito, ¿no?

—No sé si bonito, pero reconozco que me quedé con las ganas de que te quedaras esa noche.

—Pero no hiciste nada por detenerme.

—No soy policía —sonrió—. Creo que en esos momentos aún no era consciente de todo.

Los entrantes estuvieron riquísimos y la cazuela de consomé, toda una delicia que estuve a punto de pedir para repetir si no fuera porque nos llegó el plato principal que eran unos muslitos de pollo caramelizado con sésamo. Estaba que crujía de bueno, era la primera vez que lo probaba en mi vida y eso lo tenía que lograr hacer yo.

Nos bebimos una botella de vino y encima pedimos dos copas más. Esa cena requería ingerir un poco de alcohol, y no por la comida, sino por la tensión que estaba notando entre nosotros.

Como postre nos pedimos una bomba de chocolate con nata que fue toda una explosión de sabor. Me puse a gemir como si no hubiera un mañana. Yo no sé cuánto pagó por la cena, pero un ojo de la cara seguro que le salió.

Después de firmar la cuenta, que imagino que le cargarían todo al final de la estancia, nos trajeron unos chupitos de hierbas digestivos.

—Ahora iremos a la suite y mientras descubres tus regalos, nos tomamos una copa.

—¿Tus regalos? Yo estoy alucinando te lo juro, pero encantada, ¿eh? Qué que me cuiden y me mimen, como que no me importa.

—A nadie le amarga un dulce.

—Por cierto, lo de quedarnos hasta el domingo es broma, ¿verdad?

—En absoluto, a no ser que decidas irte antes y por supuesto no te detendré.

—Lo tuyo es mojarte —me reí.

—Lo mío es no coartar la libertad de nadie. No se puede retener a quién no está a gusto.

—Qué bien hablas, jefe —arqueó la ceja —. Perdón, Gonzalo, Gonzalo — me reí.

Capítulo 13

Nos dirigimos a la suite hasta la que nos acompañó un responsable del Cortijo. Abrió las puertas, se apartó para que pasáramos y después de darnos la tarjeta de la habitación, se marchó deseándonos una feliz estancia.

Sobre un sofá de tres plazas, había un montón de bolsas de tiendas de ropas. Lo miré negando y volteando los ojos. Estaba tan en shock con su cambio, que no reconocía a este Gonzalo. Obviamente me encantaba.

La suite tenía una terraza preciosa a modo de porche, ya que tenía un toldo que recogías o ponías a tu gusto. Se veía todo el campo y la zona de la sierra. Era una pasada. Contaba con cocina americana con salita, la habitación y el baño, este último privado porque el resto era en diáfano.

Comenzó a servir una copa de whisky para él y una de Ron Caramelo para mí. Me quedé loca con el detalle de que contara con mi bebida favorita.

—Puedes ir abriendo los paquetes y ponerte hasta cómoda si quieres —me dio la copa.

—¿Un brindis? —pregunté, picándole un poco.

—Claro.

—Por todos estos regalos que me tengo más que merecidos —choqué mi copa con la de él y esbozó una risilla.

Su sonrisa lo decía todo, era el reflejo de no estar con esa tensión que siempre mostraba en su cara. Lo estaba pasando mal por algo, era evidente, pero parecía como si hoy, yo fuera su desconexión.

Las bolsas eran de firmas conocidas, pero de las accesibles para todo el mundo. Lo primero que me dio curiosidad era la de la ropa de dormir ¿Qué habría escogido? Apostaba por unos picardías, pero nada que ver con la realidad…

—No sé si darte una cachetada, un abrazo o un beso —me reí sujetando el pijama de dos piezas en mis manos. Era una monería, pero me pilló de lo más fuera de juego.

—¿Qué te esperabas para poder salir a desayunar a la terraza cómoda?

—También es verdad —arqueé la ceja.

—Sigue, o voy a tener que ayudarte.

—Puedes hacerlo —me reí nerviosa.

Abrí una cajita blanca con una moña que no ponía nada de nada, pero pronto descubrí que había cinco conjuntos de ropa interior. De nuevo me volvía a sorprender porque no eran nada provocativos. Eran de algodón y confort, sexys, pero muy míos, de los que a mí me gustaba usar. Sonreí mirándolo.

—Son los que sueles usar, según mis informaciones.

—¿Informaciones? —lo miré en alerta, pero sonriendo.

—Nada que una buena amiga no sepa.

—¿Has hablado con Larisa?

—Digamos que no le importó ayudarme a seleccionar.

—Qué fuerte… —me reí —Me la ha jugado, pero bien…

—Estaba al tanto desde dos días antes que te dijese lo de cenar.

—Así la noté un poco más nerviosa y como si guardara algo —me reí.

En las otras bolsas había leggins, un vaquero monísimo, camisetas básicas, unas deportivas en tonos ocres y un par de jerséis. Y, por último, una cazadora muy casual y de fondo de armario.

—No deberías haberte gastado tanto, pero me encanta.

—Todo me costó menos de la mitad que la pulsera. Además, hay que tener contentas a las buenas empleadas.

—Me dijiste que hoy nada de laboral.

—Tienes razón —se acercó peligrosamente.

Y no lo dudó. Dejó su copa sobre la mesa y me pegó a él. Su mano se fue a mi mejilla y después de acariciármela, se acercó a mis labios y me besó con lentitud. Lo hizo de la manera más sensual que me habían besado jamás. Creo que me deshice por completo con ese beso.

Nos sentamos abrigados en el porche echándonos una manta por los pies y encendiendo las estufas laterales que había para poder disfrutar de cualquier época. Molaba mucho que ya las había por todos los sitios para que el otoño e invierno no quitara de disfrutar de las zonas libres.

Había un sillón que era de lo más cómodo con una mesa de madera delante. Al fondo la sierra que apenas se veían lucecitas a lo lejos procedentes de otros pueblos.

Su mano por encima de mi hombro y la otra jugueteando con su copa mientras me explicaba algo que me había dejado en shock. El Cortijo era de una sociedad y el dueño de aquello era él. ¡Para flipar!

—El caso es que con esto podría vivir muy bien, pero el peso de la productora me está matando.

—¿No la quieres?

—No, pero al no haber otro heredero he tenido que asumir esto para no causar un dolor muy grande a mi padre.

—¿No eres feliz con la empresa?

—Trabajo con ganas para mantener el nombre alto como lo hizo él, pero bueno, como te digo, sería más feliz viviendo aquí en el Cortijo y llevando este negocio que es una mina de oro. Está claro que no a los niveles de la productora, pero el dinero no da la felicidad ni se tiene tiempo para gastar tanto.

—Entiendo, aunque me da tristeza porque si un día se te va la olla y lo vendes, nos vamos a tomar por culo todos.

—Alguien como tú, con ese nivel de responsabilidad e implicación, no dudaría en traerte para llevar la facturación del Cortijo.

—Qué alivio —me eché las manos al pecho.

— De todas maneras, lo vendería con la condición de que se quedaran al 70% de los empleados. El otro 30 me da igual, no te voy a ser necio.

—¿Y has hablado de esto con tu padre?

—Hace años, pero tal fue la tormenta, que cuando llegó la calma, no se me ocurrió de nuevo volver a insinuarle ciertas cosas. Le tengo mucho respeto y amor.

—Jo, debe ser jodido estar a cargo de algo con tanta responsabilidad y no tener la vocación.

—Lo mío es el campo, allí donde termina el muro y empieza otra finca —señaló hacia el fondo y a un lado.

—Sí, aquello que parece otro cortijo —me reí.

—Pues allí vivo yo.

—¿En serio?

—Sí —sonrió con felicidad—, le quité unos metros a la finca y lo dejé para mi casa personal.

—Me estoy quedando en shock, te hacía viviendo en la ciudad en un ático, un chalet o una casa en el centro.

—No, no, tengo un piso en la ciudad en la zona nueva, pero lo tengo alquilado.

—Ya me veo viviendo allí —señalé su casa— y teniendo a nuestros hijos correteando— bromeé, causándole una carcajada.

—Te he comprado cosas por tu cumpleaños, no porque seas mi prometida —me dio un beso en la mejilla.

—Soñar es gratis y hace feliz… —aguanté la risilla.

—Dicen que los sueños están para perseguirlos, pero mujer, te has ido al hombre más solitario del mundo.

—¿No tienes vida social? Pensé que salías los fines de semana y pillabas tal cogorza que te tomabas los lunes libres.

—Nada que ver con la realidad. Los lunes es que me gusta dedicarlo a los temas del Cortijo. Los fines de semana lo paso en mi casa disfrutando de mis tierras.

—Verás que terminas enamorándome más. No te hacía así —le solté con todo mi arte.

—Al principio cuando me soltabas las cosas por los pasillos o en mi despacho, pensaba que eras una descarada, pero poco a poco fui dudándolo. Me encantaba tu implicación en el trabajo y veía que cuando tenías que ponerte seria, sabías tomar tu lugar. Pero fue todo en la última cena…como te dije, cambió de manera fulminante la forma en que te veía. Me di cuenta de que eras todo corazón, carácter, sensibilidad y adorable —sonreía.

—Dilo, y que estoy como un tren de buena —bromeé.

—Eso siempre lo vi —me hizo un guiño y agachó su cabeza para darme un beso en los labios.

—Ah bueno, entonces me quedo tranquila —me reí.

Me enamoraba este Gonzalo, el que nada tenía que ver con la cara que daba al mundo. Estaba claro que me sentía afortunada por haberme contado esa parte tan íntima de él, pero no por eso estaba segura de que se había guardado otras que le preocupaban y que no tenía por qué desahogarse en todo ante mí.

Terminamos la copa y nos fuimos hacia dentro…

No habíamos cerrado la puerta cuando ya estábamos enganchados como dos seres sedientos que se intercambian sus fluidos salivares a la vez que sus manos ardían en deseos. Más que rozarnos, nos estábamos intentando meter uno dentro del otro para saciar lo que habíamos contenido.

Sus manos apretaban mis nalgas por debajo de la falda y terminó deshaciéndose de ella para luego quitar el resto. Me dejó desnuda con tal ligereza que me quedé sorprendida. Me miró con un brillo en sus ojos que confirmaba que todo lo que veía le parecía de lo más lujurioso.

Yo también me deshice de su camisa, camiseta interior y pantalones, dejando su cuerpo fibroso y sensual ante mis ojos y el roce de nuestras pieles.

Ardíamos tanto que íbamos a explotar. Era como si quisiéramos fundirnos en uno, pero no podíamos. Sus manos no dudaron en hacerse hueco entre mis labios vaginales. Gemí con un solo roce. Estaba que iba a explotar. Sonrió al escucharme y pegó su frente a la mía para luego dejarme un beso y cogerme sobre sus caderas de manera magistral.

Me tumbó sobre la cama y se colocó entre mis piernas para seguir en un precalentamiento que él no estaba dispuesto a acelerar.

—Me estás matando… —murmuré con dificultad por mi respiración entrecortada.

—No te dejaría morir en mis manos…

Dicen que los momentos más fuertes llegan cuando conectas de verdad con una persona. El precalentamiento que estaba viviendo era épico. Era un ser con tanta generosidad que me hacía sentir diferente, como nunca.

Después de lamer, tocar, acariciar cada rincón de mi ser, me penetró para que tuviera el orgasmo con él dentro. Casi desfallezco del placer tan inmenso que experimenté durante unos segundos.

Y no fue solo eso, es que terminamos también haciéndolo en el suelo, en el sofá y por último hasta en la ducha. ¿De dónde sacaba tanto aguante?

Caí desfallecida sobre su pecho entrando en un sueño de lo más profundo.

Capítulo 14

Lo vi tras los cristales hablar por teléfono en la terraza. No escuchaba lo que decía, pero se le notaba de lo más relajado. Se giró y me hizo un guiño. Le hice señas de que iba al baño.

Aun me temblaban las piernas y sentía que iba a desfallecer si no me tomaba tres cafés y me comía un desayuno de lo más suculento.

Me lavé la cara, me recogí el pelo en una coleta y salí afuera, encontrándome con la sorpresa de que ya estaba el desayuno sobre la mesa y un café esperándome que pareciese que gritaba mi nombre. Me dio los buenos días con un beso en los labios.

—¿Qué tal has dormido? —Se acomodó a mi lado.

—Pues mira, como una reina en su cortijo —sonreí, sujetando la taza con mis manos.

—Me alegra escucharlo.

—Dios mío, este desayuno es de reyes por lo menos.

—Es el desayuno más apreciado en el Cortijo.

—Pero yo me lo voy a comer con unas vistas inmejorables y en la mejor suite.

—Por supuesto, faltaría más.

—¿Puedo hacerte una pregunta un tanto imprudente?

—Como poder, puedes, otra cosa es que te conteste.

—Yo me arriesgo. ¿Cuántos años tienes? Hubo porras en las oficinas, pero los que lo saben, nunca abrieron la boca.

—Los tengo bien enseñados. Tengo cuarenta y cinco.

—¿No me jodas? ¿Me sacas diecisiete años? Madre mía, eres con el más viejo que he estado.

—Hombre, dímelo de otra manera, que entiendo que tengas veintiocho años, pero de ahí a llamarme viejo… —se reía a carcajadas.

—Mi próximo brindis en la cena de empresa del año que viene será: "Un brindis por mi jefe el viejito que me lo hace deliciosito"

—Esperó que para entonces se te haya olvidado, porque vaya frasecita —se reía.

Huevos a la plancha, beicon tostadito, aguacate, pavo, tostadas, queso crema, frutas y churros con salsas. Esto era mejor que un buffet y encima con zumos naturales acabados de exprimir. Era todo un banquete para comenzar el día.

Me encendí un cigarrillo con el café porque Gonzalo también fumaba, pero poco, como yo, aunque decía que quería dejar de fumar y que se lo estaba planteando.

Este lugar era mágico y encima estábamos en la segunda planta y última donde las vistas eran una pasada. Me quedaba embobada mientras desayunaba y los silencios no eran incómodos, todo lo contrario, era un regalo de paz y calma que podía percibirse.

Larisa me escribió unos mensajes preguntándome que tal mi finde. Estaba al día por él, eso es lo que más me sorprendió. Me reí diciéndole que ya me

las pagaría, pero que estaba viviendo el gran fin de semana de mi vida y que pensaba exprimirlo hasta el último momento.

Después de tomarnos un desayuno con el que me dejó encantada, nos vestimos y salimos hacia su finca con todo a cuesta. Sí, nos íbamos a quedar allí hasta el día siguiente y me parecía un acto muy grande por su parte el llevarme a ese lugar tan personal como era su casa.

La finca era preciosa, mil metros de terreno en los que había una casa de una sola planta de unos trescientos. Todo decorado de manera rústica, pero moderna, sin estar nada recargado.

La cocina era enorme y toda en color blanca y con un espacio increíble en el que había una mesa para ocho comensales. El salón era inspirado en una cueva, sí, tal cual, era una preciosidad que sorprendía por su diseño.

Un baño grande en el pasillo, tres dormitorios con su propio cuarto de baño y un dormitorio principal, el suyo, y que era toda una fantasía tanto el baño como si fuera un lago natural, la bañera y el habitáculo una cueva y luego tenía un vestidor que parecía un dormitorio rodeado de muebles de diseño, pero también de inspiración rustica. Todos los habitáculos eran grandes.

Luego, y paralelamente a la casa, una especie de nave estilo, taberna rociera con sus mesitas redondas, sillas, barra de bar con bebidas perfectamente colocadas y un billar.

En el otro lado de la casa había una zona techada en la que había una gran mesa de madera con bancos a cada lado con capacidad para doce personas, una cocina, barra con taburetes y una barbacoa que quedaba en la parte de la pared que había al aire libre, junto a ella un horno de piedra.

Lo que más me gustó fueron las dos pastores alemanes que eran de lo más cariñosas y se llamaban, Duna y Lili.

Habíamos dejado todo en su cuarto y él sacó una pieza de carne para prepararla en la barbacoa mientras nos tomábamos unos vinitos dulces y disfrutábamos del día tan espectacular que había amanecido. Hacía un poco de frío, pero bien abrigados se podía estar disfrutando del entorno.

Gonzalo era otro del que se veía por los pasillos de la productora y que nada tenía que ver. Cariñoso, empático, atento, lleno de detalles, abrazos y un sinfín de muestras que me hacían conocer mucho más al hombre que había detrás de toda esa apariencia.

En el terreno tenía su propia huerta llena de verduras que me llamaban mucho la atención por sus colores y lo bonito que estaba todo de cuidado. Disfrutaba de su vida en el campo y vivía aislado de un mundo que, según él, no le correspondía y que le robaba su paz mental.

Me daba rabia que tuviera que vivir condenado a algo por lo que no sentía vocación ni ilusión y encima teniendo los medios para tener una vida cómoda dentro del mundo en el que él era feliz.

Pasamos un día maravilloso en el que, tras la comida, nos fuimos a la habitación en donde pasamos toda la tarde entre momentos de alta tensión y otros más íntimos y personales en el que nos abrazábamos experimentando algo nuevo.

Por la noche fuimos a cenar al restaurante y de nuevo, una explosión de sabores y nuevos platos conquistaron todos mis sentidos.

Fue una cena en la que también disfrutamos de charlas, aficiones y curiosidades que nos causábamos.

De nuevo por la noche tuvimos nuestro encuentro, ese en que nuestros cuerpos no podían dejar de buscarse.

Amanecí a la mañana siguiente desnuda, abrazada a él y con pena de que todo acababa, ya que tenía un compromiso familiar al que acudir.

Desayunamos en el restaurante en esta ocasión después de haber tomado un café en su casa. Luego me llevó a la mía y antes de despedirnos me dijo que había sido de los mejores días de su vida. Eso me dejó tan en shock como feliz.

Larisa me esperaba en la cocina curiosa porque le pusiera al tanto de todo.

—Así que has follado más que los tres últimos años juntos.

—Efectivamente, señora agente —le dije entre risas nerviosas que confesaban que había sido todo más que un sueño alcanzado.

Eso sí, me daba cierta cosa que solo se quedara en eso y que nunca más quisiera volver a quedar conmigo.

Me pasé todo el día en el sofá recordando todos los momentos vividos en tan poco tiempo. El hecho de que me hubiese metido en su casa, ya significaba que al menos confiaba en mí.

Capítulo 15



Era jueves y los días pasaban volando…

Gonzalo había tenido cantidad de detalles conmigo desde invitarme a desayunar sacándome de mi despacho, a enviarme algún café con un bombón para endulzarme la mañana. Sentía que de algún modo seguía mostrando interés por mí.

Subí a su despacho con una mezcla de determinación y diversión. Había decidido que esa mañana no iba a ser “solo un trámite”. No, iba a encenderlo un poco más de lo habitual. Los informes en mi mano eran solo una excusa; lo que realmente exhibiría delante de Gonzalo sería mi descaro, mis ganas y mi sonrisa más peligrosa.

Golpeé la puerta y, antes de entrar, ensayé mi mirada de “ya sabes lo que viene”. Cuando entré, él levantó la vista de su escritorio con esa media sonrisa que sabía perfectamente cómo funcionaba conmigo.

—¿Vienes solo a trabajar, o a provocar, Abril? —preguntó, sin levantar el tono de voz, dejando que su humor elegante flotara en el aire.

—¿Por qué tendría que elegir entre una cosa y otra? —respondí, entrando con paso seguro, dejando los informes sobre su mesa y cruzando las piernas lentamente— Creo que hoy podemos combinar ambos, jefe.

Se recostó en su silla, apoyando los brazos sobre el escritorio, esa postura que siempre me hacía sonreír.

—Me dejas en una posición difícil… ¿Debo concentrarme en los informes o en ti?

—¿Por qué no en ambos? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia él, consciente de que la cercanía le afectaba más de lo que fingía— Aunque debo advertirte… soy experta en distraerte, jefe.

Gonzalo alzó una ceja, divertido.

—Eso suena como una amenaza.

—Una amenaza que te pone a tope, no disimules —murmuré, dejando que mi mano rozara accidentalmente la suya al tomar un bolígrafo.

Su mirada bajó a mi mano, y después volvió a mis ojos, con esa mezcla de humor y deseo que siempre me provocaba temblores.

—Eres imposible, Abril —sonrió—, pero no me quejo.

—Claro que no —dije, inclinándome aún más, jugando con el borde de su escritorio— De lo contrario, no estarías aquí, tan entretenido mirándome.

—Estás muy segura de ti misma.

Se levantó lentamente, acercándose un poco, sin perder la compostura.

—Y me gusta —añadió, tras hacer una pausa que le dio emoción al asunto.

Me reí, apoyando la espalda en el escritorio, cruzando los brazos de manera que pudiera ver cómo su altura y su presencia llenaban el espacio.

—¿Te das cuenta de que cada vez que te acercas, me provocas?

—¿Ahora soy yo quien provoca? —respondió, con la voz grave y medida.

—Sí y deberías aprender a controlarte un poco —susurré, acercándome para que él sintiera mi aliento, mientras mi mano rozaba de nuevo la suya, esta vez "accidentalmente" en su escritorio—. No quiero que esto se vuelva demasiado fácil para ti —le dije, haciéndome la digna, como si no hubiese llegado buscando guerra.

Él dejó escapar una leve carcajada, acercándose un poco más, y yo sentí ese calor que siempre me recorría cuando estábamos así: tan cerca que cualquier movimiento podía ser una provocación directa.

—Abril… —murmuró, con esa mezcla de diversión y advertencia— me estás tentando mucho.

—¿Tentando? —repetí, arqueando una ceja—Yo diría que te estoy ofreciendo una oportunidad. Solo tienes que aceptarla.

Se inclinó sobre el escritorio, un poco más cerca, dejando que nuestro espacio se estrechara peligrosamente. Pude notar cómo su perfume llenaba el aire y cómo la tensión crecía entre ambos.

—Creo que no necesito pensarlo demasiado —dijo con voz baja y elegante —. Pero voy a saborear un poco más esta provocación antes de decidirme.

—Perfecto —contesté, recostándome ligeramente, dejando que mi pierna rozara la suya mientras hablábamos, con una sonrisa picante—. No me importa esperar un poco. De hecho… me divierte demasiado verte perder el control, aunque sea un poquito.

Él me observó un instante, luego sonrió con seguridad.

—Abril… siempre sabes cómo mantenerme en vilo.

—Y siempre lo haré —susurré con soltura, inclinándome hacia él antes de volver a tomar los informes—. Pero, tranquilo, hoy solo vine a recordarte lo

mucho que me divierte estar en tu despacho.

La idea era que me persiguiera. Y claro que lo conseguiría.

El aire se volvió pesado en el instante en que Gonzalo dio un paso y me agarró por la muñeca. La distancia que me mantenía a salvo desapareció en un parpadeo, y su presencia llenó el despacho como si el espacio se hubiera reducido solo para nosotros dos.

—Abril —susurró, con esa voz grave que siempre me desarmaba—. Creo que ya he decidido aceptar la oportunidad.

—¿No me digas?

Él sonrió, y fue una sonrisa lenta, que prometía mucho más de lo que decía. Su mano rozó la mía de forma intencionada esa vez, y sentí un escalofrío subirme por el brazo.

Entonces, sus labios encontraron los míos en un beso que fue suave al principio, como explorándome, como probando mis límites. Pero la suavidad pronto se convirtió en intensidad contenida. Su mano subió a mi cintura, acercándome más, mientras la otra descansaba sobre el escritorio, marcando el espacio que él llenaba con su deseo y total control de la situación.

Me apoyé contra él, sintiendo la calidez de su musculado torso bajo la camisa y el latido de su corazón bajo mi oído.

Se separó apenas un instante, lo suficiente para mirar mis ojos, como buscando mi permiso. Le devolví la mirada con la seguridad de alguien que sabía exactamente lo que quería. Sin añadir nada más, inclinó su frente contra la mía, y el contacto se volvió más íntimo, más urgente.

—Abril… —dijo, y el sonido de mi nombre salió como una caricia— Estás jugando con fuego.

—Y ardo en deseos de quemarme, jefe —susurré, dejando que mis manos descansaran sobre su pecho, sintiendo la firmeza de su cuerpo—. Y tú más.

Su sonrisa se amplió, y el juego que habíamos mantenido durante tanto tiempo se transformó en entrega. Sus manos se movieron con delicadeza y decisión, rozando, guiando y atrapándome.

Nuestras respiraciones se mezclaron, llenando el despacho con un ritmo propio. No había nadie más en la planta, lo busqué a esa hora a propósito. Solos él y yo… Y pronto los gemidos placenteros que saldrían de mi garganta.

El siguiente beso fue más largo, profundo, mientras su mano se enredaba en mi cabello.

Nos quedamos así un momento, en silencio, solo escuchando nuestra respiración y el tic-tac del reloj que parecía ir más lento para ambos.

Su mano bajó lentamente hasta mi espalda, agarrándome un poco más cerca, mientras la otra descansaba sobre mi cadera, marcando territorio con sutileza. Me sentí envuelta, protegida, y a la vez expuesta, porque nadie podía provocarme como Gonzalo.

Arqueó mi cuerpo sobre la mesa del despacho y tiró de mi falda hacia abajo, la cual cedió. Tampoco se le resistieron mis pantis ni mi tanga. Ni siquiera me desnudó por completo para dirigir su boca hacia mi sexo y humedecerlo más de lo que ya estaba, no parando hasta causarme un orgasmo brutal.

En cuanto lo hubo logrado, liberó su miembro viril de sus pantalones y me penetró de una sola y brutal embestida mientras sus ojos se posaban en los míos, sosteniéndome la más lujuriosa de las miradas.

Solo podía pensar en que no bajara el ritmo, aunque no sería necesario que se lo pidiese. Gonzalo sabía muy bien cómo darme placer y lo hizo sobre aquella mesa y en las más diversas posturas. Por el camino, sí que perdí la

blusa y el sujetador, dejándome desnuda del todo para disfrutarme en plenitud. También yo desabroché su camisa para liberarlo de ella y dejar a mi vista ese ancho torso que tan loca me volvía.

Embestida a embestida, fue sacando mis gritos, logrando que el orgasmo me llegara varias veces, hasta que alcanzó el clímax, mientras él succionaba mis pezones y yo terminaba mordiendo su cuello, como si de una vampiresa me tratara. De locura, aquello fue de locura. ¿Cómo resistirme a un sexo como ese que, además, estaba cargado de otras connotaciones?

Y al mismo tiempo que me sostenía cerca, con esa mezcla perfecta de fuerza y delicadeza, supe que no habría necesidad de más explicaciones: estábamos exactamente donde queríamos estar, y nada más importaba.

Capítulo 16



Esa noche me había decidido a hacer algo por Larisa. La conocía demasiado bien y sabía que lo estaba pasando fatal con el tema de Jorge, aunque a veces no quisiera ni abrir el pico conmigo para evitar que montara en cólera y largara por mi boca todo lo que pensaba de él.

Debía hacer algo para animarla, así que pensé en cocinarle unos platos ricos. Por eso, mientras el sol se despedía y teñía las paredes del salón con tonos más cálidos, preparaba una cena para ella, intentando que la casa oliera a algo más que el estrés policial que entraba por la puerta junto con mi amiga.

En la cocina, el aroma de cebolla caramelizada se mezclaba con el de ajo salteado y un toque de romero que decidí añadir en el último momento, porque sí, me gustaba que todo tuviera su toque especial, aunque Larisa nunca supiera exactamente qué llevaban mis recetas.

Entre sartén y sartén, me permití un capricho: una copa de vino que me ayudaba a olvidarme de tanto ajetreo y de mis propios y dispersos pensamientos. También elegí una canción que me acompañaba mientras cocinaba: *"Flowers"* de Miley Cyrus. Sí, esa misma, la que hablaba de independencia y de recoger los pedazos de uno mismo tras una decepción.

No pude evitar sonreír; había algo irónico en ponerle a Larisa esa canción, sabiendo que su corazón palpitaba a sprint por Jorge, pero resultaba reconfortante.

Revolví la salsa y escuché cómo la voz de Miley me envolvía. Era como si la canción estuviera hecha para nosotras esa noche: para reírnos, para llorar un poquito y, sobre todo, para recordarnos que, al final, siempre había manera de cuidarse. Me incliné sobre la encimera y miré las notas de la receta que improvisé sobre la marcha; Larisa siempre me miraba raro cuando cocinaba, pero sabía que le encantaba disfrutar con mis experimentos culinarios. Al menos, eso creía yo.

Me moví por la cocina con la seguridad de quien tenía todo bajo control, aunque por dentro me estuviera riendo de lo mucho que eso me recordaba a nuestras tardes de chicas: nosotras dos, charlando hasta las tantas, cocinando, compartiendo secretos y carcajadas que nadie más entendería.

El horno sonó, la pasta hirvió, y me permití un momento de tranquilidad. Todo estaba preparado para ella. Esperaba que lo disfrutara.

Justo cuando terminé de emplatar, la puerta del apartamento crujió. Mi corazón dio un salto: Larisa estaba de vuelta. Pude escuchar su paso acelerado. La conocía como si la hubiese parido y era evidente que ese tipo de paso delataba que algo le había sucedido y que no sería precisamente bueno.

Respiré hondo y me obligué a sonreír. La vi aparecer en el umbral de la cocina, con los hombros tensos y el ceño fruncido, pero con esa chispa que me recordaba que seguía siendo la misma mujer de armas tomar de siempre. Y nunca mejor dicho, que para eso era poli.

—¡Sorpresa! —exclamé, con la voz más alegre de lo que me sentía— Cena lista. Nada de preocupaciones, ni de Jorge, ni de comisaría… solo tú, yo y esto que he cocinado y que, reconócelo, huele a gloria.

Mientras se acercaba a olerlo, pude notar cómo su postura se relajaba un poco, cómo sus ojos buscaban los míos para toparse con esa comprensión que necesitaba. Por un momento, todo lo demás desapareció: solo estábamos nosotras y el olor a romero, ajo y cebolla caramelizada flotando en el aire, recordándonos que incluso en los días difíciles podíamos hacer un poquito de magia.

Si la observaba bien, Larisa entró como un huracán. Pantalones mal ajustados, chaqueta arrugada y gesto de venir más cabreada que una mona. Lo que le pasó debía ser un ataque frontal contra cualquier atisbo de calma que mi amiga hubiese querido mantener.

—¡Abril, no sabes lo que me ha hecho ese… lameculos! —explotó mientras me hacía seguirla hasta el salón, lanzando su bolso sobre el sofá con un golpe que hizo rebotar un cojín— ¡Me ha dejado en ridículo delante del comisario! Sin siquiera escucharme, me ignoró mientras chuleaba como si fuera el héroe de la oficina.

Me quedé un instante con la boca abierta, maldiciendo en silencio para no cortar sus palabras. Luego respiré hondo y solté mi propio rugido.

—¡Ese desgraciado merece que alguien le enseñe lo que es bueno! —chillé, golpeando la mesa con un puño, notando cómo mi cabreo podría alcanzar niveles históricos— ¡Si alguna vez pudiera verlo desinflado, como un globo pinchado…! Qué alegría me daría, ¡a tomar por culo! ¿Qué se ha creído? ¿Cómo se las ingenió para hacer eso?

—¿De verdad quieres saberlo? Mira que no quiero sentirme responsable de que te dé un infarto.

Larisa me miró con una sonrisa torcida, y supe que habíamos entrado en terreno pantanoso.

—Sí, pero vuelve a la cocina, que vamos a poner la mesa por muy gorda que sea la cosa. Vamos, que ese imbécil no nos quita las ganas de cenar.

Me siguió y, cuando entramos, se dejó caer en una silla, aun bufando.

—Te juro que fue para reventarlo —continuó, con la voz teñida de ira—. Yo ya lo estaba viendo venir desde hace días. Pero hoy se ha lanzado como un kamikaze. Hice un informe estupendo sobre un caso y cuando se lo llevé al comisario, se vino detrás de mí a su despacho con una sonrisilla más que sospechosa. Y entonces, empezó a corregirme delante de él como si yo no supiera ni encender un ordenador, y el comisario, gilipollas integral, le dio la

razón. Y todo porque le ha dado por entrar a charlar con él de fútbol y a hacerse los machitos. Te juro que los hubiese matado allí mismo.

No pude evitar apretar los dientes mientras sacudía la cabeza.

—¡Madre mía, Larisa! —chillé— Ese pelotero de mierda no merece ni que se le llame poli. Yo le daría un curso intensivo de "cómo dejar de ser un chupaculos y convertirte en persona" porque ni eso es. Pero se lo daría acompañado de una ensalada de puño —rematé con el mío en alto, mientras imaginaba la escena en cámara lenta, haciéndole tragar su jodida arrogancia a golpes.

Larisa se rio, a pesar de la rabia que todavía la sacudía. Su risa era seca y maliciosa, y me encantaba.

—Y lo peor —continuó, gesticulando con las manos como si estuviera espantando moscas— es que no paraba de vacilar y me dirigía miraditas de haberme dejado a la altura del betún. ¡Qué asco de tío! Ya caerá, se la tengo que jugar como él me la ha jugado a mí. Me dan ganas de… —Se mordió el labio, buscando las palabras exactas… ¡De molerlo a palos!

Yo asentí con sonrisa triunfal, apoyándome en la encimera y lanzando mi propio grito de guerra.

—¡Y yo lo sujeto! Que sepas que hoy, a Jorge, al grandísimo arrastrado de mierda, le han salido dos enemigas con ganas de arañarlo como leonas —Hice un gesto con la mano, como de dar un zarpazo—. Que tiemble, porque no vamos a dejar que se salga con la suya.

Larisa me lanzó una mirada de complicidad. En ese momento, entre los insultos divertidos y la rabia compartida, supe que la cena no solo sería un refugio: sería nuestro pequeño juicio contra Jorge, mientras el olor a romero y ajo nos seguía envolviendo como un escudo invisible.

Durante un instante, el apartamento quedó en silencio, salvo por el burbujeo de la salsa que aún se calentaba en el fuego. Seguía indignada, con esa rabia en el pecho que no se me iba ni respirando hondo. Pero al mirar a Larisa, sentada frente a mí, con las mejillas encendidas y los ojos brillando

entre la furia y el cansancio, caí en la cuenta de que no debía seguir echando leña al fuego. Ella ya tenía suficiente con su propio volcán interno.

Suspiré. A veces era tan fácil dejarme arrastrar por la indignación ajena que casi olvidaba que mi papel no era guerrear, sino tratar de parecer calmada cuando me costaba la vida lograrlo. Larisa no necesitaba otra chispa; necesitaba apagar el incendio, aunque fuera con un poco de vino y alguna tontería que la hiciera reír.

—Mira, cariño —dije, bajando un poco la voz mientras me sentaba a su lado— sé que las dos tenemos ganas de meterle el informe por el culo al idiota ese, pero… creo que lo que de verdad te hace falta ahora es pasta, vino y algo de risa.

—Sí, pasta para irnos las dos a las Maldivas y olvidarnos de él —rio.

—Hablaba de esta otra —le señalé la cacerola—, pero si me invitas a las Maldivas, te como entera.

Larisa soltó una risa breve, casi forzada, pero fue suficiente para darme impulso.

—Además —continué, haciéndome la seria—, no olvides que los narcisistas como Jorge tienen un punto débil: se desinflan si no hay público. Así que, si la próxima vez te vuelve a corregir, tú sonríes y le dices: “gracias, Jorge, siempre tan atento a mis errores. Sin ti, no sabría en qué equivocarme”. Y luego giras sobre tus talones y piensas en la venganza.

Se echó a reír de verdad, inclinando la cabeza hacia atrás. Su risa llenó la cocina, derritiendo la tensión del ambiente como la mantequilla en una sartén caliente.

—Eres una mala persona —comentó entre carcajadas—. No sé si me ayudas o me empujas al despido.

—Te ayudo a mantener la cordura, porque ese quiere volverte loca —respondí, dándole un golpecito en el brazo.

Nos quedamos un momento en silencio, riendo por lo bajini mientras el olor de la cena se mezclaba con el del vino y el sonido lejano de la ciudad entrando por las ventanas entreabiertas. Afuera, las luces anaranjadas del atardecer se iban apagando poco a poco.

Larisa se sirvió otro poco de vino, y cuando nuestras copas chocaron, la miré y pensé que, aunque el mundo se empeñara en ponérselo difícil, ella siempre tendría un refugio. Conmigo. Con nuestras cenas improvisadas, las canciones de *Miley Cyrus* y el juramento silencioso de que ninguna humillación, por más grande que fuera, lograría hacer que dejásemos de reír y de disfrutar de la vida. Nunca, jamás lo permitiríamos, por mal que viniesen las cosas.

Capítulo 17



Viernes por la mañana y después del encuentro que tuve con Gonzalo en su despacho y la cena tan movidita con Larisa, esperaba que el día de hoy me abriera nuevas oportunidades. Las que fueran, yo lo que quería es seguir sintiéndome tan viva como lo había estado estos días.

—Alegra esa cara, hija, que parece que te pasó un tractor por encima.

—Solo de pensar que esta tarde lo vuelvo a ver…

—¡Le echas cojones! Hombre por favor, que no se diga.

—Lo que le voy a echar es un mal de ojo que no va a ver hechizo que lo salve de esa —dijo, causándome una carcajada.

—Pues mira, esta tarde le voy a poner una docena de velas negras. Buena idea me acabas de dar y como se me crucen los cables, descargo una foto de su Facebook y la imprimo para hacerle vudú.

—¿Tú sabes hacer esas cosas? —preguntó preocupada.

—No, pero hoy en día todo se aprende por la red —fregué la taza del café que me había tomado —. Y ahora, me voy, que no quiero llegar tarde y que el jefe me meta la roja.

—Estás deseando que lo haga.

—Pero la morada —le hice un guiño y le di un besito antes de marcharme.

Por el camino me pillé un café para llevar, ya que me había sabido a poco el que me había tomado en casa. Al llegar a las oficinas y saludar a Juan, noté que Carmen y Silvia me miraban cuchicheando. Las fulminé con la mirada y hasta se quitaron de en medio. Que no me tocaran muchos las narices porque estaba deseando cantar y no precisamente en Karaoke.

Entré a mi despacho y cinco minutos después apareció Gonzalo con un par de cafés y un pastel de crema de arándonos del cortijo. Se sentó frente a mí.

—¿Te apetece venirte el fin de semana a la finca? —me preguntó, causando que un cosquilleo recorriese todo mi cuerpo.

—Claro, ¿cómo no? Pero ¿estás seguro de aguantarme de nuevo?

—Por supuesto, no tengo mejor plan. Eso sí, a partir de esta noche han dado lluvia y bajan las temperaturas.

—Sí, lo he visto en el móvil.

—Entonces, ¿a qué hora quieres que te recoja?

—Tengo coche, no te preocupes, me dices la hora y estaré allí.

—Por mí te puedes venir hasta a comer cuando salgas.

—Tengo que pasar por mi casa por la ropa. Me tendrás que dar tiempo a llegar a mi casa que no tardo más de ocho minutos, preparar la ropa y los veinte minutos de coche.

—Claro, así voy preparando la mesa.

—Pues gracias, me hace mucha ilusión que de nuevo quieras contar con mi compañía. Además, hoy Larisa está de tarde y mañana se va con uno de sus hermanos a hacer un sendero, así que me has arreglado el plan del fin de semana.

—Las gracias a las monjas. Me voy a poner a trabajar que tengo una mañana un tanto a presión para dejar todo listo antes de irme.

—Yo lo llevo todo al día ¿Quieres que te ayude en algo?

—Estoy con los cierres progresivos y te puedes liar.

—Yo se los hacía muchas veces a tu padre.

—¿En serio? —Sus ojos se agrandaron.

—Sí, el de *Yors* siempre lo hacía yo.

—Pues ese es uno de los pendientes.

—Te acompaño y me lo das. En una hora te lo tendré listo.

Lo acompañé y después de ganarme un montón de besos de los que tuve que escapar para no entretenerle la mañana, me fui a mi despacho y me puse a hacerle el cierre que para mí era pan comido.

A los cuarenta minutos estaba en su despacho con todo listo y con sus ojos de nuevo como platos.

Los revisó y afirmaba feliz con el resultado de haberle dejado todo cuadrado.

Cuando terminé la mañana Gonzalo apareció por mi despacho antes a buscarme para dejarme en casa y que no fuera andando. Tuvo un detalle, aunque a mí no me importaba porque estaba relativamente cerca.

El caso es que salimos juntos ante las miradas de las chicas que se le salían los morros sin poder controlarlo. La guantada sin mano era enorme, porque si me quisieron hacer creer que se había acostado con Gonzalo y veían que él no dejaba de tener detalles conmigo de cafés y salíamos juntos en su coche, debían de estar de lo más envenenada.

Nos despedimos en la puerta de mi casa y subí corriendo a preparar las cosas. Larisa no estaba, pero ya había hablado con ella por teléfono y la había

puesto al día de que me iba con Gonzalo. Aunque ella a la mañana siguiente tenía sus planes con el hermano.

En menos que cantó un gallo, ya estaba en mi coche en dirección a la finca donde me estaba esperando el hombre que estaba consiguiendo hacer que mi vida fuese más bonita y especial.

Me había puesto cómoda para llegar y pegar, así es como se decía. Así que cuando llegué, me lo encontré a él también de la misma guisa y preparando la mesa.

—Pero bueno, que buena pinta —observé dos cuencos de barro con una pasta gratinada y langostinos.

—Sí, pasé por el cortijo y los tenían recién hechos. Solo he tenido que gratinarlos en el horno.

—¿Y esto?

—Son langostas rebozadas con salsa dulce.

—Qué *pintorra*, por favor.

—Pues adelante —servía las copas de vino.

—Madre mía, estas langostas son pecado divino. Me estoy enamorando del cortijo, a Matías y Claudia los cocineros, les deberías de subir el sueldo.

—Cobran más que la media de los mejores chef españoles.

—Entonces no se les sube ni un euro más —comenté, riéndome.

Si buenas estaban las langostas, la pasta gratinada era todo un espectáculo de sabor que me tenía gimiendo como si no hubiera mañana.

—El fin de semana que viene estoy en el País Vasco. No tengo ni ganas, pero tengo que asistir a unos compromisos.

—Sí, sé qué hace las reuniones y propuestas de cadenas. Espero que te sea leve.

—Eso espero yo —sonrió mirándome con esos ojitos que me hacían derretirme por completo.

Después de comer nos preparamos un café y recogimos la cocina. Nos fuimos hacia el salón donde la chimenea estaba de lo más viva y se podía escuchar esos crujidos de la madera.

Fue justo cuando nos sentamos que comenzó a tronar y los perros se pegaron a nuestros pies y se pusieron temblorosos. Llovía con muchísima fuerza. Hicimos que Duna y Lili se subieran al sofá una a cada lado.

—Ahora pega una de churros.

—No puedes hablar en serio después de lo bien que has comido —se reía.

—¿Cómo qué no? ¿No te pasa que los findes son esos días en los que te gusta darte mil caprichos y si es con lluvia mejor?

—¿Y qué tiene que ver el atún con el betún? Una lluvia no puede dar hambre.

—Tú es que no entiendes las señales de la vida, hijo —negué mirándolo con indignación, pero a modo de broma.

—Debe ser eso. ¿Quieres unos churros?

—Para merendar, ahora estoy haciendo la digestión.

—Sabía yo que ni lluvia ni nada, era imposible que tuvieras hambre. Luego pido que nos acerquen un papelón de churros.

—¡Qué bueno! —aplaudí emocionada mientras él se reía.

Entre la lluvia, la chimenea, el café, la compañía y las perras, sentía una paz y armonía de esas en la que muchas veces, pagaríamos para impregnarnos de ella.

Abrió el sofá y terminamos tumbados para echarnos un rato y poder seguir disfrutando de este momento en el que apetecía relajarse aún más.

Duna se estiró a mi lado y buscó que le echara la mano por encima. Me daba pena el miedo que sentían con los truenos y me recordaba también al tema de los petardos en los que muchos caninos desaparecían perdidos por el miedo escapando sin ninguna dirección.

Capítulo 18



Lili apareció por el sofá con el cuenco de comida vacío en su boca. La muy descarada estaba pidiendo de comer y Duna movía el rabo a su lado.

—Mis chicas tienen hambre —murmuró Gonzalo, acariciándolas después de haberme dado un beso.

—Y tu grande también —puse cara de angelito.

—Ahora mismo llamo para que nos traigan los churros.

—Eso, aprovecha que escampó.

—Viene en coche —volteó los ojos cogiendo su móvil para poner el mensaje.

—Voy preparando los cafés —me levanté del sofá y fui a la cocina —¿Puedo? —pregunté si podía fumar.

—Sí claro —estiró la mano dándome permiso.

—Pero ¿tú fumas en la casa?

—En la cocina sí, en el resto de la casa no. Pero si te apetece alguno frente a la chimenea, no te cortes.

—No, no, si tú no fumas allí, no lo voy a hacer yo, además, con fumarme este con el cafelito, luego nos hacemos otro café para tomarlo en la chimenea

con los churritos. Ya sabes que fumo bien poco, como tú.

—Ya nos quitaremos un día —me hizo un guiño y cogió la taza de café.

—¿Del café? —le pregunté bromeando.

Les echó de comer a las niñas y les abrió la puerta para que salieran a hacer sus necesidades aprovechando que había escampado.

Nos tomamos el café en la cocina y a los diez minutos apareció uno de sus empleados con el papelón de churros, una tarrina con azúcar, otra de pistacho, otra de caramelo y otra con Nutella.

Lo pusimos sobre un plato y nos sentamos en el sofá. Justo en ese momento de nuevo comenzaba a llover a mares. Se cerró el día por completo.

Los churros eran de otro nivel y cuando digo de otro, es que estaba muy por encima de los de la ciudad que ya de por sí, eran brutales.

Gonzalo era un hombre muy tranquilo, nada que ver con ese tipo que yo pensaba que iba de fiesta en fiesta y que vivía a cuerpo de rey. Él no era así, a él le gustaba disfrutar de su hogar, de su vida y de sus ratos de desconexión de todo aquello que le robaba la paz, como la productora.

Cariñoso, diría que un poco romántico detrás de esos rasgos tan sensuales y atento, porque a mí me colmaba de atenciones y me trataba con una sensibilidad que a veces conseguía estremecerme.

Le mandé a mis padres una foto con un churro en la boca y la tarrina de pistacho en las manos. Los tenía al tanto de todo y ellos siempre prefirieron que confiara en ellos a tener miedo a contarles las cosas por una reprimenda. Nada que ver, solo me decía que tuviese cuidado y que había una diferencia de edad muy grande, pero que, si estaba viviendo un momento feliz, ellos se alegraban.

No es que fuéramos novios ni tuviésemos ningún compromiso ni nada por el estilo, pero había algo bonito y juntos, éramos un peligro lleno de deseos que se atraían fuertemente.

—¿Qué te parece que cocinemos para esta noche un caldo de verdura y pescado?

—Venga, a mí me salen buenísimas ¿Qué pescado tiene?

—Rape, langostinos, merluza y también unas conchas de almejas.

—Nos va a quedar perfecto con mucha verdurita a trozos.

—Eres de las mías entonces.

Comencé a cortar la verdura y Gonzalo troceó el pescado que ya venía limpio por el pescadero.

Disfrutaba con los utensilios y baterías de cocina que tenía tan bonitos y a la vez de esos que eran una maravilla y no se quemaban lo más mínimo.

Aprovechamos para dejar echas unas croquetas de pescado con el que le había sobrado. La sensación de hacer estos tipos de cosas con él para mí era de lo más placentera. Me daba paz y me sentía como si estuviera en un lugar que me pertenecía.

—¿Y cómo es que Larisa se va mañana de sendero con la que está cayendo?

—Porque se van a la sierra de málaga y allí no está lloviendo.

—Ya decía yo —sonrió.

Cuando se hizo el pescado, apagó el fuego y fuimos a darnos una ducha juntos. No sé quién tenía más ganas de ese momento, si yo, o él, que tiró de mí a la velocidad de la luz como si no hubiera opción de perder ni un solo minuto.

Sus manos comenzaron a enjabonar todo mi cuerpo empezando por mi nuca y hombros. Yo me dejaba llevar por él, siempre lo hacía menos cuando las ganas me podían, pero me encantaba sentirme a su merced porque sabía que, con él, estaba en buenas manos.

Siempre dije que la zona intima de una mujer no la conocía nadie como nosotras mismas, pero me equivoqué. Gonzalo llegó para demostrarme que él era capaz de hacerme gemir como hasta ahora nunca lo habían hecho.

Terminamos en el suelo de la ducha follando salvajemente mientras yo perdía el control y hasta le daba tirones de pelos. Se echó a reír y hasta arqueó la ceja.

—Perdón, perdón, me he venido arriba —dije con la voz agitada y la risilla suelta.

—Tranquila, disfruta —mordisqueó mi labio.

Y tanto que disfruté. ¿Cómo no hacerlo si tenía un portento que estaba sacando lo mejor de mí en un terreno que yo ya daba todo por hecho?

Hasta para secarme era toda una fantasía. Adoraba esos momentos de risas mirándonos al espejo con los albornoces puestos mientras nos lavábamos los dientes.

Yo lo quería para toda la vida, pero algo me decía que pese a lo bonito que se sentía todo cuando estábamos juntos, esto tenía fecha de caducidad.

Nos pusimos los pantalones de pijama con una camiseta de mangas cortas y nos fuimos a la cocina a freír algunas croquetas para acompañar a la cazuela de pescado y preparamos la mesa en el salón, frente a la chimenea.

Decidimos cenar viendo una película policíaca basada en un hecho real que conmocionó en aquella época a todos los Estados Unidos. Ni nos levantamos a quitar los platos después de cenar de lo enganchados que estábamos.

Terminé llorando, después de mucha rabia me alegré de que se hiciera justicia, porque ese señor pasó muchos años en la cárcel por un crimen que no había cometido y encima, estaba esperando a que ejecutasen su sentencia de muerte, menos mal que nunca llegó a suceder gracias a los avances de pruebas tecnológicas y de ADN, que demostró que él no estuvo en el lugar de los hechos.

Fue cuando terminó la película que recogimos todo y nos marchamos a la cama.

De nuevo nos volvimos a buscar. No tenía claro quién era más insaciable de los dos, pero que nos arrastrábamos el uno al otro, era más que evidente.

Al final terminamos de nuevo en la ducha poniéndome un gorro en el pelo para no mojármelo. La gracia fue que cuando regresamos a la cama, en un visto y no visto, él se quedó dormido.

Me puse a mensajearme con Larisa que estaba despierta y me contaba lo angustiada que estaba con el tema de Jorge, pero le recordé varias cosas de las habladas y la hice venirse un poco más arriba.

Cuando cerré los ojos pensé que para el siguiente fin de semana no lo tendría y eso me causó tristeza, que fue con la que me quedé dormida.

Capítulo 19



Desperté con los rayos del sol colándose por las ventanas de madera del dormitorio, iluminando suavemente la finca. La lluvia había desaparecido y las perritas reclamaban su comida.

En el exterior, los pájaros empezaban a dar su propio concierto. Inspiré profundo, dejando que la calma del campo me envolviera. Cerré los ojos un instante, y al abrirlos, Gonzalo me miraba desde el otro lado de la cama, con esa sonrisa que siempre hacía que mi corazón se acelerara sin razón aparente.

—Buenos días, preciosa —me saludó con voz rasposa— ¿Qué tal has dormido?

—Hola… —Me desperecé exageradamente, estirando los brazos— Creo que podría acostumbrarme a esto. De hecho, te doy permiso para que me llames “Señora del Cortijo”. Oye, ¿te importaría que me quedara aquí un tiempo? Si tienes que viajar o lo que sea, te lo cuido en exclusiva.

Se rio y se inclinó hacia mí, rozando mis labios con los suyos de forma juguetona.

—No hace falta que me hagas favores, Abril, pero ha sido un buen intento —contestó, mirándome con intensidad.

—¿No? Pues ya te lo recordaré cuando me pidas ciertos favores sexuales.

—En la cama soy más de dar que de pedir —me recordó con su sonrisa ladeada, la más seductora del mundo.

—Y encima generoso, ¿tú aspiras a ser Mr. Perfecto o qué?

—Mientras no sea Mr. Proper y me quede calvo como una bombilla…

—Ahora se llama Don Limpio, es que hasta de detergentes entiendes, qué tío. Pero lo de Mr. Proper es muy antiguo, casi tanto como…—me mordí la lengua a lo justo porque le vi las intenciones.

—Dilo y mueres a cosquillas —me amenazó.

—Tan antiguo como tú —le solté, provocándolo. Y claro, las cosquillas me llovieron por todas partes.

Me acerqué, apoyando la cabeza sobre su pecho mientras nos reíamos. Su calor me envolvía, y por un instante olvidé el mundo entero.

—Pues entonces creo que voy a tener que asumir responsabilidades —susurré, con un hilo de voz picante cuando por fin dejó de hacérmelas—. Por ejemplo, supervisar el desayuno.

—Supervisar… ¿y qué más? —preguntó, con la ceja arqueada, divertido.

—Muchas cosas —le guiñé un ojo—. Empezando por asegurarte de que no te escapas de mí.

No perdió tiempo. Su sonrisa se volvió más intensa, y me besó con suavidad, explorando lentamente, mientras una de sus manos acariciaba mi espalda y la otra se enredaba en mi cabello. El mundo desapareció y solo existíamos él y yo, con risas entrecortadas, las respiraciones compartidas y la sensación de que todo era perfecto en aquel instante.

Me tumbé sobre su pecho, dejándome abrazar mientras sus dedos jugueteaban con mi cabello y mi barbilla. Entre un beso y otro, comenzamos a rozarnos, acariciarnos, con esa complicidad que nos daba confianza y chispa a la vez. Su risa se mezclaba con la mía, y yo no podía evitar bromear:

—Si sigo así, creo que voy a convertirme en la dueña oficial del cortijo. ¿Lo ves? Tengo derechos adquiridos.

—Sí, sí —contestó, riendo y besándome de nuevo—, derechos adquiridos y sin necesidad de contrato.

—Bueno, podemos hacer uno… de matrimonio —me dejé caer.

—Otro buen intento —me sonrió de nuevo con esa seducción tan suya.

Seguimos así un buen rato, entre besos y caricias que nos acercaban más, siempre con ese juego de provocación y ternura que nos hacía imposible separarnos. La cama se convirtió en nuestro refugio, con la luz del sol entrando y el canto de los pájaros haciéndose más sonoro ya. Por un instante, todo lo que importaba era la risa compartida, los besos que no tenían fin y la certeza de que aquel cortijo ya nos pertenecía a los dos, aunque solo fuera por esa mañana perfecta.

Nos levantamos con pereza, pero todavía riendo, arrastrándonos fuera de la habitación, al menos yo, pues sentía que me pesaban los pies. El cortijo se despertaba lentamente a nuestro alrededor; el aroma de la tierra húmeda y el sol que ya calentaba el terreno nos invitaban a empezar el día sin prisas.

—¿Lista para una mañana relajada en el campo?

—Totalmente —respondí, estirándome y soltando una carcajada— Y oye, si me dejas vivir aquí, prometo convertirme en más campera que las botas de Valverde del Camino. Incluso podría sembrar en tu huerto, sacar fotos a los pájaros… todo a cambio de pensión completa. Y añadiríamos sexo, por si eso solo no te convence.

—Creo que podría negociar ese trato —contestó, alzando una ceja y rozando mi brazo mientras nos dirigíamos al restaurante del Cortijo— Aunque dudo que tengas paciencia para trabajar la tierra, con lo impaciente que eres.

—Que sí, que sí, que yo vi en la tele el programa ese de “Pesadilla en el paraíso” y podría hacerlo igual de bien que *Víctor Janeiro*, que fue quien lo

ganó.

—¿No me digas?

—No tienes ni idea de qué te hablo, ¿a qué no? ¿Tampoco ves la tele? ¿Tú haces algo aparte de ganar billetes a toneladas? Mira que hay que disfrutar la vida, que, si no, se convierte uno en el más rico del cementerio.

Se reía con mis ocurrencias mientras íbamos a desayunar al restaurante, pues pensó que sería mejor idea que dejarlo en mis manos. Dentro, la luz del sol llenaba el espacio, iluminando las mesas de madera pulida y los detalles de cerámica pintada. El aroma a pan recién hecho y café tostado nos dio la bienvenida, y en nada nos atendieron con la amabilidad a la que nos tenían acostumbrados.

—Buenos días, como siempre, un placer teneros aquí —comentó la camarera, señalando nuestra mesa favorita cerca de la ventana—. Hoy tenemos un desayuno mediterráneo especial que creemos que os va a encantar.

Gonzalo y yo nos miramos, cómplices.

—A mí, ya te digo que sí, con tal de que me lo pongan todo por delante de buena mañana, ya se me hace la boca agua —le aseguré.

El desayuno llegó en bandejas perfectamente equilibradas: zumos de naranja y granada recién exprimidos, una selección de frutas frescas bien jugosas que brillaban, tomates Cherry y aguacate, panes crujientes y tostadas con aceite de oliva virgen y queso fresco. Había también huevos revueltos suaves, aceitunas variadas, y hasta un pequeño cuenco de yogur con miel y nueces. Todo casero y que servía tanto para agradar al paladar como a la vista: una explosión de color y frescura que invitaba a disfrutar lentamente del comienzo de mañana.

—Mmm… —murmuré, cogiendo un trozo de pan— Esto sí que es un buen despertar. E insisto, si me dejas quedarme aquí, prometo probarlo todo y darte mi veredicto profesional como crítica gastronómica del Cortijo.

—Ah, entonces no hay problema —respondió Gonzalo, sonriendo y rozando mi mano—. Solo asegúrate de que no critiques demasiado, que ya estoy bien despierto.

Entre un bocado y otro, empezamos a planear el día. Yo seguía lanzando bromas, preguntándole si quería que me pusiera botas de campera y sombrero de paja para completar mi papel de "Señora del Cortijo", mientras él me contestaba con sonrisas y pequeñas caricias, dejándome sentir que aquel día no tenía prisa alguna por acabar.

—Con tal de que me dejes vivir aquí —recalqué, guiñándole un ojo—, puedo llegar a ser más de campo que una amapola.

—Ah, vale —contestó, besando la punta de mis dedos—, con esa promesa, ya me quedo más tranquilo.

—Tranquilo te quedarás cuando me hagas una de amor de verdad, anillote incluido.

Y así, el campo y el Cortijo se convirtieron en testigos silenciosos de nuestro juego interminable.

—¿Qué te parece si esta noche cenamos otra vez aquí, en la casa? Podemos pasarla tranquila, sin salir, y yo me encargo de todo —propuso.

—Mmm… —murmuré de nuevo, arqueando una ceja— Suena tentador. ¿Y antes de eso?

—Podríamos pasar por el mercado del pueblo —sugirió—. Algo fresco, ingredientes para una cena improvisada, pero deliciosa.

Asentí con entusiasmo y nos dirigimos hacia el coche. El invierno nos acariciaba con un aire fresco y limpio, y el sol, bajo pero brillante, iluminaba los caminos del Cortijo. Mientras los recorríamos, mi atención se desvió hacia un pequeño conjunto de flores silvestres al borde del camino. Preciosas, sus tonos violetas, amarillos y blancos resaltaban entre la hierba todavía húmeda por el rocío de la mañana.

—Mira esas flores —exclamé, señalándolas con una sonrisa—, son muy bonitas.

Él siguió mi mirada, y sin decir una palabra, detuvo el coche, se bajó y se acercó a recoger un ramo improvisado. Volvió hacia mí con cuidado, entregándomelo con esa elegancia natural que siempre demostraba incluso en sus gestos más simples.

—Para ti —me lo entregó, con una sonrisa que me hizo sentir que aquellas flores eran más valiosas que cualquier joya.

—Son la caña… pero qué baratas te han salido —bromeé, sosteniendo el ramo y mirándolo de reojo—. Menos mal que por mi cumpleaños te dejaste caer bien, que si no…

Sacudió la cabeza mientras me daba un suave golpe en el brazo.

Mientras retomábamos el camino, el ramo de flores entre mis manos se balanceaba con cada curva, y no podía evitar sentir una mezcla de ternura y diversión. La complicidad entre nosotros era perfecta: bromas, gestos, risas y pequeños roces que convertían un paseo cualquiera en un recuerdo que se quedaría grabado en nuestra memoria.

Y mientras el coche avanzaba entre los campos y el sol de invierno iluminaba nuestra ruta, tomé conciencia de que aquel sábado estaba lleno de pequeñas maravillas: el campo, el Cortijo, las flores, nuestras bromas y, sobre todo, la sensación de que, durante unas horas, aquel lugar era solo nuestro, y nos regalaría muchos momentos inolvidables.

Capítulo 20

El mercado del pueblo estaba lleno de vida, incluso en pleno invierno. Los puestos de fruta y verdura se mezclaban con los de carne, con los de queso y con una panadería artesana, y el aire olía a especias, pan recién horneado y café. Gonzalo y yo íbamos el uno al lado del otro. Me cogí de su mano, contagiándole unas sonrisas que no se podían borrar, disfrutando de la calma y la alegría de un sábado simple que, sin embargo, me parecía un festival.

—Mira esos solomillos —dije, señalando una bandeja impecable de carne fresca—, menuda pinta tiene.

—¿Te apetecen? —respondió Gonzalo con brillo en sus pupilas—, puedo cocinarte la cena perfecta con ellos. Los haré con una salsa de vino tinto y romero, un toque de mantequilla y un punto de mostaza. Quedarán jugosos, suaves y con un aroma que hará que quieras repetir cada bocado.

—Vaya… suena peligroso —bromeé, apoyándome en su brazo mientras paseábamos entre los puestos—. Si esta es tu estrategia para que me quede en tu Cortijo, está funcionando bien.

Nos detuvimos en el puesto de frutas y Gonzalo me animó a escoger. Elegí mandarinas jugosas y crujientes manzanas, mientras él pedía unas peras firmes y unos racimos de uvas negras que parecían dibujadas.

—Abril, ¿y si preparo un postre con esto? —sugirió— Algo sencillo, pero delicioso: peras caramelizadas al vino con un toque de vainilla, y un poquito de la fruta fresca que tú elegiste.

—¿Con más vino? ¿Pretendes emborracharme para abusar de mí? —pregunté, riendo— Sabes que no te hace falta, pero si te empeñas, haré como que me dejo seducir.

Reímos mientras avanzábamos por los puestos de quesos y panadería. Probamos un trocito de pan recién horneado, que se deshacía en la boca, y un poco de queso curado con un sabor intenso y profundo. Cada bocado venía acompañado de nuestras miradas cómplices y rozamientos casuales que hacían que todo el mercado pareciera solo nuestro.

—Mira esa canasta de frutos secos —dije, inclinándome para señalarla—. Podríamos hacer un pequeño mix para la merienda.

—Sí, perfecto —opinó él, dándome un ligero empujón con el hombro. Y allá que se fue a pedir un montón, como si fuese a ocurrir una desgracia y tuviéramos que refugiarnos en un búnker una buena temporada. Pensándolo bien, en un búnker me habría metido con él de cabeza.

Y mientras seguíamos entre los puestos, riendo y disfrutando del ambiente, supe que aquel paseo por el mercado no era solo una compra, era otra manera de compartir tiempo y bromas, de ir conociéndonos mejor. El plan de Gonzalo para la cena se volvía solo una excusa para disfrutar de nosotros mismos, del mercado y del simple placer de estar juntos.

Después de llegar a la finca, donde coloqué el ramo de flores silvestres en un florero, volvimos a comer al restaurante. La comida estaba deliciosa: tablas de embutidos, verduras frescas y un plato de paella que olía a tradición y que me cayó fenomenal. Nos mirábamos entre bocado y bocado, riendo y comentando cada detalle, disfrutando del tiempo sin prisa, como si las manecillas del reloj estuvieran paradas y aquel fin de semana no tuviera pinta de terminar nunca.

—Creo que, como mínimo, voy a tener que alojarme aquí más a menudo —comenté, apoyando la cabeza en su hombro mientras probaba un trozo de queso curado—. Este lugar y tu compañía son peligrosamente adictivos. La culpa, por tanto, es tuya y no mía. Advertido quedas.

Negaba con la cabeza a cada comentario insistente y bromista por mi parte, aunque no sé si era consciente de que, en el fondo, lo deseaba con todo mi ser porque, aunque no fuera nada de Gonzalo oficialmente, en cierto modo ya me sentía de allí. Podía entender a la perfección por qué se encontraba así de bien en un lugar que también a mí me resultaba mágico.

Después del almuerzo, volvimos a su casa y nos dirigimos al huerto. La luz del sol iluminaba las hileras de verduras y de hierbas aromáticas mientras el aire olía a tierra húmeda y hojas frescas. Me mostró cómo elegir los mejores tomates, pepinos y pimientos, y no pude evitar lanzarle bromas mientras recogíamos juntos los productos más maduros y brillantes.

—Mira, Gonzalo, soy la campeona con los pepinos —me burlé, sosteniendo un par de ellos bien grandes con picardía— ¿Me das un diploma?

—Lo que te voy a dar es otra cosa —respondió con más picardía aún, acercándose para meter su mano por debajo de mi falda y apretarme contra él, como si la idea de que sostuviera un par de ellos acrecentara su necesidad de demostrarme que era solo suya.

—Ya me lo has dado… un buen puntazo.

Nos metimos un rato en la cama en el que, antes de dormir la siesta, me dio un buen repaso. Y a media tarde, aterrizamos en la cocina, donde abrió una botella de vino mientras yo empezaba a preparar la ensalada. La cocina se llenó de aromas agradables, entre aceite de oliva, vinagre balsámico, hierbas frescas y la promesa de lo divertido de una cena que cocinaríamos juntos. Nos movíamos con facilidad, entre risas, pequeños empujones y miradas cómplices.

—Abril, asegúrate de que la ensalada quede perfecta —me pidió fingiendo ser un chef, en tono serio, sirviéndome un poco de vino.

—Si quieres, puedo añadirme a sus ingredientes y entonces te chuparás loso dedos.

—No es mala idea del todo.

—A ver si te crees que las buenas ideas solo las tenéis los jefes. A mí no te me hagas un engreído o me vas a escuchar —le advertí con gracia, poniendo los brazos en jarra.

—Escucharte, te escucho de todas maneras —me recordó.

Mientras yo cortaba las verduras, él empezaba a preparar los solomillos con la salsa de vino tinto, mantequilla, romero y un toque de mostaza. Sus manos se movían con seguridad y sensualidad, y yo no podía evitar robarle besos una y otra vez.

Luego, juntos, preparamos el postre: peras caramelizadas al vino con un toque de vainilla y unas frutas frescas que también habíamos comprado. Entre risas, le lancé un guiño.

—El mejor postre soy yo, ¿no crees?

Él rio, sacudiendo la cabeza, y me besó suavemente en la mejilla.

—Podría discutirlo, pero admito que hoy me tienes completamente conquistado.

—¡Ole! Ya lo sabía yo —comencé a tocarle las palmas mientras taconeaba con gracia.

Cocinar juntos no era solo preparar una cena, era un juego, una danza de cercanía y sensualidad que nos acercaba más, sin necesidad de palabras, solo con la certeza de que estábamos exactamente allí donde queríamos estar.

Cuando comenzamos a llevar los platos al salón, el ambiente era simplemente perfecto. La chimenea crepitaba, llenando la estancia de un calor acogedor y un aroma a leña que se mezclaba con el de la comida que acabábamos de preparar. La mesa la pusimos a conciencia: la ensalada fresca y colorida, los solomillos brillantes con su salsa de vino tinto y romero, y el postre que habíamos hecho juntos, servido en pequeños platos individuales.

—Vaya… —susurré, recorriendo con la mirada cada detalle— A lo bueno siempre se acostumbra uno muy pronto. ¿De verdad no crees que podría quedarme aquí por siempre?

Gonzalo sonrió, sirviendo un poco de vino en nuestras copas, y me miró con ese brillo pícaro en los ojos que siempre sabía cómo hacerme sentir un cosquilleo por todo el cuerpo.

—No te acostumbres demasiado, Abril —contestó fingiéndose serio—. Podría desalojarte de aquí si continúas insistiendo.

—¡Eh, no se te ocurra! —exclamé, apoyando las manos en la mesa mientras también fingía indignación— Porque entonces me convierto en okupa oficial del Cortijo, te denuncio por coacciones y me quedo aquí unos cuantos añitos. Y el que no podrá entrar serás tú.

Él soltó una carcajada y me tocó suavemente la mano, mirándome con complicidad.

—Siéntate, mi guapísima okupa.

—De eso nada, que primero voy a arreglarme.

Lo hice, dándome una ducha y colocándome un precioso vestido negro de punto, cómodo, pero arreglado, que combiné con unos botines altos y un sutil maquillaje.

Él también se dio una ducha y estaba ideal con sus vaqueros y su camisa blanca arremangada, y mientras degustábamos la ensalada fresca que yo había preparado, nuestros ojos se encontraban constantemente, cómplices y divertidos.

—Tengo que decirlo —dije, levantando un tenedor con un trozo de pera— Este postre… creo que ha quedado incluso mejor que el de los mejores restaurantes que he probado.

—Claro —respondió él, guiñándome un ojo mientras se abalanzaba sobre el tenedor para compartirlo conmigo—, todo gracias al gran equipo de cocina que formamos. Pero admito que tu sonrisa es el ingrediente secreto que lo hace insuperable.

—Hoy estás admitiendo muchas cosas. Admite también que te tengo totalmente en el bote—le pedí con arte.

—No escucho, de pronto hay interferencias —respondió, haciéndose el tonto.

—Igual es que ya necesitas un audífono —le piqué, porque me encantaba.

—¿De veras me ves mayor? —me contestó con los ojos puestos en los míos.

—Prefiero no decirte cómo te veo, que luego te pondrás muy ancho. Sírveme más vino y calla, que eres tú muy chulito.

—¿El chulito soy yo? ¿De verdad?

Cada broma, cada mirada, cada toque de manos era un recordatorio de nuestra complicidad, de la familiaridad sensual que compartíamos y de lo cómodos que nos sentíamos el uno con el otro.

—Sabes —añadí, apoyando la cabeza sobre su hombro mientras terminábamos los últimos bocados—, si me echas de aquí, vas a tener problemas serios. Pero mientras tanto, voy a disfrutar cada instante de esta velada.

—Eso espero —contestó, rodeándome con un brazo y dándome un pequeño beso en la frente—, porque yo también pienso disfrutarla, Abril.

Y así, con la calidez del fuego de fondo, la cena se convirtió en uno de esos recuerdos que no desaparecen nunca: perfecta, íntima y llena de detalles, en la que cada plato, cada gesto y cada palabra nos acercaban aún más.

Capítulo 21



La chimenea seguía crepitando suavemente, llenando el salón de una luz cálida que hacía brillar cada rincón. Habíamos quitado la mesa y él sirvió un par de copas mientras nos acomodábamos en el sofá.

—¿Sabes qué? —dije, levantándome y mirándolo con esa sonrisa que siempre le hacía caer— Me apetece bailar.

Gonzalo me miró divertido, apoyado contra el respaldo del sofá.

—¿Bailar? ¿Aquí, en medio del salón? —preguntó, arqueando una ceja como si no entrara en sus planes en ese justo instante.

—Sí —le contesté, cruzándome de brazos y acercándome un poco más—, o bailas conmigo, o me voy a la taberna rociera a taconear hasta que me echen —le contesté con más alcohol de la cuenta ya corriendo por mis venas.

Él soltó una risa y negó con la cabeza.

—¿Taconear? ¿A estas horas?

—Es eso o bailar algo tranquilo, tú escoges —repliqué desafiándolo—. Y si no me pones la canción que quiero, lo haré de todos modos.

Me observó, curioso.

—¿Qué canción?

—“No sé tú” de Luis Miguel —contesté, firme y con un guiño— Esa es la perfecta para esta noche.

—¿Esa? —preguntó, divertido— ¿No prefieres algo más moderno? Conociendo tus gustos…

—No —contesté, acercándome al equipo de música y moviendo la cabeza con decisión—. Esa es la única que vale. Se me ha antojado Luis Miguel.

—¿Se te ha antojado Luis Miguel? ¿Y me lo sueltas con todo el descaro? —me interrogó burlándose, haciéndose el celoso.

Se levantó, puso la canción, y en cuanto empezaron las primeras notas, supe que había acertado. Me lancé hacia él, tomándole la mano.

—¿Vas a quedarte ahí parado? —le pregunté, en tono juguetón.

Sin decir nada, me acercó mucho a él, y pronto nos movíamos al ritmo suave de la balada. Sentí su brazo rodeándome, su cuerpo cerca del mío, y cómo me miraba con esa mezcla de sensualidad y deseo que siempre me desarmaba.

—A veces los desafíos tienen sus recompensas —susurré, rozando mis labios con los suyos.

—Y a veces las recompensas son… inesperadas —contestó él, dándome un beso suave que me hizo sonreír de inmediato.

Me dejé llevar por la música y por la sensación de estar solo nosotros dos, entre las luces cálidas de la chimenea y el aroma de la madera quemada, disfrutando de la velada y de cada roce, de cada mirada cómplice. Con mi vestido negro de punto ajustado y la coleta alta, me sentía viva y divertida, y ver cómo Gonzalo me miraba me hacía desear que aquella canción no terminara nunca.

Después de nuestra lenta y romántica, así como intensa, primera canción, me aparté un poco de él y le lancé una miradita con intención.

—Vale… —comenté, apoyando una mano en su hombro— Ahora sí tenemos que bailar algo más movido. Yo pongo la música.

Él arqueó una ceja, divertido.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué has elegido esta vez? —preguntó, con esa sonrisa que siempre me hacía derretir.

Sonriendo, me dirigí al equipo y seleccioné “Si antes te hubiera conocido”**.** La melodía comenzó a sonar, con ese ritmo más alegre y movido, perfecto para que nos soltáramos.

—“No como amigos” —recalcaba yo cuando llegaba a esa parte de la letra.

—Ya, ya… —reía, haciéndose el sueco.

—Trae las copas, venga, que esto hay que bailarlo a tope.

Bailamos por Karol G y brindamos, riendo mientras chocábamos suavemente las copas. Luego, seguimos bailando, moviéndonos al ritmo de la música, riendo, rozándonos, jugando con pequeñas provocaciones. Yo me sentía ligera, feliz, un poco borrachita, y él parecía disfrutar tanto como yo o más de cada gesto, de cada movimiento loco por mi parte.

De pronto, mientras girábamos en medio del salón, tropecé ligeramente. Mis pies traicionaron mi equilibrio y, sin poder evitarlo, caí de lleno sobre él en el sofá.

—¡Ay! —exclamé, entre risas, mientras me ahuecaba en su pecho— Bueno… esto tampoco está tan mal.

Gonzalo me miró divertido y suspiró suavemente, rodeándome con los brazos.

—Abril… —murmuró con tono entre risa y deseo— No sé si esto fue accidente o una más de tus provocaciones, pero me encanta.

Me reí, apoyando la cabeza en su pecho, y él comenzó a acariciarme con delicadeza. Sus manos recorrían mis hombros y mi espalda mientras yo no

podía dejar de reír entre susurros y risas contagiosas. La música seguía sonando, alegre, y nosotros estábamos completamente atrapados en nuestra propia burbuja.

—Te lo advertí —susurré, con un hilo de voz divertido y travieso— No puedes resistirte a mis encantos.

Él sonrió, acercando su rostro al mío, y entonces nuestras respiraciones se mezclaron mientras las caricias se volvían más íntimas, más cercanas, sin necesidad de palabras.

Por un momento, el salón se redujo a nosotros dos, al calor de la chimenea y al ritmo de nuestra complicidad, y supe que ese baile improvisado había sido solo el comienzo de una noche que prometía seguir siendo inolvidable.

Entramos al dormitorio entre risas y susurros, el calor del salón todavía flotando en el ambiente y el ritmo de la música colándose desde allí. Cerró la puerta detrás de nosotros y sentí cómo el ambiente se volvía más íntimo, más sensual. Me tomó de la cintura y me atrajo hacia él, y mis manos se enredaron en su cuello mientras nuestras respiraciones se mezclaban.

—Abril… —susurró, su voz baja y profunda— Confía en mí —me pidió.

Asentí, sin poder dejar de sonreír, y entonces me sorprendió con una pequeña cinta de seda que sacó de un cajón. Antes de que pudiera reaccionar, me la colocó sobre los ojos. La oscuridad me envolvió de golpe, y un cosquilleo recorrió mi cuerpo al completo. Con los ojos vendados, el mundo se redujo a sus manos, a su aliento, a su olor y a la música de fondo que seguía escuchando desde el salón.

Sentí sus labios rozando mi cuello, mis hombros, y un electrizante escalofrío. Cada caricia se convirtió en un descubrimiento, en un juego en el que no podía anticipar lo que estaba por venir. Sus manos actuaban con seguridad y delicadeza al mismo tiempo, subiendo y bajando por mi espalda, deteniéndose cuando le parecía para provocarme un pequeño estremecimiento con algún roce inesperado.

La música se mezclaba con los fuertes latidos de mi corazón, que poco a poco se aceleraban. Sentí su respiración más cerca, y su mano rozando mi brazo me hizo temblar de pies a cabeza. Cada toque por su parte estaba perfectamente medido, como si supiera exactamente qué me hacía reaccionar, y yo no podía evitar que mi propio ritmo cardíaco empezara a coincidir con el suyo, como si latieran en la misma frecuencia.

—Abril… —susurró otra vez, mientras sus labios descendían hacia mi hombro— Eres increíble.

Intenté responder, pero las palabras se me escapaban entre sus caricias. Me dejé llevar, permitiéndome simplemente sentir. El tiempo parecía haberse detenido, y sin ver nada, cada sensación se intensificaba. Mi respiración se volvía más rápida, y sentí cómo él también se iba contagiando de esa intensidad, cómo su cuerpo reaccionaba a cada estremecimiento del mío.

Sus manos comenzaron a explorar con más firmeza y noté cómo su cercanía se hacía más palpable. Podía sentir su corazón latiendo cerca del mío, y eso me hizo sonreír contra su pecho.

—“Y es que no sabes lo que tú me haces sentir…” —susurré la letra de la canción, aun con la cinta cubriéndome los ojos.

Me respondió con un suspiro suave y un beso en mi clavícula que me hizo estremecerme. Era como si fuéramos una sola unidad, moviéndonos al mismo tiempo, respirando al mismo ritmo y explorando cada sensación sin prisa, pero con intensidad creciente.

El calor entre nosotros se hacía más evidente, la proximidad de nuestros cuerpos más irresistible. Su lengua de fuego comenzó a recorrerme, ya desnuda, y tras descender por mi línea alba, llegó a mi monte más sagrado, donde se detuvo a hacerme… Donde se detuvo a hacerme eso que, definitivamente, solo él podía hacerme sentir, hasta que el orgasmo me asaltó, preparándome para la penetración.

Todo era calma y fuego a la vez: la música, los susurros, el roce de la seda en mis ojos, el fuego de su lengua y la intensidad de nuestros latidos que se volvían cada vez más acompasados. El aire parecía cargado de electricidad, y

yo no podía ni quería pensar en nada más que en él, en nosotros, y en aquella penetración que le llevó a lo más interno de mí de una sola y monumental estocada, la cual me hizo sentirme irremediablemente suya.

Sabía que aquello solo era el principio, que la sensación iría subiendo, subiendo, hasta llenarnos por completo. Sus movimientos, ya dentro de mí, mezclaban sensualidad con poder; un poder que me demostraba cada vez que me poseía, llevando las riendas de un sexo que ponía en jaque a mi cordura.

Cada segundo se alargaba, cada caricia me hacía sentir más viva, más deseada, más cercana a él.

Y cuando hubo terminado, cuando tras un rato interminable en el que me corrí varias veces también le llegó el alivio, concluí que no necesitábamos palabras; todo se comunicaba en susurros, gemidos suaves y miradas imaginadas tras la seda, que no retiró hasta entonces. Y mientras el ritmo subía, supe que aquello apenas era el inicio de una noche que prometía ser memorable, íntima y perfecta en su intensidad compartida.

Capítulo 22

El domingo amaneció tan luminoso que parecía que el cielo entero había decidido celebrarlo con nosotros. Después de desayunar, pues ese día nos quedamos en su casa y nos preparamos zumo recién exprimido, café y pan caliente que nos trajeron del restaurante, junto con mantequilla casera y una selección de mermeladas también artesanales, Gonzalo salió al jardín con Duna y Lili, que parecían adorarlo y lo seguían como si fueran su sombra.

Yo me quedé un momento asomada a la ventana, observando la escena: el campo se extendía hasta perderse en una bruma dorada y el aire olía a limpio, a campo.

—¿No vas a venir? —me ofreció desde el césped, con una pelota verde en la mano y las perras saltando a su alrededor.

—Voy, voy… —respondí, mientras me ataba la coleta y bajaba los escalones descalza, sintiendo el frescor de la piedra en los pies.

—¿Qué haces así? Al final te resfriarás y me pedirás la baja —bromeó.

—Es verdad, no sé dónde tengo la cabeza.

—Pues búscala al lado de las zapatillas, que igual te la has dejado allí— prosiguió dándome caña.

Duna corrió hacia mí moviendo la cola, con esa felicidad contagiosa que muestran los animales cuando se sienten amados. Lili, más tranquila, se

quedó esperando a que Gonzalo lanzara la pelota. Lo hizo con un movimiento ágil y preciso; la pelota salió disparada y Duna corrió como un rayo, mientras Lili, que no corría tanto, la seguía con la lengua fuera.

Una vez que salí con mis zapatillas puestas, me acerqué a él y le arrebaté la pelota justo cuando se preparaba para lanzarla de nuevo.

—Déjame a mí —dije, sonriendo con picardía.

—¿Vas a jugar tú también? —preguntó, provocándome.

—Claro, aunque creo que voy a cambiar las reglas.

Y sin pensarlo demasiado, le lancé la pelota a él. La recibió en el pecho con una mezcla de sorpresa y risa, y las perritas se quedaron mirándolo confundidas, sin tener idea de si correr o esperar órdenes.

—Abril, yo no soy una mascota —dijo entre risas, devolviéndome la pelota.

—Ya lo sé —contesté—, pero a veces me das ganas de entrenarte.

—Ah, ¿sí? —Arqueó una ceja— ¿Y qué tipo de entrenamiento tenías en mente?

—Uno intensivo —respondí, riéndome, mientras las perras revoloteaban a nuestro alrededor, ladrando como si quisieran participar en la broma.

Jugamos así un rato, lanzando la pelota, riendo, esquivando a Duna cuando se lanzaba en medio y fingiendo que Lili era el árbitro del partido. El sol nos acariciaba la piel y el aire frío tenía ese olor a romero y tomillo que solo se percibe en el campo. Sentía una paz extraña, de esas que te llenan sin apenas darte cuenta.

Cuando por fin nos cansamos, nos sentamos en el bordillo de piedra que rodeaba el jardín. Gonzalo sacó un cigarrillo y me lo ofreció. Lo encendió primero para mí y luego para él. Tan caballeroso como siempre, eso no lo voy a negar.

El humo subía en espirales suaves que se deshacían con la brisa. Todo estaba en silencio, salvo por los ladridos puntuales y el zumbido de alguna abeja cerca de las flores.

—No se está nada mal aquí, ¿eh? —comenté, exhalando el humo despacio.

—Nada mal —respondió él, mirándome de reojo con una sonrisa tranquila —. Me gusta verte así, sin prisas.

—Ya, poque a veces voy como pollo sin cabeza —le di la razón.

Apoyé mi cabeza en su hombro y dejé que el sol me calentara la piel. Duna se tumbó a nuestros pies, y Lili nos observaba desde la sombra del olivo, como si entendiera que la mañana tenía algo de sagrado.

No comenté nada más. No hacía falta. El campo hablaba por nosotros.

A mediodía, tras una mañana relajada, nos encontramos el restaurante de bote en bote, pero aun así conservaba ese encanto cálido que me gustaba: mesas de madera, luz que entraba a raudales y el aroma a pan recién horneado mezclado con hierbas mediterráneas que flotaba por el aire. Gonzalo se encargó de retirar mi silla antes de tomar asiento, estaba en todo.

—Hoy toca algo especial —sugirió él—. He pensado en una parrillada de verduras para empezar y luego algo de marisco. Creo que te va a gustar el que sirven.

Asentí, acomodándome en la silla, y noté cómo sus ojos brillaban de satisfacción mientras hablaba de la comida. Pedimos un par de copas de vino blanco, que nos sirvieron ligeras y frescas, y mientras esperábamos, no podía evitar lanzarle miradas descaradas, muy propias en mí.

Cuando llegó la comida, el aroma era irresistible. Las verduras, asadas a la perfección, desprendían un olor dulce y ligeramente ahumado. El marisco, recién cocido, nos regalaba ese olor a mar que me hizo cerrar los ojos un segundo y sonreír. Él fue sirviendo con cuidado. Me mimaba mucho, fuese consciente de ello o no.

—Esto está delicioso —dije entre bocado y bocado—. Pero te advierto, la mejor parte del menú soy yo.

—Estoy de acuerdo, pero no querrás que te deguste aquí mismo.

—No, que paso de que nos detengan por escándalo público. Eso sí, me ofrezco como postre —le respondí sugerente.

Terminamos de comer con esa idea en mente, disfrutando de la brisa que entraba por los ventanales y del sol que comenzaba a calentar suavemente nuestras caras. En cuanto dimos el último bocado, me habló bajito.

—¿Qué te parece si volvemos a casa y me das a probar ese postre?

—Perfecto. Ya estamos tardando.

Al llegar a la casa, dejamos a Duna y Lili correteando por el jardín mientras nos acomodábamos en la cama. Nos tumbamos, él a mi lado, y empezó a acariciarme con lentitud. Primero me hizo círculos con la yema de sus dedos en el brazo, luego en la espalda, y poco a poco la cercanía fue aumentando. Mi corazón latía más rápido de lo normal, y podía notar cómo el suyo respondía a cada roce.

—Abril… —murmuró, con la voz baja y cálida— Me encanta cómo te dejas llevar.

Me derretí con sus palabras, entre risas y suspiros, y nuestras manos se exploraban, jugando, descubriendo. Cada gesto se sentía íntimo, cargado de sensualidad, pero pausado. La tela de la ropa, el calor de la piel, el roce de los dedos… todo se volvía más intenso a cada segundo que pasaba. Cerré los ojos un momento, disfrutando de la sensación de estar completamente entregada a ese instante y entregada a Gonzalo.

Nos quedamos así un buen rato, entre arrumacos, besos suaves y caricias que se intensificaban, hasta que pasamos a mayores, terminando por hacer el amor como si fuera la última vez. Y cuando terminamos de hacerlo, me quedé dormida en su regazo.

Un buen rato después, y dado que en invierno oscurece pronto, me tocaba volver a casa en mi coche, dejando atrás un fin de semana maravilloso e inolvidable, repleto de momentos imperdibles.

Me incorporé, con el pelo ligeramente desordenado y una sonrisa en los labios, y él se levantó conmigo, sujetándome la mano mientras nos dirigíamos hacia la puerta.

—Tengo que volver —dije, mientras subía a mi coche—. Pero… mañana te veo, jefe.

Me sonrió y me dio un pequeño beso en la mejilla, con esa mezcla de complicidad y ternura que tanto me llenaba.

—Lo sé —respondió, guiñándome un ojo—. Y tú seguirás siendo mi empleada favorita.

—Más te vale, más te vale —recalqué.

Me despedí con un último gesto y encendí el motor. Mientras me alejaba, no pude evitar sonreír, pensando en cómo fluía todo entre nosotros, en la complicidad que compartíamos y en que, a pesar de ser jefe y empleada, la cercanía que sentíamos siempre encontraba un lugar donde ser libre, tierna y divertida.

El campo quedaba atrás, y yo me sentía ligera, feliz y con ganas de que llegara el lunes solo para volver a verlo, aunque fuese en el trabajo.

Capítulo 23



Llegué a la oficina con esa mezcla de sueño y entusiasmo que solo los lunes podían provocar tras un fin de semana intenso. El ambiente olía a café recién hecho de la máquina y papel de impresora, y el murmullo de los primeros compañeros ya ocupaba el espacio entre los despachos. Entré en el mío, me acomodé en mi silla, sacudí mi chaqueta y me preparé para empezar, preguntándome si Gonzalo ya estaría allí, cuando de repente lo vi aparecer.

Caminaba con esa seguridad natural que siempre mostraba y se acercó por el pasillo con una sonrisa que me hizo sonreír por dentro y por fuera.

—Vaya, vaya… —dije, exagerando mi tono— Qué honor recibir la visita del jefe en persona. Pensé que estabas muy ocupado haciendo negocios a lo grande.

Él rio suavemente, ladeando la cabeza.

—Siempre tengo un momento para comprobar cómo está la mejor empleada de la oficina —contestó, con ese guiño que hacía que se me acelerara un poco el corazón.

—¿Es eso lo que soy para ti? —Fingí indignación.

—¿Y qué si no? —contestó, porque le gustaba picarme.

—Tu futura esposa, obviamente—le respondí contundente.

En lugar de responderme, me hizo un gesto y lo seguí hacia su despacho, y mientras caminábamos, le lancé una mirada pícara:

—Espero que no hayas venido a revisar mi trabajo. Si lo haces, se te caerá el pelo.

—Solo he venido a saludarte, así que deja mi pelo en su sitio, que está bien donde está —replicó.

Al llegar, cerró la puerta detrás de mí, y por un momento me sentí completamente atrapada en ese espacio elegante y amplio, con el gris del cielo como fondo a través de los ventanales en aquella mañana nublada.

—Buenos días, jefe —pronuncié a modo de saludo, inclinándome un poco hacia adelante, con tono teatral.

—Igualmente —contestó él, con ese aire de complicidad que siempre me regalaba—. Me alegra comprobar que estás muy contenta, a pesar de ser lunes.

Solté una risilla, me dejé caer en la silla, y no pude evitar bromear:

—Sí… pero necesito un café urgente. Si no, no podré hacer ni el huevo hoy. Que me tienes explotada —me excusé.

Gonzalo arqueó una ceja y se inclinó sobre su escritorio, sonriendo con ese aire seductor que siempre me volvía loca.

—¿Un café? —dijo— ¿Te has creído que soy tu chico de los recados? Soy tu jefe —contestó muy digno, como si no supiera que, a pesar de eso, se deshacía en mimos hacia mí.

—Vaya… —contesté, con voz provocadora— Ni un pequeño favor me haces.

—Un favor sí que podría hacerte —me aseguró, acortando la distancia entre ambos—. Lo malo es que tengo una reunión en diez minutos —añadió consultando su carísimo reloj.

—Vaya…—repetí como decepcionada. Eso sí, me besó con intensidad antes de entregarme unos documentos a los que quería que les echara un vistazo.

Antes de salir, me quejé porque solo me había dado besos y no un café, y entonces hizo algo que no esperaba.

—Está bien… pero que conste que solo porque me caes bien —comentó levantando el auricular de su teléfono— Juan, sube un desayuno de campeonato al despacho de Abril —pidió.

Me quedé paralizada unos segundos, sin poder creerlo. Gonzalo acababa de ordenar un desayuno especial para mí y se quedaba tan campante, como si eso no le soltara la lengua a más de una.

—¿En serio? —pregunté, incrédula, mientras sus ojos brillaban de diversión— Esto es… alucinante. Si lo llego a saber, me lio contigo antes —afirmé con descaro.

—Disfrútalo, preciosa.

Se me dibujó en el rostro una agradecida sonrisa que no pude contener antes de marcharme., mirando cómo Gonzalo regresaba a su escritorio después de despedirme con otro beso

Entré en mi despacho como flotando en una nube. Y mientras esperaba a Juan, pensé en lo divertido que me resultaba que fuese un jefe tan poderoso y tan complaciente a la vez.

Juan llegó en nada con una estupenda bandeja que incluía café, zumo de naranja recién exprimido y una selección de cruasanes de una pastelería cercana que me volvían loca, y tras intercambiar algunas bromas, se marchó.

Disfruté del desayuno, como me indicó Gonzalo, y antes de meterme en faena, fui un momento al baño.

Entonces fue cuando las escuché. Carmen y Silvia, con esas risitas maliciosas que siempre me sacaban de quicio, murmuraban a pocos metros

de mí, haciendo como que no me habían visto. Pero, claro, mi radar de chismes de oficina estaba afinadísimo.

—¿Qué piensas de lo de Abril? —preguntó Carmen a la otra serpiente venenosa— Se cree la consentida del jefe. Se va a llevar una hostia tremenda con él, ya lo verás.

No pude contener la rabia y mientras avanzaba hacia ellas siguieron haciendo sangre, que parecía ser su especialidad.

—Sí, sí… el siguiente fin de semana, Gonzalo tiene que hacer un viaje y seguro que no se la lleva —añadió Silvia, con ese tono que combinaba curiosidad y burla—. Me pregunto qué tendrá ese entre manos. Abril no va a entrar en sus planes, eso seguro.

Mi sonrisa se torció en un gesto de enfado contenido. Malditas, pensaron que podían provocarme así sin consecuencias. Inspiré hondo y me acerqué, manteniendo la calma aparente por estar en el trabajo, pero con el corazón latiendo a mil por hora.

—¿Perdón? —pronuncié con voz fina, pero cargada de veneno— ¿Me vais a explicar por qué habláis de mí y no de vosotras? Ya, porque vuestras puñeteras vidas son más aburridas que las de una mierda.

Carmen arqueó una ceja, como si eso solo la divirtiera aún más, y Silvia soltó una risita ahogada.

—Nada de aburridas… solo comentábamos lo que nos parece evidente —susurró Carmen.

—Evidente, ¿eh? —repuse, acercándome más, con mis manos en las caderas— A ver si os aclaro algo, chicas: la hostia con Gonzalo que decís que me voy a llevar… la vais a recibir vosotras. Y de mi mano como no os calléis de una jodida vez.

Sus ojos se abrieron como platos y casi podía ver cómo el aire entre nosotras se cargaba de electricidad.

—¿Qué…? —balbuceó Silvia— Serás ordinaria, no te atreverás.

—Sí, sí me atreveré, ponme a prueba.

—¿Nos estás amenazando? Tú no tienes ni media cachetada —intervino Carmen,

—Y tú vas a ser la primera en cobrar, gilipollas.

En un segundo estábamos a punto de tirarnos de los pelos, listas para que la situación estallara.

Pero justo en el momento de la verdad, cuando Silvia se inclinó hacia mí con la intención de empujarme y yo abrí la mano para aplaudirle la cara, apareció Juan como salido de la nada. Con un movimiento rápido, nos separó.

—¡Ey, ey, ey! —dijo, con cara de pocos amigos— Tranquilas, que esto no es un ring de boxeo —dijo, pero mirándolas a ellas y guiñándome un ojo a mí.

Respiré hondo, tratando de calmarme, y noté cómo mi rostro se sonrojaba ligeramente, mitad por la rabia y mitad por la adrenalina. Carmen y Silvia retrocedieron un paso, todavía mascullando insultos entre susurros, y yo no pude evitar lanzarles una última mirada desafiante.

Por suerte, Gonzalo ni se imaginaba el espectáculo que acabábamos de dar a pocos metros de su despacho.

Cuando por fin salí aquel día de la oficina, me sentí como si hubiera sobrevivido a una batalla. El sol de la tarde golpeaba con suavidad y, mientras caminaba hacia mi coche, no podía dejar de quejarme en voz baja.

—¡Menuda mañana, Larisa! —comenté al entrar en casa, dejándome caer en el sofá— Te juro que Carmen y Silvia saben cómo joderme. ¿Te lo puedes creer? ¡A punto de tirarnos de los pelos!

Larisa, que estaba revolviendo unas tazas en la cocina, me miró con una sonrisa de las que calman.

—¿Otra vez con las dos brujas de la oficina? —preguntó, dejando escapar un suspiro— A este paso, vas a tener que ponerles un cartel de "prohibido acercarse a la chica del jefe".

—¡Y tanto! —contesté, cruzándome de brazos— Me salía humo de las orejas. Lo mejor fue cuando casi llegamos a las manos y si no llega a ser por Juan… ¡Madre mía! Lo juro, casi las destripo.

Larisa soltó una carcajada y se dejó caer a mi lado, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá, adonde caí también.

—Bueno, eso te pasa por liarte con el jefe y matarlas de envidia.

Larisa hizo un gesto de exasperación.

—Y ahora, para que veas que no solo tú has tenido un día de mierda, te voy a contar mi drama… Jorge sigue empeorando. No veas cómo se las ingenia para fastidiarme cada día más— comenzó diciendo mientras se sentó derecha, apoyando los codos en las rodillas—. Y el comisario… madre mía, parece que se ha dejado embrujar por él. Cuchichean todo el día, bromas por aquí, guiños por allá… Si pudiera, creo que me echaba de un momento a otro.

—Sí, lo sé —dije, dándole una palmadita en el brazo—. Pero tranqui, Larisa. Tú eres policía, no puedes perder tu puesto por nada de eso. Vas a ver que no te trae consecuencias.

Ella volteó los ojos, tapándose la cara con las manos.

—De chiripa… —murmuró entre risas sofocadas— Te juro que, si no fuera por ti, mi vida sería un desastre total. Vamos, que Jorge y el comisario parecen novios del buen rollito que se traen. Me reí, apoyando la cabeza junto a la suya, sintiendo cómo la tensión del día se deshacía poco a poco.

—Bueno, pues mientras tú sigas siendo la policía que todos respetan, y yo mantenga la cabeza fría, todo irá… más o menos —dije con un tono irónico y divertido— Eso sí, si veo que se pasan, ya sabes que las hostias las reparto a mi manera. Y a mí, que me detengan.

—Lo que me faltaba sería tener que ir a detenerte yo, ¿te imaginas?

—Sí, sería la bomba. Pero esas dos también vendrían por delante. Y calvas como la palma de mi mano —reí mientras se la enseñaba—. No les dejaría ni un pelo —reí con ganas.

—Eso sí que me gusta de ti, Abril —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. Nada de dramas inútiles. Directa, descarada… y con ganas de repartir leña.

—Eso, tú anímame, señora agente, y a este paso salimos en las noticias —añadí, guiñándole un ojo mientras ambas reíamos, dejando que la tarde se fuera disolviendo entre carcajadas, suspiros y la certeza de que, aunque los problemas siguieran, al menos siempre tendríamos nuestra complicidad para enfrentarlos. Esa no nos la quitaría nadie.

Capítulo 24

La semana fue transcurriendo y las maldades de aquellas dos no parecían terminar nunca.

Llegué a la oficina con el ceño fruncido, deseando desaparecer entre los archivos y las carpetas, pero no había manera de escapar de las sonrisas cargadas de veneno de Carmen y Silvia. Estaban ahí, murmurando entre ellas, lanzándome ese aire de celos y envidia que me hacía hervir por dentro. Cada vez que cruzaba el pasillo, sentía que sus miradas me perforaban. La verdad es que estaba que trinaba.

Inspiré hondo, intentando calmarme, pero la rabia tenía un punto que se resistía a abandonarme. Necesitaba desconectar, y había un lugar perfecto para hacerlo: el despacho de Gonzalo. Allí todo parecía más sencillo. Caminé hacia allí con pasos decididos, abriendo la puerta como quien no espera una respuesta, pero sabiendo que la iba a recibir.

—Buenos días, jefe —saludé, dejando que mi sonrisa picante hablara por mí—. Menuda sorpresa que sea yo quien venga a dártelos, ¿a qué sí? Es porque sé que me echas de menos —le solté.

Él levantó la vista de sus papeles, arqueando una ceja.

—Esa sonrisa… —dijo despacio— ¿Qué tramas?

Me acerqué, dejando que mis manos descansaran sobre el borde de su escritorio, y jugué con la cadena de mi reloj, consciente de que cada

movimiento suyo lo notaba hasta en la piel.

—Pues… —Empecé, ladeando la cabeza— estaba pensando que este fin de semana te voy a echar mucho de menos. Y pensé que quizás… tal vez… tendrías algo para darme antes.

Él me miró de arriba a abajo, tratando de mantener la compostura, pero su sonrisa lujuriosa me decía que ya estaba atrapado en mi provocación.

—¿Algo para ti? —repitió, con un tono firme, intentando hacerse el duro— No sé… ¿En qué piensas exactamente?

—Bueno… —susurré, inclinándome un poco hacia adelante— Supongo que eso depende de ti.

La tensión entre nosotros creció al instante, como si el aire se hubiera hecho más denso. Pude sentir el calor de su cuerpo al otro lado del escritorio, y mi corazón comenzó a latir a toda velocidad. Gonzalo se levantó, sus ojos brillaban con ese destello que siempre significaba que estaba a punto de ceder.

—Abril… —dijo, con voz baja, dejando que un hilo de paciencia se mezclara con diversión— Mira que estoy ocupado, pero…

Mi sonrisa se amplió, consciente de que había ganado terreno.

—Pero no puedes resistirte y lo sabes. Así que no te hagas de rogar y dame ya lo mío —pronuncié con total descaro.

Se rio, bajando la mirada hacia mí y, por un instante, todo lo demás desapareció: el despacho, los papeles, los murmullos de la oficina. Solo estábamos nosotros dos, enlazados en ese juego que siempre acababa en algo más. Se acercó, sus manos rozaron las mías, y un escalofrío recorrió mi espalda.

Sin decir una palabra más, dejó que su presencia envolviera cada parte de mí. El mundo exterior desapareció, y todo se redujo a risas bajas, miradas cómplices y caricias que empezaron a recorrernos lentamente, subiendo de intensidad. Nuestros roces eran eléctricos.

Cuando cerré los ojos, dejándome llevar, supe que había ganado. Gonzalo cedió a mis encantos, por completo, y estaba lista para disfrutar de cada segundo de nuestra complicidad, de nuestra pasión compartida, de esa química que se palpaba entre ambos.

Y así nos dejamos llevar por la pasión hasta que caí laxa. Tocaba volver a mi despacho y comenzar una jornada de trabajo que sería mejor tras aquel encuentro sexual que me cargó las pilas de buena mañana.

Unas horas después, estaba concentrada en unos informes cuando escuché que alguien llamaba a la puerta de mi despacho. Al levantar la vista, allí estaba Gonzalo, apoyado en el marco, con esa sonrisa que me volvía loca y que parecía saber exactamente cómo seguir mejorando mi día.

—Abril —comentó, con voz grave y divertida—, ¿te apetece almorzar?

Parpadeé varias veces, porque no lo esperaba.

—¿Cómo dices? —pregunté, dejando el bolígrafo sobre la mesa— Si ni siquiera he terminado este informe… Me has distraído antes —hice como que me quejaba.

—Y volveré a hacerlo ahora —replicó con una sonrisa pícara—. El jefe te da permiso. Y ya sabes que el jefe siempre tiene la última palabra.

No pude evitar soltar una risa. Siempre tenía una manera de hacer que las cosas más normales sonaran divertidas y, a la par, excitantes.

—Vaya, vaya… —dije, levantándome lentamente— Así que me vas a sacar del despacho sin previo aviso, ¿eh?

—Sí —asintió, con el brillo en los ojos que me decía que estaba disfrutando del momento—. Te llevo a un sitio que te va a encantar. Confía en mí.

—Yo confío. Y por mí, como si me quieres pagar sin dar palo al agua, tú mismo…

Le seguí, disfrutando del paseo hacia el coche mientras sentía un cosquilleo anticipando por lo que vendría. Al llegar al restaurante, situado fuera de la ciudad, no pude evitar abrir los ojos como platos. Estaba en una especie de venta rústica, pero con un encanto que cortaba la respiración: grandes ventanales que dejaban ver el paisaje de colinas verdes, mesas de madera pulida y una decoración cálida y acogedora, que me recordaba a la del Cortijo, pero con otro aire.

—¿Te gusta? —preguntó, divertido por mi reacción.

—¡Es precioso! —exclamé— No me esperaba algo así.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, y enseguida llegó la carta. Me guiñó un ojo y pidió sin que yo tuviera que decidir demasiado: algo fresco y ligero, perfecto para una comida a mediodía. Dejé la decisión en sus manos, disfrutando de la sensación de que él se encargaba de todo.

—Sabes — dijo mientras el camarero se iba—, me gusta verte comer tranquila, sin preocupaciones.

Le sonreí, sintiendo cómo mi corazón latía un poco más rápido, no solo por el lugar y la comida, sino por su cercanía y por cómo hacía que todo pareciera un juego lleno de complicidad.

—Pues nada, a partir de ahora, te dejo que me pagues solo por verme comer —me burlé.

Después del almuerzo, me sugirió dar un paseo, de vuelta a la ciudad. Respiramos el aire fresco, con el sol acariciando nuestras mejillas. Nos acercamos a un carrito de buñuelos que había cerca y cada uno eligió un cartucho, riéndonos como dos adolescentes en un parque.

—Tienes que probar esto —dijo, ofreciéndome un bocado del suyo.

—¡Es delicioso! —exclamé, lamiendo el chocolate que chorreó de su mano, con un brillo travieso en los ojos.

Me tomó suavemente de la cintura mientras caminábamos por las calles. intercambiando miradas cómplices y comentarios juguetones, sin necesidad

de decir demasiado.

Más tarde, regresamos caminando hacia el coche, todavía compartiendo sonrisas y pequeños gestos, y supe que ese almuerzo y buñuelos habían sido más que comida: había sido tiempo juntos, risas y una intimidad ligera, pero intensa que solo él y yo sabíamos disfrutar.

Esa tarde, mientras el sol caía suavemente, sentí que todo era perfecto: la compañía, el paisaje, la risa y esa mezcla de ternura y deseo que siempre me hacía perder la cabeza por él. Y, por supuesto, la certeza de que Gonzalo encontraba a cada momento la manera de sorprenderme y hacerme sentir especial como nunca nadie lo había hecho.

Capítulo 25



Me senté frente a los papeles, intentando concentrarme, pero no podía. Era viernes al mediodía y quedaba poco para que saliésemos. El hecho de que Gonzalo se fuera de viaje ese fin de semana sin mí, me había dejado un poco desanimada. Y, por si fuera poco, los comentarios de Carmen y Silvia sobre que él traería algo entre manos me rondaban la cabeza y un pequeño pellizco de celos se mezclaba con la tristeza. Suspiré, apoyando la frente en la mano, y traté de obligarme a concentrarme en los expedientes.

Entonces lo vi aparecer en la puerta, apoyado con esa sonrisa que parecía capaz de iluminar toda la oficina.

—Abril —susurró con voz grave y divertida—, tengo una sorpresa para ti.

Mi corazón dio un brinco y no pude evitar sonreír.

—¿Sorpresa? —pregunté, tratando de sonar casual, pero con un brillo travieso en los ojos— ¿Qué clase de sorpresa?

Él arqueó una ceja y esbozó una sonrisa pícara.

—¿Qué sorpresa sería si te la cuento de antemano? —respondió con esa seguridad que me volvía loca— Tendrás que venir a descubrirlo.

No pude resistirme y solté una risita, cerrando los expedientes con más energía de la necesaria.

—Bueno, jefe —bromeé, mientras recogía mi bolso—, entonces me dejaré sorprender. Soy toda tuya.

Se rio y sentí ese calor familiar al ver cómo sus ojos brillaban de complicidad. Nos subimos en su coche y al poco, dejamos atrás las calles de la ciudad. Mientras nos alejábamos, mis pensamientos volvieron a él: el fin de semana sin su presencia, sus bromas, su cercanía… todo lo que hacía que un simple paseo en coche se sintiera como una aventura antes de la corta, pero para mí, desesperante separación.

El trayecto se me hizo corto. Mientras el paisaje cambiaba, el aire se volvía más fresco y los colores del campo se intensificaban, un cosquilleo de emoción se instaló en mi estómago. Gonzalo conducía con calma, pero la sonrisa que adornaba su atractiva cara me hacía sospechar que estaba disfrutando tanto como yo de este pequeño misterio.

De pronto, el coche se detuvo frente a un camino de piedra bordeado de flores y árboles altos. Ante nosotros, se alzaba una casa rural de cuento: paredes de piedra clara, enormes ventanales que dejaban entrever una decoración acogedora y elegante, y un jardín cuidado hasta el último detalle. Al fondo, podía intuir un spa rodeado de naturaleza. El sol de la tarde iluminaba la fachada y hacía brillar el paisaje con una calidez que me hizo respirar profundamente.

—Vaya… —susurré, dejando caer mi bolso a un lado y apoyando las manos en la ventanilla del coche— Esto es… increíble.

Gonzalo sonrió y me tendió la mano.

—Bienvenida —dijo con ese aire seductor que siempre desprendía—. Tómalo como tu regalo adelantado de fin de semana.

Sentí un inmenso alivio, como si él adivinara mis pensamientos y quisiera indicarme que no pasaba nada, que solo serían un par de días sin vernos, nada más. Mis celos y tristeza parecían evaporarse con cada paso que daba hacia la entrada, con cada mirada al lugar, con cada rincón que descubríamos.

—¿Te das cuenta? —pregunté, apoyando mi cabeza en su hombro mientras caminábamos—Esto lo haces porque tú también me echarás mucho de menos y quieres compensarme, ¿o no es verdad?

Él se rio y lo primero que hizo fue conducirme hacia un precioso salón donde nos sirvieron un picoteo variado y ligero, pues la idea era pasar al spa a continuación y no era plan de ponerse hasta las cejas de comida.

Un rato después, no pude evitar abrir los ojos como platos cuando vi la puerta que se abría hacia el spa de la casa. Agua burbujeante, luces suaves, vapor flotando en el aire y ese aroma a eucalipto y menta que me hizo suspirar sobre la marcha.

—Gonzalo… —comenté, girándome hacia él con una mezcla de sorpresa y nervios— No llevo ropa de baño… ¿cómo lo vamos a hacer?

Él sonrió con esa seguridad que me volvía loca, y me dio un pequeño empujón cómplice en el hombro.

—No te hace falta —respondió con tono libidinoso—. Será solo para nosotros. Podemos disfrutarlo sin nadie alrededor.

Me quedé alucinada con la perspectiva de disfrutar de aquella maravilla a solas con él.

Al entrar, una recepcionista nos recibió con una sonrisa amable y nos entregó un par de albornoces suaves, explicándonos las normas del spa: las diferentes piscinas, los chorros de agua, la sauna y el circuito de relajación. Gonzalo me miró con segundas.

—Prepárate —susurró—, vamos a aprovecharlo al máximo.

Me puse el albornoz y le lancé una mirada sensual antes de seguirlo hacia la primera piscina de chorros. Cuando nos quedamos él y yo, nos desnudamos y la tensión sexual comenzó a recorrernos de pies a cabeza.

El agua caliente nos envolvió, y apenas me dejé caer, los músculos se relajaron casi al instante. Gonzalo se acercó por detrás, apoyando una mano en mi cintura, y yo me giré para mirarlo con una sonrisa cómplice.

—Me flipa esto, te gusta consentirme, ¿eh?

—Un poquito —respondió, mientras se inclinaba y me rozaba con la mejilla de manera ligera y juguetona.

Nos tomamos de la mano mientras nos desplazábamos por los distintos chorros, probando los de pies, espalda y hombros. Gonzalo se permitió alguna broma, como "accidentalmente" dirigir un chorro hacia mí, mientras yo fingía indignación, y yo respondí lanzándole un salpicón de agua, provocando sus fuertes carcajadas que resonaban por todo el spa.

Después pasamos a la sauna, donde el calor y la luz tenue nos hicieron sentir más cercanos, y allí nos acaramelamos más. Nos sentamos uno frente al otro, charlando, riendo y rozándonos de manera intencionada. Podía notar el pulso acelerado en su muñeca y no digamos ya en la mía.

Antes de salir, nos tumbamos en la zona de relajación, dejando que los efectos del spa nos atraparan. Respiré hondo, sintiendo cómo la tensión de la semana se desvanecía y cómo la complicidad que sentía con Gonzalo crecía con cada minuto. Bromas, risas, miradas insinuantes y ganas… Las que nos teníamos el uno al otro.

El vapor del spa nos envolvía como una manta cálida y acogedora a la par que nos adentrábamos en uno de los jacuzzis privados. El sonido burbujeante del agua se mezclaba con nuestras risas suaves, y un cosquilleo electrizante recorría mi espalda al notar su proximidad.

—¿Sabes? —susurré, apoyando la cabeza en su hombro— Creo que no quiero que este momento termine nunca.

Él sonrió, ladeando la cabeza para rozar mi mejilla con los labios.

—Tranquila —contestó con esa voz profunda y decidida—, todavía tenemos un par de horas para aprovecharlo.

Me acerqué más, dejando que sus manos descansaran ligeramente sobre mi cintura, rozando mi piel mojada con delicadeza. Cada contacto era eléctrico, cargado de esa tensión que surgía con facilidad entre ambos. Él me tomó la

cara entre las manos y nos besamos, un beso lento, explorador, mientras el calor del agua y nuestro contacto iban en aumento.

Nos acomodamos en el jacuzzi.

Cada beso me dejaba sin aliento; cada caricia en la curva de su hombro o la espalda me hacía sentir más cercana a él, más viva, más deseosa de quedarme en ese momento suspendido. No eran necesarias palabras, nuestras miradas lo decían todo, al hablar de deseo y cariño entremezclados.

Nos movimos hacia otro jacuzzi más pequeño, y allí, entre burbujas y vapor, nuestras risas se suavizaron, dando paso a susurros y caricias más prolongadas. Sentí cómo me acercaba a su pecho, cómo su aliento cálido se mezclaba con el mío… Y me dejé llevar, confiando en él, disfrutando del momento, de un silencio que valía más que mil palabras.

Los minutos pasaban y la tensión no hacía más que crecer, hasta que sus dedos se aproximaron a mi vagina mientras que sus labios se apoderaron de mis senos. Entonces, el hilo musical del spa pareció detenerse para dar paso al recital de gemidos que tenía para ofrecerle antes de que termináramos haciendo el amor salvajemente en aquel spa en el que parecían haber repartido pasión a raudales. Y toda nos había tocado a nosotros.

Finalmente, el tiempo pasó volando y nos vestimos con los albornoces, todavía entre risas y pequeñas caricias que no podían evitarse. Los entregamos y volvimos a lucir nuestra ropa de calle. Caminamos juntos hacia el coche, el aire frío del exterior contrastaba con la calidez que sentíamos dentro. Él me acompañó hasta mi puerta y me besó suavemente, un beso que llevaba consigo la promesa de un inminente reencuentro.

Cuando me dejó en mi casa, no dudó en murmurar…

—Nos vemos el lunes —dijo, con su sonrisa ladeada mientras volvía a besarme con intensidad, enredando sus dedos entre mis cabellos.

—Por la cuenta que te trae —respondí con una risa ligera, sintiendo que el corazón me latía rápido, como si aquella separación de unas horas me

doliese. Sé que puede sonar exagerado y seguramente lo sea, pero también es real y así lo sentía.

Capítulo 26

El sábado amaneció con una luz tan bonita que daba rabia quedarse en casa. Pese al frío reinante fuera, el sol entraba a raudales por las cortinas del salón y el aroma a café recién hecho se mezclaba con el sonido de Larisa desperezándose una y otra vez. Yo andaba cómoda, en pijama, con el pelo hecho un desastre.

Ella seguía tirada en el sofá, mirando a las musarañas con esa cara de "odio al mundo" que llevaba puesta desde hacía días. Tenía la taza de café entre las manos, pero ni siquiera daba un sorbo de ella.

—Buenos días, "Miss Alegría" —dije, dejándome caer a su lado.

—No sé qué puñetas le ves de buenos —murmuró, sin mirarme—. No he pegado un ojo.

—No voy a caer en volver a decirte eso de que tienes la culpa por tirarte a un tío con novia, porque no quiero ser cruel —bufé—, pero…

—Pero que piensas que la tengo, ya… Si te parece, traes un látigo y me das unos cuantos latigazos.

—No, para eso ya estás tú. No es necesario.

Ella me lanzó una mirada cansada.

—Es que en la comisaría ayer siguió en su línea, ¿sabes? Haciéndose el encantador con todo el mundo, como si no hubiera roto un plato. Y el comisario riéndole todas las gracias. Estoy hasta el moño, con “m” para que no digas que soy una ordinaria.

Me incliné hacia ella, fingiendo una seriedad absoluta.

—Vale, se acabó el drama. Hoy es sábado, hace sol, y te voy a sacar de aquí, aunque tenga que arrastrarte por el pasillo.

—Ni que fuera un perrillo, además, que no tengo ganas, Abril. De verdad, no me apetece nada —suspiró, hundiéndose más en el sofá—. Estoy hecha polvo.

—Perfecto, justo lo que sospechaba: nivel diez de victimismo —le arrebaté la taza y la dejé en la mesa—. Entonces lo que necesitas es una buena dosis de azúcar. Y por azúcar no me refiero a un sobrecito, sino a una montaña.

Ella arqueó una ceja, desconfiada.

—¿Qué estás tramando?

—Te voy a invitar a desayunar. Pero no a un sitio cualquiera, sino al paraíso de los Donuts, uno que acaban de inaugurar cerca de aquí —le hice un gesto teatral con las manos—. Glaseados, rellenos, con *toppings* de todos los colores… Te vas a empachar de felicidad.

—Ya me he empachado solo de escuchar lo empalagosa que te has puesto. No hagas ese esfuerzo por mí, que no te pega nada.

—Mentira podrida. Nadie en este planeta puede resistirse a una docena de Donuts recién horneados—le sonreí con descaro—. Venga, ponte guapa.

—¿Para comer bollería industrial e hincharme como un globo?

—Exacto, pero con estilo —dije, tirando de ella para que se levantara—. Hoy el plan es terapia dulce y brillo labial. Es lo que hay.

Larisa soltó una carcajada, la primera en días, y supe que había ganado. En cuestión de minutos tenía el neceser abierto en el sofá y la convencí para dejarme maquillarla un poco. Nada exagerado: un toque de colorete, rímel y brillo. Yo me puse un vestido cómodo y unas gafas de sol grandotas; ella, una blusa blanca y unos vaqueros que le sentaban de infarto.

—Te falta algo —comenté, rebuscando en el cajón del recibidor. Le lancé un fular azul—, para el toque final. Y coge el abrigo, que hace un frío que pela, nos hará un *lifting* gratis.

—Eres un peligro con piernas —rio, anudándoselo al cuello.

—Lo sé, pero también soy la mejor amiga que vas a tener jamás. Vamos, que los Donuts nos esperan.

Y así, entre risas, salimos a la calle. El sol nos envolvía, y por primera vez en días, logré que saliera conmigo.

El aroma a Donuts recién elaborados nos recibió nada más entrar. La cafetería era un espectáculo: vitrinas llenas de las famosas rosquillas de todos los colores, glaseados brillantes y *toppings* que parecían obras de arte. Había algunos con chocolate, otros con fresa, y los más atrevidos con trocitos de caramelo y coco. Me apetecía probarlos todos solo para sentirme más feliz, y Larisa, por suerte, parecía que estaba a punto de dejarse contagiar por el ambiente.

—Vale, el plan es sencillo —sugerí, señalando la vitrina como si fuera un mapa del tesoro—. Cada una elige dos Donuts, los compartimos y hacemos que el mundo se vea mejor, aunque sea por media hora.

Larisa frunció el ceño, pero no pudo evitar reírse.

—No sé si eso arreglará algo —murmuró, señalando un Donut glaseado con confeti—, pero acepto el desafío.

Nos sentamos en un rincón soleado, y enseguida empezamos a comer, cortando los Donuts a la mitad, compartiendo los sabores como si fueran trofeos.

—¿Sabes lo que me recuerda esto? —pregunté, mordiendo un trozo de Donut— A que pueden estar tan buenos como los hombres, pero si uno de ellos te gusta de verdad, no lo compartirías ni por todo el oro del mundo.

Larisa asintió.

—Tienes razón, yo no me meto en una historia de estas más en mi vida, que he salido bien escaldada.

—Exacto —asentí con entusiasmo—. Ahora a pasar página, que no te vea más esa cara de acelga mustia que tienes estos días.

Y entonces, entre un mordisco y otro, Larisa se desahogó.

—No sabes cómo me fastidia todo esto, Abril. Sigue en el mismo plan… ridiculizándome delante del comisario y de todos los compañeros. Y lo peor es que mis informes son muchísimo mejores que los suyos. Ni siquiera los hace él, se los endosa a Úrsula, la policía nueva en prácticas. Una chavala jovencita que está loca por Jorge. Y aun así el comisario le da la razón como si estuviera por encima del bien y del mal.

—Vaya cara dura —añadí, sin poder contener un bufido—. Un chupaculos, un pelotero, y para colmo un vago integral.

Larisa asintió, con la indignación asomando a su bonito rostro.

—No entiendo cómo pude enamorarme de un imbécil así.

—Pues ni puta idea —contesté, golpeando suavemente la mesa con el dorso de la mano—. Pero mira, si algún día se te ocurre volver a acostarte con él, te secuestro con tus propias esposas. Te juro que ese no se vuelve a aprovechar de ti.

Ella meneó la cabeza, dejando escapar otra risita, mientras agarraba otro trozo de Donut.

—Ni muerta me iría más con él, Abril. Solo que me duele un poco todavía.

—Y es normal, pero tienes que pensar en positivo. Ese desgraciado no te joderá más la vida.

—Querrás decir que no volveré a caer en sus redes, pero joderme me sigue jodiendo. Ahora de otra manera.

Soltar eso que nos crea un nudo en el estómago, a veces funciona. Seguíamos sentadas en la cafetería, rodeadas de migas de Donuts y tazas vacías, cuando noté que Larisa ya respiraba más ligera. Comencé a hacer bromas al respecto y, aunque estaba destrozada anímicamente, su mirada se volvió más chispeante. Y yo…yo me moría de ganas de aprovechar ese momento para darle una pequeña chispa extra.

—Vale, mira —empecé, inclinándome hacia ella con esa sonrisa traviesa que ya conocía demasiado bien—. Se me ha ocurrido una idea para vengarte de Jorge que es la bomba.

Larisa arqueó una ceja, mordiendo la esquina de su servilleta.

—¿La bomba? No será literal, que eres capaz de hacerlo volar por los aires. Esto promete.

—Sí —susurré, como si fuera un secreto que podía cambiar el mundo—. Es muy sencilla y hará que se le bajen sus jodidos humos. Coges un informe de la mesa de Jorge, de esos que ni se lee porque se los hace Úrsula, y se lo llevas al comisario.

—¿Al comisario? —preguntó, haciendo una mueca de “no sé si atreverme”— Pero… ¿para qué?

—Tranquila —le aseguré—. El truco está en que Jorge te siga, seguro que lo hará, pensando que llevas un informe tuyo que tirar por tierra. Y cuando intente ridiculizarte… lo miras y le sueltas: “¡Ay, perdona! Si este informe no es mío, es tuyo, me he equivocado al cogerlo. ¿De verdad te estás burlando así de algo que has escrito tú? Mira, se trata de uno de tus casos.”

Larisa se echó hacia atrás, meditando con una mezcla de incredulidad y entusiasmo.

—¡Eso es brillante! —exclamó— ¿No trata de humillarme a todas horas? Pues ahora va a probar de su propia medicina, y un bote entero.

—Y lo mejor —continué, bajando la voz a la categoría de susurro de esos que conspiran—. Lo mejor es que lo vas a hacer tú, pero yo estoy detrás de la idea y lo voy a disfrutar contigo, en la distancia.

Nos miramos y explotamos en una carcajada, atrayendo alguna mirada curiosa de otros clientes, pero nos daba igual. Había algo delicioso en imaginar la cara de Jorge cuando se diera cuenta de que se había metido en la boca del lobo.

—Abril… —dijo Larisa entre risas, todavía recuperando el aliento— No puedo esperar para hacerlo. Me sabrá mucho más dulce que los Donuts, desde luego.

—Te lo prometo —respondí, saboreando la idea con la misma intensidad con la que habíamos saboreado los glaseados y el chocolate—. Dulce, perfecto e increíblemente vengativo.

Capítulo 27



El domingo amaneció tranquilo, demasiado tranquilo. Me movía por la cocina con un aire distraído, pendiente de la salsa del pescado que iba a preparar para el almuerzo, mientras intentaba no pensar demasiado en que Gonzalo estaba de viaje y que el silencio de la casa me pesaba más de lo normal.

Para distraerme y, dado que Larisa estaba de guardia, me había metido a cocinar una receta de pescado con un toque de limón y hierbas, acompañado de verduras al horno, y para rematar, un postre a base de tiramisú casero que ya estaba listo y que me había quedado delicioso.

—Señora agente, ¡mira qué banquete te he preparado! —grité con humor cuando escuché el tintineo de sus llaves en la puerta seguido de sus pasos en dirección a la cocina.

Larisa irrumpió en ella como un torbellino. Su sonrisa iluminaba la estancia, y no pude evitar sonreír también, aunque por dentro me sentía aún un poco apagada.

—¡Abril! —exclamó, abrazándome con fuerza— ¡Qué bien huele! ¡Y no veas si estoy contenta!

—Se nota, se nota, ¿te ha tocado la lotería? Pues entonces acuérdate de mí, que mira todo esto —le señalé la encimera.

—De verdad que parece un banquete, sí. Ni que te hubieras olido que tenemos mucho que celebrar.

Su entusiasmo era contagioso. A pesar de que me sentía un poco melancólica por Gonzalo, no pude evitar que la alegría de Larisa empezara a colarse en mi ánimo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, mientras nos separábamos un poco, aún con los brazos apoyados la una en la otra.

—Te lo voy a contar todo, pero primero, vamos a abrir una botella de vino —sugirió, guiñándome un ojo. Sin que me diera tiempo a reaccionar, la descorchó y puso música. Sonó un tema de Shakira, "Soltera", que le venía al dedillo en aquel momento.

—Qué peligro —comenté entre risas mientras Larisa empezaba a moverse al compás de la música.

Ella no me dio opción. Tiró suavemente de mi mano y, antes de que pudiera pensar demasiado, estábamos bailando como locas, riéndonos sin parar, dejando que la música nos arrastrara. Los saltos improvisados, hacían que mi corazón se levantara un poco más del suelo de la cocina. Ella estaba radiante, con los ojos brillantes y la sonrisa enorme, sacando la mía.

El pescado seguía cocinándose y el tiramisú lo acababa de meter en la nevera, pero nada importaba en ese momento. La cocina se había transformado en nuestro pequeño escenario de celebración, y yo, que había empezado el día un poco tontorrona, sentí cómo mi niña me cargaba las pilas.

—¡Juntas podemos con todo! —gritó, girándome y haciéndome reír tanto, que casi pierdo el equilibrio.

Cantábamos a pleno pulmón, y ella subía el tono en esa frase de "se pasa rico soltera".

Cuando por fin la canción terminó, nos sentamos en la mesa con una copa de vino en la mano a tomar unos entrantes que coloqué de dátiles con queso crema y nuez.

—Ya me he vengado de Jorge —me soltó entonces.

Me quedé helada un segundo.

—¿Cómo que te has vengado? Pero… ¿cómo? —pregunté, porque mi cerebro aún no podía procesar la idea. Era domingo, el comisario no solía estar en la comisaría… y, aun así, su maquinaria de la venganza se puso en marcha.

—Sí, sí —prosiguió antes de darle un bocado a su primer dátil—. Yo tampoco esperaba que el destino me lo pusiera a huevo hoy, pero surgió un tema complicado y, por suerte, el comisario se dejó caer por allí un rato. Y bueno… aproveché, al estar Jorge también de guardia conmigo.

—Sigue, sigue —le animé, con los ojos brillantes—, cuéntamelo todo.

Se reclinó hacia atrás, cruzó las piernas y empezó a relatarlo como si estuviera disfrutando cada palabra.

—Seguí tus instrucciones. Cogí un informe de la mesa de Jorge. Sí, ese que había escrito Úrsula. La pobre está loca por él y ni sospecha que la está usando.

La miraba fascinada, deseando escuchar cada detalle.

—Le dije al comisario que se trataba de un tema importante y lo leí como si fuera mío —continuó, sus ojos brillando con picardía—. Y Jorge, que por supuesto se vino con nosotros como si fuera su perro faldero, no tardó en comenzar a ridiculizarme. Y yo, tranquila, mirándolo directamente, le solté: "¡Ay, perdona! Si este informe no es el mío, es el tuyo. ¿De verdad te estás riendo de algo que has escrito tú? ¿Te parece que está tan mal?" Vaya, lo mismito que ideamos.

Estallé en carcajadas.

—¡Te como entera! —le chillé.

Larisa también se reía, inclinándose hacia adelante para enfatizar cada palabra.

—Y lo mejor —continuó— fue la cara de Jorge. Primero se quedó sin respiración, como si no entendiera nada. Luego empezó a tartamudear excusas, intentando salvar la situación, pero fue imposible. El comisario lo miraba incrédulo y yo… yo solo sonreía. Fue glorioso.

Me tapé la boca, feliz, imaginando la escena.

—Por fin ha llegado tu momento, señora agente. Le has dado palos hasta en el cielo de la boca.

Ella se recostó, satisfecha, y me dio un codazo cómplice.

—Sí. Y, además, me sentí tan poderosa, tan… dueña de la situación. Jorge ni sabía cómo reaccionar. Te prometo que esta sensación es mejor que un orgasmo.

—Ahora sí que me siento como si nos hubiese tocado la lotería.

En ese momento, supe que juntas podíamos hacer cualquier cosa, y que la amistad estaba por encima de cualquier maldad.

Después de almorzar, nos acomodamos en el sofá con una manta grande, todavía comentando el tema. Me sentía muy contenta por ella, y, sobre todo, agradecida por pasar juntas la tarde. Decidimos poner una comedia cualquiera, algo que no requiriera demasiada concentración, solo para disfrutar del tiempo juntas.

Poco a poco, la tarde fue cayendo y de pronto, desde la ventana, vimos que el cielo se había oscurecido. Primero fue un chirimiri tímido, y en cuestión de minutos, cayó una buena tromba de agua. Los goterones chocaban contra el cristal, golpeando con fuerza, como si quisieran acompañar nuestra tarde con su ruido salvaje y constante.

—Vaya tormenta —susurré, apoyando la cabeza en el hombro de Larisa—. Esto sí que es un plan de domingo perfecto.

Asintió y se levantó un momento para preparar algo que nos calentara un poco. Yo la seguí a la cocina, aún en pijama y con los calcetines gorditos. Sacó de una caja unas galletas de mantequilla que había traído hacía unos

días, deliciosas. Preparó un chocolate caliente, espeso y exquisito, y pronto estábamos de vuelta en el sofá, con la manta cubriéndonos y las tazas entre manos.

—Tienes que admitirlo —comentó Larisa, mordiendo una galleta y mirando la lluvia caer—. No hay nada mejor que esto: chocolate caliente, las galletas, la lluvia y nosotras dos aquí, sin preocupaciones.

—Sí, es guay —respondí, mordiendo mi galleta y dejando que el calor se extendiera por mis manos y mi pecho— Eso sí, te voy a leer la cartilla para la próxima vez que te fijes en uno.

No rebatió nada de lo que le dije y pareció tomar nota mental de todo.

La tarde pasó lentamente, con esa sensación de calma que solo traen las horas compartidas con alguien que te entiende y te hace sentir querida.

Cuando el cielo se tornó más oscuro y la noche se acercaba, ya estaba deseando que llegara el lunes. Pensaba en Gonzalo, en cómo volvería a verlo en la oficina, en cómo cada día con él se convertía en una ocasión intensa y especial. Y mientras Larisa suspiraba satisfecha, me dejé llevar por la paz que se respiraba en nuestro salón y por la ilusión del inminente reencuentro con él.

Capítulo 28



Me desperté esa mañana con una energía que me hizo saltar de la cama antes de que sonara el despertador. ¡Por fin lunes! Bueno, no por el lunes en sí, sino por verlo a él. Gonzalo. La ilusión me invadía por completo, y no había manera de quedarme quieta.

En el baño, mientras me maquillaba y peinaba, me puse a hablar sola frente al espejo, bromeando como siempre. “Hoy vas a deslumbrarlo, Abril. Vamos, que se le van a caer los huevos al suelo cuando te vea” Larisa, que estaba en la cocina tomando un café y disfrutando de la idea de tener el lunes libre, se acercó con su taza y me aconsejó.

—Cuidado con los tacones, no sea que pegues un batacazo cuando el jefe te corretee por los pasillos.

—Tranquila, que hoy piso fuerte.

Elegí un *outfit* elegante de oficina: una blusa blanca ceñida, falda de tubo negra y unos zapatos de tacón discretos, pero elegantes. Me sentía poderosa y sexy a la vez, lista para enfrentar el mundo y para robarle una sonrisa a Gonzalo. Me puse el *gloss* labial rojo, mi arma secreta, y salí pitando hacia el trabajo. Hasta cogí el coche porque sentí que las piernas me temblaban.

Al llegar, lo primero fue saludar a Juan, nuestro querido conserje. Su sonrisa tranquila me calmó un poco antes de encarar el gran momento. Y justo en ese instante, él entró. Gonzalo.

Varios compañeros coincidimos en el *hall*, entre ellos las dos arpías de Carmen y Silvia.

Mi sonrisa se amplió automáticamente al verlo, hasta casi dolerme la cara de lo grande que era. Pero algo en su expresión me congeló: al mirarme, se quedó tan serio que parecía que hubiera olvidado cómo me sonreía siempre.

Me acerqué, con la intención de soltarle un "Hola, jefe", que me salió muy nervioso.

Pero entonces, Gonzalo giró la cabeza y no me respondió, mientras que al resto sí, como si mi gesto de cariño fuera un error de cálculo monumental.

La sala pareció llenarse de un silencio pesado y extraño, y yo me quedé paralizada, sintiendo que la sangre me subía a las mejillas, enrojeciéndolas.

Y para colmo, en ese mismo momento, Silvia y Carmen nos miraron y empezaron a cuchichear, con risitas contenidas que me hicieron sentir que todos estuvieran presenciando mi humillación. Y algunas, disfrutándola.

Como si el universo conspirara a favor de su diversión, salieron corriendo, riéndose ya a carcajadas por el pasillo, dejándome completamente sola frente a la seriedad absoluta e inexplicable de Gonzalo.

Me quedé allí, cortada, sintiendo que mis palabras se habían evaporado y que mi sonrisa había desaparecido en una milésima de segundo. Mis nervios se mezclaban con la incomodidad y un ligero enfado. ¿Cómo podía ser tan seco en público? ¿Y por qué justo ahora, delante de todos? Respiré hondo, con la intención de recomponerme, porque, aunque me sentía fatal, sabía que no podía dejar que eso me hundiera.

Intenté recuperar un aire de normalidad, mientras él cruzaba los brazos y pasaba olímpicamente de mí. Imposible entenderlo. ¿Era el mismo hombre con el que pasé la tarde del viernes en el spa, haciendo el amor como un par de leones que se tenían todas las ganas del mundo? ¿Era el mismo que, aparte, me mimaba hasta la saciedad? ¿O acaso me lo habían cambiado en ese maldito fin de semana?

Me metí en mi despacho y comprobé que me era imposible concentrarme, así que me fui hacia el suyo y esperé unos segundos frente a la puerta, en otro intento de recomponerme un poco. Mi corazón seguía latiendo deprisa, todavía un poco tembloroso por la escena de antes, pero necesitaba verlo. Sentía esa mezcla de nervios, y por qué no confesarlo, de miedo. Golpeé suavemente con los nudillos, tratando de controlar la respiración.

—Adelante —dijo su voz, seca, desde dentro.

Abrí la puerta con cuidado y entré, con un torbellino de encontradas emociones en mi interior. Lo vi sentado tras su escritorio, distante, muy distante. Su expresión no se parecía en nada a esa que me desarmaba siempre.

—Hola… que veo… te veo un poco serio, no sé… —empecé, tragando saliva—. La verdad es que tenía muchas ganas de verte.

Intenté mantener la voz firme, pero se me notaba el temblor, la ansiedad contenida que me hacía hablar sin parar mientras él me observaba sin un atisbo de sonrisa en su atractivo rostro.

Ni siquiera me contestó, así que le pregunté cómo le había ido el fin de semana, cómo fue el viaje, si había descansado algo, y me sorprendí a mí misma lanzando mil preguntas más de las que había planeado. Estaba nerviosa, prácticamente hiperventilando, porque verlo me llenaba de emoción y, al mismo tiempo, no podía dejar de sentirme muy vulnerable por su inesperada reacción.

Gonzalo me miraba desde su silla, con los brazos cruzados y la ceja arqueada, como si evaluase cada palabra que salía de mi boca. Intenté no pensar en lo mal que me hacía sentir, en cómo me había dejado colgada delante de todos, pero era imposible. Cada gesto de desprecio por su parte me hería, y mi corazón latía a un ritmo que casi podía escuchar.

Y entonces vino su respuesta, que mejor no hubiese llegado.

—Mira, Abril, no estoy para tonterías. ¿Vienes a comentarme algo de trabajo o solo a hacerme perder el tiempo? —preguntó, con un tono tan borde

que me dejó sin aire.

Me quedé cortada, muerta de la vergüenza y con las palabras atrapadas en mi garganta. Mi cara debió reflejar exactamente lo que sentía: sorpresa y un dolor repentino que no esperaba.

—Sí… claro… tengo trabajo… —logré murmurar, apenas.

Giré sobre mis talones y salí hacia mi despacho, sintiendo que cada paso pesaba como si caminara sobre piedras. Por el camino, me encontré con Juan, que me miró preocupado:

—Abril, ¿estás bien? —preguntó con tacto. A él tampoco se le había escapado lo que ocurrió en el *hall*.

No pude articular nada más que un murmullo apagado, y las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas antes de darme cuenta. Tenía un nudo en la garganta que no me dejaba respirar, y el corazón me dolía por la mezcla de frustración, tristeza y, sobre todo, la sensación de haber sido rechazada de la manera más fría y cortante posible.

Me encerré en mi despacho y me dejé caer sobre la silla, las manos temblando mientras limpiaba con el dorso las lágrimas de mis mejillas. Intenté concentrarme en el expediente que tenía delante, en los documentos y en los informes, pero fue imposible. Cada pensamiento volvía a él, a su mirada seria, a su voz seca y cortante. Cada sonrisa que me había dedicado antes parecía ahora un recuerdo lejano y doloroso que me atravesaba el corazón como si fuera un puñal.

Lloré durante lo que me parecieron horas. No por un capricho, sino por la frustración de sentirme desconcertada por la persona que más me importaba. Había compartido momentos tan preciosos con Gonzalo, risas, caricias, bromas, y ahora, en cuestión de un fin de semana, me había sentido invisible y reemplazable. Mi mente repasaba una y otra vez todo lo que habíamos vivido, preguntándome si hice algo mal, si dije algo inapropiado, o si simplemente su seriedad era una barrera imposible de superar.

Incluso cuando escuchaba el murmullo de la oficina más allá de las paredes, sentía que todos sabían lo que me había pasado y me observara con ojos críticos y las lágrimas seguían cayendo, solas, sin poder detenerlas.

Cada vez que miraba el reloj, me preguntaba cuándo podría volver a verlo, cuándo tendría otra oportunidad para reír juntos, para bromear y sentir esa complicidad que siempre habíamos compartido.

Pero por ahora, solo quedaba esta mezcla de tristeza, frustración y amor que me tenía atrapada en mi despacho, llorando sin consuelo y rezando, con el corazón encogido, para que, de alguna manera, Gonzalo volviera a sonreírme como lo hacía antes.

Cuando finalmente llegué a casa, apenas tenía fuerzas para abrir la puerta. El frío me caló los huesos, pero lo que realmente me pesaba era todo lo que había pasado en la oficina. Al entrar, me encontré con Larisa en la cocina, moviéndose delante de la vitro como si nada, pero al verme, levantó la vista y frunció el ceño.

—Abril… ¿qué te ha pasado? —preguntó, caminando hacia mí con paso rápido— Traes una cara de funeral que tira para atrás.

Suspiré, intentando no llorar, pero no pude. Me dejé caer en una silla, cubriéndome el rostro con las manos y dejé que las lágrimas fluyeran sin control.

—Gonzalo… —logré balbucear entre sollozos— Ha sido… ha sido horrible.

Larisa se sentó a mi lado, me rodeó con un brazo y me miró con ojos comprensivos.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó, frunciendo el ceño.

Intenté explicarle lo que había pasado, cada palabra con un hilo de voz tembloroso. Le conté cómo me ignoró, cómo fue seco y cortante, y cómo me avergonzó delante de todos. Larisa frunció los labios, mascullando por lo

bajo, y yo podía leer en sus ojos que compartía mi indignación, que sabía que no había justificación alguna.

—Menudo imbécil… —susurró— Pero tranquila, cariño, que no merece tus lágrimas.

Intenté asentir, quise animarme, pero era imposible. Me sentía devastada. Mi corazón se desangraba, y el recuerdo de su mirada seria me perseguía en cada rincón de la cocina. Larisa me abrazó de nuevo. Yo no podía dejar de temblar ni de derramar lágrimas. Cada intento de consuelo se me escapaba entre los dedos, entre suspiros, entre lamentaciones.

Pasamos la tarde juntas en silencio, intercalando palabras sueltas y alguna broma por su parte. Larisa hacía lo que podía para distraerme, contándome alguna anécdota de la comisaría, proponiéndome planes tontos, intentando sacarme una sonrisa, pero nada funcionaba. Estaba demasiado hundida, como si un tsunami emocional se hubiese llevado mi alegría a su paso.

Al llegar la noche, mientras la lluvia golpeaba los cristales de la ventana y el aroma a sopa de picadillo llenaba la casa, me acurruqué en el sofá, sola con mis pensamientos. Lloré hasta quedarme sin fuerzas, sintiendo que el techo se me caía encima, y que mi corazón no encontraba consuelo. Larisa me dejó llorar, murmurando palabras cariñosas a mi alrededor, mientras yo solo podía pensar en cómo un simple lunes logró derrotarme como lo hizo.

Capítulo 29

¿Cómo describir todo lo que sentía en estos momentos? No había palabras para hacerlo y mucho menos para superar una situación que me estaba desbordando por completo. Sentía que no tenía energías ni para caminar. Estaba tan tocada que tenía la sensación de que iba a colapsar en algún momento.

Dolor y más dolor, tristeza y más tristeza, impotencia y ganas de coger por el cuello a Gonzalo y preguntarle si conocía la dignidad, pero ¿para qué hacerlo si iba a obtener una respuesta por su parte que me haría más daño?

Toda la semana anterior había sido un muro de hielo que pasaba por mi lado y hacía como si no me conociera, como si fuera una más que pasaba por la calle a la que no tenía la obligación de mirar ni por educación, esa que yo dudaba ahora mismo que tuviese. Pero dolía mucho, tanto que sentía que yo no era la misma que días atrás.

De nuevo me enfrentaba a un lunes en los que no tenía ganas ni de mirarme al espejo y menos aún de ir a esas oficinas donde parecía que me estaban torturando psicológicamente. El mal rollo estaba tan presente que no me sentía lo más mínimo cómoda en mi puesto de trabajo.

Entré por las puertas y Juan me esperaba con una chocolatina en la mano.

—Gracias —sonreí con tristeza y tuve que contenerme de llorar.

—Alegra la cara, preciosa, que nada en la vida es eterno.

—Eso espero, porque me voy a consumir —abrí mi abrigo y me toqué la barriga —. He perdido tres kilos en una semana, no sé ni como lo hice, bueno sí, casi ni he comido y duermo muy mal. Los nervios me están consumiendo.

—Buenos días, Juan —la voz de Gonzalo detrás de mí, me dejó inmóvil por completo.

—Buenos días, Gonzalo.

—Bueno, me voy a trabajar un poquito. Gracias de nuevo.

Me marché justo cuando vi que Gonzalo se había alejado lo suficiente. Entré a mi despachó y rompí a llorar tal y como me senté en mi sillón. No podía más con esta situación y el nudo en la garganta y el estómago era cada vez más grande. No sabía lo que era una depresión, pero sí sentir una tristeza que me estaba consumiendo.

No tenía fuerzas, estaba a unos días de la Nochebuena y me encontraba de lo más tirada por los suelos ¿Cómo podría afrontar unas fiestas desde el dolor? Porque eso era lo que sentía, mucho dolor y frustración. Pero esos días tenía que estar junto a mi familia, no tenía derecho a hacérselo pasar mal a personas que siempre estaban ahí para mí.

Lo peor de todo es que me lo tenía que encontrar cada día en las oficinas y no se veía por la labor de tener las agallas y narices de hablar conmigo y contarme que cojones le pasaba. Me había decepcionado tanto que ya ni lo reconocía.

A media mañana salí del despacho y me encontré a las chicas en el pasillo. Se apartaron un poco como si yo fuese una apestada. Cuchicheaban de manera que no me enterase, pero me diese cuenta.

—¡Iros a la puta mierda! —les grité mientras caminaba y sacando el dedo por encima de mi hombro.

Algo me contestaron, pero no las entendí ni me iba a preocupar en saberlo, era como que me daba igual todo y hasta comenzaba a dudar si este empleo para mí, a partir de ahora, seguiría siendo igual.

Me pedí un café y me encendí un cigarrillo. Ni ganas de tomar pan ni nada de nada.

David salió hacia fuera y al verme se sentó conmigo. Cogió mi mano y me miró a los ojos.

—Sé que lo estás pasando mal, solo hay que verte. Pero yo no soy igual que las demás ni los demás, que te quede claro.

—Tranquilo, soy yo que no tengo ganas ni de mirarme a mí misma. No sé si era cuestión de tiempo o de desaparecer de este lugar que para mí ya no es el mismo.

—Sé que algo está pasando en la empresa, no te puedo decir el qué, pero se percibe en el ambiente cambios.

—Lo mismo me ponen de patitas en la calle.

—No lo creo, si así fuera creo que saldrían algunos antes que tú.

—No apuestes tan alto. Ya a mí no me valoran ni me miran como hasta hace unos días. Todo ha cambiado y no parece que tenga vuelta atrás.

No quería decirle que a Gonzalo la empresa le sobraba y le pesaba, así que le importaría una mierda mi puesto, yo y todo lo que tuviera que ver con mi vida. Incluso pensaba que se había arrepentido de liarse conmigo, aunque si echaba la vista atrás, yo noté un hombre que vibraba a mi lado y que juntos, éramos algo fuera de lo normal.

David intentaba consolarme porque todos en la oficina sabían que había habido algo entre nosotros que no escondió Gonzalo, ya que vieron los detalles que tuvo conmigo. Y ahora apreciaban que pasaba de mí como de la mierda y que yo estaba por los suelos sin rumbo alguno y perdida como la vida misma.

—Venga, sonríe que estás más guapa —me dijo en otro intento de animarme, pero no surgió efecto.

Todo lo contrario, en ese mismo momento apareció Gonzalo que saludó de paso a David por su nombre y dejando claro que solo iba dirigido a él y se fue a la barra a desayunar.

—No entiendo porque me hace esto, David.

—Ni yo, es muy descarado y evidente ¿En serio no pasó nada entre ustedes que no te dieras cuenta y le hubiese molestado?

—No, para nada, todo fue cuando regresó del País Vasco —hice un silencio para tragar saliva porque no quería romper a llorar aquí mismo.

—Tranquila, respira.

—Y manda todo a la mierda —continué con esa frase tan típica y se rio.

—Efectivamente. El amor duele, te lo digo yo que perdí a mi amada por pendejo.

—Y no has cambiado.

—Ya, pero la echo de menos.

—Lo tuyo tiene delito.

—Por cierto, que cerdas Silvia y Carmen contigo. Me enteré de algo.

—Son vomitivas y no quiero saber nada de ellas. Demasiado problema tengo ya encima como para preocuparme de esas dos gilipollas. Anda y que les den por donde más le gusten, a ver si les cambian esas caras de amargadas que siempre llevan.

Terminamos el café y fui a pillarle uno a Juan que me agradeció en el alma. No se merecía menos porque conmigo tenía unos detalles preciosos y siempre estaba pendiente de mí. Ese hombre me miraba como si fuera su hija y se le veía la tristeza de verme pasarlo mal.

Seguí toda la mañana encerrada en mi despacho y maldiciendo todo lo que estaba pasando en mi vida.

A la hora de la salida me encontré con mis padres en el coche esperándome y me dirigí a ellos.

—Hola —sonreí, asomándome por la ventanilla del copiloto donde estaba mi madre— ¿Qué hacéis aquí?

—Hemos pensado que como Larisa está de tarde hoy podemos irnos los tres a comer a un japonés.

—Mira que no tengo hambre, pero con el sushi no puedo negarme —sonreí y me senté en la parte de atrás.

—Por eso hemos venido, para asegurarnos de que comes porque sabemos que no lo estás haciendo.

—Es muy chivata Larisa.

—No, se preocupa como si fuera también tu hermana. Nos tienes preocupados a todos.

—Sermones no, que hoy no doy a más.

—Tranquila, hija. Aquí estamos para recoger tus trocitos todas las veces que haga falta.

—Espero que sea la última, porque de esta no quiero volver a ver a ningún hombre ni en pintura.

—Eso dices ahora, cariño.

—Mamá, he tocado suelo y esto es horrible.

Sabía que con mis padres podía ser yo con toda mi esencia y no tenía que ocultar nada porque no había personas en el mundo que me comprendieran y apoyaran más que ellos. También Larisa, y para ser justos, hasta sus padres, que siempre demostraron tener un amor infinito por mí.

Me vino muy bien que ellos tomaran la iniciativa de llevarme a un japones para engañar un poco a mi apetito y que no me pudiera resistir a esas piezas

que tan enganchada me tenían.

Después de comer nos fuimos a un centro comercial en donde me compraron algunos trapitos de lo más bonitos del *Zara*, tienda a la que estaba más que enganchada.

Me vino muy bien pasar la tarde con ellos y estar más distraída de lo que hubiera estado en casa consumiéndome en mi propia pena.

Cuando llegué al piso me puse a preparar la cena para cuando llegara Larisa. Solo la tuve que colocar en la mesa porque la había comprado antes de que me trajesen a casa. Había cogido un par de menús del Burger King en el centro comercial.

—¿Qué celebramos? —preguntó, entrando en la cocina.

—Mi velatorio —me reí con tristeza.

—No, aquí no se muere nadie —me abrazó— ¿Te hizo pasar un mal día?

—Mucho, muchísimo, es un completo desconocido para mí y me trata como si yo fuera lo más insignificante de las oficinas, vamos como si fuese la reina de las mierdas. No tiene escrúpulos, ya dudo hasta que tenga corazón.

—No entiendo porque te hace eso y que le pasó para que de repente, cambiara de esa manera. Lo mismo perdió el juicio.

—Perdió la cabeza por completo.

—¿Y qué tal la comida con tus padres?

—Genial, mira si fue bien que el suchi me abrió el apetito para comerme un menú ahora —murmuré sonriendo, pero con el alma rota en mil pedazos.

—Eso quiero, que comas y que, aunque el dolor esté ahí, tú no dejes de luchar por sacarlo cuanto antes.

Después de la cena nos tiramos en el sofá a charlar un poco tumbadas y relajarnos del día. Ella ya cada vez tenía más claro que Jorge no merecía la

pena y menos seguir llorando por él. Me alegraba que lo estuviese superando al igual que yo deseaba superar esto, pero me daba terror pensar en cómo podía acabar todo y que me llevase mi puesto de trabajo por delante. Y eso, que en más de una ocasión me daban ganas de ir a su despacho y mandarlo todo a la mierda.

Mi vida había dado un giro feísimo en el que me sentía de lo más incómoda, pero como se decía en estos casos, había que intentar seguir hacia adelante.

Capítulo 30

Estaba con una rabia increíble encima, llena de dolor y con ganas de reventar todo lo que a mi paso se cruzara.

¿Cómo se podía desplomar todo de golpe y de esta manera? ¿Qué sentido tenía que me impusiera el ir a hablar cara a cara con él, en un día como hoy para dejar claro quién mandaba?

—Es un hijo de puta, es más, es un cabrón que quiere joderte todas las fiestas y hacerte más daño aún del que ya te hizo. Yo soy tú y cuando todo esto pasara lo denunciaba.

—Y me veo en la calle. No te imaginas el cambio que ha dado, no tienes ni puta idea de cómo estuvo haciéndome sentir y como sigue metiendo el dedo en la herida.

—O te tiene que indemnizar, pero vivir doblegada no es opción. ¿Acaso no era lo que tú me decías? Deberías de sacar ese carácter tuyo y enfrentarte a todo lo que te echen. Ya está bien, hombre, que no se puede vivir con miedo a nada y te lo digo yo, que me has visto estar por los suelos por culpa de alguien que no se merecía ni que lo mirase a la cara ¡Quiero ver a esa Abril que se come al mundo sin importarle la posición social del otro!

—Ya, pero entiende que estamos a punto de irnos a vivir estos tres días con la familia y que nos están esperando. A mí me va a dar algo —me derrumbé a llorar.

Me jodía demasiado, no tuvo otra idea mejor que mandarme un mensaje y decirme que en una hora en su casa para hablar del trabajo. ¿En serio?

—No, no llores, ¿eh? Ya está bien de llorar injustificadamente.

—¿Injustificadamente? ¿Pero no ves a la presión que estoy sometida? ¡Y encima lo amo con todo mi corazón! Esto es una putada a mi vida ¿Quién me mandó tirarle los trastos a mi jefe? ¡Soy una imbécil! Me merezco todo lo que me pasa por gilipollas —resoplé con todas mis ganas.

—Venga, ve a hablar con él y yo entretengo a los demás. Al menos te vas tranquila.

—O no, a saber, lo que me quiere decir o peor aún, capaz de ponerme a trabajar y dejarme sin estas Navidades con tu familia y la mía.

—Vas, le plantas cara y si se le ocurre joderte, ya entramos toda tu manada porque no estás sola y no le vamos a permitir por mucho jefe que sea, que venga a ningunearte de ninguna de las maneras ni te quite de venir a estar con tu familia en estos días. No se le puede pasar por la cabeza ponerte a trabajar hoy y mañana y evitar que vayas a ningún sitio.

—No lo quiero ni ver, me hizo tanto daño que no lo quiero tener delante. ¡Joder! ¿Cómo se puede ser tan bipolar y tener tan pocos principios?

Salíamos a las tres de la tarde para pasar la Nochebuena y Navidad en el campo de un familiar de Larisa al que iban sus padres, los míos, ella y yo. A mi hermana le pillaba trabajando en un vuelo internacional y los hermanos de Larisa lo iban a pasar con los padres de sus respectivas y ya el Fin de Año lo pasarían con su familia.

—Son la una, ve ya, cuanto antes lo hagas mejor. Yo me voy para casa de mis padres que allí hemos quedado todos en vernos y tú apareces luego. Me tengo que ir. Arréglalo rápido.

—No te vayas, no quiero ir.

—De verdad, Abril, por favor, no hagas las cosas más difíciles. Me llevo tu bolsa de viaje.

—La puedo llevar yo en mi coche.

—Me la llevo yo —la cogió y comenzó a tirar besitos al aire mientras se dirigía a la puerta.

No, no quería ver a Gonzalo, me había destrozado las ilusiones, me había hecho creer que el amor era una mierda por tíos como él y peor aún, me había vacilado hasta la saciedad. Era el hazmerreír de la empresa y todo por su culpa, por su gran culpa. ¡Malnacido! Se podía meter el Cortijo y la productora por el culo.

Me coloqué el abrigo, cogí el bolso y me dirigí hacia el coche. Iba solo con ganas de reventar y decirle de todo. Hasta se me estaba pasando por la cabeza jugarme el despido. No estaba preparada para esta situación.

¿Cómo podía cambiar tanto una persona cuando nos habíamos comido vivos y nos habíamos deseado hasta la saciedad? Era inhumano lo que me estaba sucediendo y encima me encontraba con esta presión en un día como hoy, que mis familiares y amigos no tenían culpa de nada de los líos en los que me había metido.

Y lo peor de todo es que no sabía que había pasado para que él cambiara de esa manera y comenzara a ignorarme por todos lados. Ya ni me pedía ayuda en la empresa y me reemplazaba en todo pidiéndole las cosas a otro. ¡Qué cojones quería de mí!

Llegué a la puerta de su casa y sin bajarme del coche toqué el claxon. Las rejas se abrieron y dieron lugar a que entrara con el coche. Vi que Gonzalo se asomó por la parte del porche de al lado de la casa donde estaba la parte de cocina exterior. Seguro que el desgraciado se estaba preparando un asado o algo tan tranquilamente sin importarle el día que me estaba jodiendo.

Aparqué en la parte trasera de la casa porque la valla de acceso a la otra parte donde estaban los aparcamientos estaba cerrada. Parecía que me quería echar pronto y era señal de que no me dejaba entrar más allá el muy imbécil, pero para mí mucho mejor.

Me dirigí hacia allí concienciándome de que no lo iba a dejar ponerse por encima de mí.

—¿Te parece normal que…? —le fui a recriminar el que me hubiese hecho venir hasta aquí, pero me quedé helada a ver a Larisa, sus padres y los míos tomando una copa de vino tan plácidamente con unos platitos de entrante sobre la mesa. Todos sonreían —¿¿¿Qué cojones es esto??? —pregunté, viendo que había algo que se me escapaba de las manos.

—Hija, escúchalo, por favor —me pidió mi padre.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté muy enfadada.

—Pues muy fácil —dijo Larisa tan campante— Aquí es donde todos vamos a pasar la Nochebuena y la Navidad —se encogió de hombros.

—¿¿¿Con este gilipollas que lleva dos semanas haciéndome daño gratuitamente??? ¡¡¡Habéis perdido la cabeza!!!

—Cariño, por favor, déjalo que se explique.

—¡No quiero! Y no me pienso quedar aquí, habéis perdido la cabeza —dije llorando e intenté marcharme, pero Gonzalo me frenó a pie de mi coche.

—Abril, escúchame cinco minutos y luego si quieres te marchas —me pidió con los ojos brillosos.

—¿A qué estás jugando? ¿Por qué metes a los míos en esto? ¡Estás loco, Gonzalo, estás loco!

—He solucionado mi vida…

—¿Tu vida? ¡Cómo si no la tuvieras solucionada! No tienes más cara porque no te entrenas ¿Cómo que has solucionado tu vida? ¿Lo has hecho jodiendo la mía?

—Sí, aunque suene feo, así lo tuve que hacer.

—Tienes cinco minutos y ya has perdido uno —abrí la puerta del coche, me senté y metí la llave —. Aligera, porque tú y esos que están ahí, lo vais a pagar muy caro.

—Cuando me fui al País Vasco, mi padre me espero el domingo cuando regresé para hablar conmigo. Me encontré un hombre que estaba al tanto de lo nuestro, que enloqueció diciéndome que estaba con una niña y que eso era una vergüenza. Me acusó de cosas terribles y me amenazó con perder a mi familia. Creí que me iba a volver loco.

—¿Y qué cojones le he hecho yo a tu padre cuando se suponía que yo le caía muy bien y siempre me había valorado en el trabajo?

—Eso es, solo valoró que eras una mina de oro para la empresa. Pero no, para mi familia no te quería y no servías. Se inventó cosas horribles sobre ti que he ido investigando y me he dado cuenta de que su maldad no tenía límites. He descubierto cosas muy feas. He vendido la productora y se hará efectivo esta semana. Si me alejé de ti, era para que mientras movía ficha, ese hombre no hiciera nada peor en tu contra. Ya no tengo familia, ni tendré la productora, solo te quiero a ti. Y no dudes de tus familiares ni amiga, ellos ayer se sentaron conmigo y cambiaron todos los planes para que lo pasásemos juntos. Les mostré mensajes, mails, llamadas gravadas y consideraron que, en mi lugar, hice lo más ético para salir de esta situación por mucho sufrimiento que te hubiese causado. Te amo, cariño y es contigo con quien quiero pasar el resto de mi vida. Ya no habrá productora, los nuevos se quedarán con los demás, pero yo quiero que trabajes conmigo, en el Cortijo, con mejores condiciones aún y que comencemos una vida en común.

—No sé si abofetearte o abrazarte —me eché a llorar.

—Las dos cosas, en el orden que quieras, pero baja del coche por favor, o llévalo junto a los demás. No te dejé pasar para que no descubrieras los suyos. Solo quiero que me perdones si no lo hice de la mejor de las maneras, pero he renunciado a mi familia porque lo único que quiero en mi vida es tenerte a ti y crear la nuestra.

—Abre la valla que voy a aparcar el coche, pero ahora necesito mi tiempo, al menos un rato para asimilarlo todo.

—Mientras te quedes, yo te doy todo el tiempo del mundo —le dio al mando y abrió la otra valla.

Arranqué el coche y me dirigí a aparcarlo. ¿En serio el padre había sido el causante de todo y él había renunciado a su familia y vendido la productora? Estaba en shock, el caso es que todo venia de donde menos yo lo podía imaginar y eso, eso había que asimilarlo con unas cuantas copas y un tiempecito.

Estacioné el coche y me quedé unos minutos dentro analizando todo, pero había más pros que contras. Había reunido a todos en su casa, se había encargado de que pasáramos estos días juntos y les había dado explicaciones a mi familia y amiga, esta última por cierto se iba a llevar una buena colleja por esta misma mañana haber estado jugando conmigo y diciéndome cosas feas de él para que viniese al ataque, obviamente desde el conocimiento y sabiendo lo que me iba a encontrar, pero ya le valía.

Mi padre se asomó desde el porche y me llamó con un silbido y con un gesto de manos para que fuera. Sabía que estaba bloqueada y pensando en toda la información que había recibido de golpe y que no era más allá que la realidad de lo que se había tenido que enfrentar Gonzalo.

Capítulo 31

Me asomé al porche y un silencio se hizo general.

—Echadme una copa de vino dulce que rebose el vaso y seguid callados todos un rato o me lio a partiros todo lo que vea en la cabeza —dije en tono serio, pero ellos sabían que mis palabras eran a modo de broma.

—Ahora mismo —dijo mi padre, levantándose y Gonzalo cogió la botella y el vaso para echarlo.

—Escucha, Abril…

—¡Qué te calles! Y sobre todo tú, que bien me has calentado esta mañana, Larisa.

—Pero era para que luego…

—¡Qué te calles!

—Hija —le dijo su padre—, no ves que lo está asimilando todo. Dale su tiempo, por favor.

—Todo el del mundo, hasta pasado mañana no nos vamos —dijo ella, poniéndose bizca y causando que todos echásemos una carcajada, incluso yo, que estaba de forma que no sabía si repartir hostias o abrazos, pero me sentía de lo más sensible y vulnerable.

—Ya lo que me faltaba por ver es que se abrieran las puertas y apareciera su padre —ladeé mi cabeza dirigiéndola hacia Gonzalo, ya que me estaba refiriendo al suyo.

—Cariño, su padre hizo las cosas mal, se comportó de manera muy desmesurada e injusta. Gonzalo te puso en primer lugar, pero eso no quita que, si por esa puerta tiene que aparecer su padre, habría que admitirlo. Es su padre y los padres se pueden equivocar o no, pero siempre seremos padres.

—Y yo me he equivocado —giré mi cabeza y me quedé a cuadros. Buenos se quedaron todos a cuadros menos mi padre. El padre de Gonzalo, junto a su mujer aparecieron por el porche —. Sí, tu padre tiene razón —se dirigió a mí y la cara de Gonzalo era un poema, estaba tan sorprendido como yo—. Tienes un padre lleno de valores. Otra persona en su lugar hubiera entendido a Gonzalo y habría estado orgulloso de que mi hijo dejara de lado a su familia por hacer feliz a su hija, pero no.

—Papá… —dijo Gonzalo.

—Hijo, por favor, déjame terminar. Creo que por primera vez en mi vida voy a ser justo.

—Vale —le contestó un Gonzalo que estaba tan desubicado como yo.

—Tu padre en vez de celebrar el triunfo, lo que hizo, fue venir a buscarme después de toda la información que le dio mi hijo. Eso es un padre. Y me habló con tanto cariño, respeto y moral, que me hizo comprender que en mi vida solo habitaba la sinrazón y el ego —decía mientras la mamá de Gonzalo lloraba a moco tendido y mi madre le acariciaba la espalda —. Me equivoqué por completo, siempre quise que mi hijo se casara o fuera feliz con alguien de la alta sociedad y que siguiera mis pasos, pero me equivoque como hombre, como persona y, sobre todo, como padre. Ni siquiera estaba orgulloso de que tuviera el Cortijo y viviera en esta finca. Lo había imaginado siempre viviendo en un casoplón en la ciudad y con un servicio a sus pies, así de vacío estaba yo. Tu padre me enseñó sin darse cuenta y en pocos minutos, lo que significaba ser padre en todo su contexto. Sentí envidia de ese amor tan sano que tenía por su hija —en estos momentos tanto yo, como Gonzalo y el

resto, estábamos llorando a moco tendido—. Siento mucho el dolor que te hizo pasar estas dos semanas y que yo haya tenido la culpa de todo.

—No se preocupe —murmuré, con la voz entrecortada.

—Hijo, me alegro mucho de que hayas vendido la empresa, esa no te hacía feliz y ahora quiero que antepongas tu felicidad, ante todo lo demás. Perdona si no la vi como la mejor de tus opciones —se refirió a mí—, pero hoy la veo como la mujer con todos los valores que pueden llevarte a ser feliz. Hay mucha diferencia de edad entre ustedes, sí, pero la madurez de ella, a pesar de sus divinas locuras, no la diferencian en época mucho de ti. Quiero que seáis felices y que nos dejéis apoyaros en esta nueva etapa que espero que comience en vuestras vidas. Quiero que me perdonéis y sobre todo a mamá, esa mujer que ayer después de escuchar a tu papá —me volvió a mirar—, me plantó cara y me dijo que se ponía del lado de su hijo.

—A la mierda, todos llorando con lo guapos que estábamos —dijo Larisa, causándonos unas risillas.

—Yo te perdono, papá —le dijo Gonzalo, abrazando con una mano a su padre y con la otra a su madre.

—Yo aún no he perdonado a vuestro hijo, menos os voy a perdonar a ustedes. Dentro de media hora y con tres copas en la mano, lo mismo vuelvo a ser vuestra mejor amiga, pero ahora no, aunque mientras tanto y sin que sirva de precedente, quiero deciros que no contemplo un mejor lugar en estos momentos donde pasar las Navidades que aquí, con todos y cada uno de vosotros.

—¡Será hija de puta! ¿Y yo qué?

—Lo que me faltaba… —me eché a reír y corrí a abrazar a mi hermana a la que la hacía fuera —¿Qué haces aquí?

—Yo soy la guindilla para animar este momento en el que he llorado más que cuando vi “Titanic” —señaló la pared de atrás desde donde lo había escuchado todo —. Yo venía en el coche de tus suegros —dijo ella, quedándose tan pancha.

Aproveché que me había levantado y que estaba al lado para darle dos besos a los papás de Gonzalo con los que acabé abrazada mientras me decían que yo ya era parte de su familia. No dejaban de pedirme perdón.

—No os preocupéis. Mi padre también me enseño algo y es que nunca es tarde para empezar de nuevo —les acaricié la cara que estaban humedecidas por las lágrimas.

—Yo también necesito un abrazo —me pidió Gonzalo, ante la emoción de todos.

—A ti hoy te van a dar un poco de por culo, el mismo que me han dado a mi todos estos días —le hice una peineta con el dedo y todos se echaron a reír, hasta él.

—Así es mi Abril, con lo bueno y lo malo, con su temperamento y profesionalidad —dijo Gonzalo padre y Palma, su mujer, le acarició la espalda.

—Esto es para morirse, soltera, sin compromiso y con suegros ¿Quién da más? —pregunté, agarrando mi copa de vino y dándole un trago de lo más grande.

—¡Yo! ¡Qué pase mi novio! —gritó mi hermana y nos quedamos todos a cuadros pensando que estaba de broma, pero no.

Pasó Richard, un joven londinense que pertenecía a la tripulación fija de mi hermana, vamos que era el comandante de vuelo con el que yo sospechaba por lo que mi hermana dejaba caer, que tenían un lío desde hacía mucho tiempo.

—Ni yo me las veo venir —dijo mi padre, frotándose la frente.

—Ahora apechuga, que hoy me lo he comido yo todo —respondí acercándome a Richard y dándole un abrazo —. Bienvenido a la familia.

—Gracias, cuñada —me respondió tan suelto.

—A todo esto… ¿Tú has calculado las camas para que entremos todos a dormir? —le pregunté a Gonzalo, mirándolo de arriba abajo.

—Claro, tengo todas las habitaciones cerradas esta noche para nosotros en el Cortijo.

—Qué asco es ser rico —dije con cara de eso mismo, asco. Todos se echaron a reír.

—Además, tu futuro novio —dijo Larisa, para no nombrarlo de otra forma y que yo me pusiera a la defensiva —puso unos carritos para ir y venir libremente —señaló tres buggies que habían aparcados a un lado del porche.

—Ese energúmeno lo planea todo muy bien por lo que veo. Pero hay una cosa que no va a poder planear y con la que voy a satisfacer a mi suegro —le hice un guiño a su padre y este sonrió—. Y es ver cómo su hijo, va a tener que estar estos dos días a mis pies —dije sonriendo ampliamente.

—Cómo debe ser —sentenció su madre—. Ahora la tienes que complacer por todos los malos ratos que le has dado —dijo mirando a su hijo y su marido confirmaba. Ver para creer…

Luis y Silvana los padres de Larisa estaban aún llorando por la emoción de todos los momentos que se habían vivido en este rato. Y eso que ellos estaban también al tanto de todo, todos menos yo.

Yo solo sabía que me había bebido en tiempo récord la copa de vino y que estaba estirando la mano para que Gonzalo me la rellenara.

—Tengo un regalo para ti —murmuró en mi oído después de rellenarme la copa.

—Y yo otro, pero como no es Reyes, nos tendremos que esperar —sonreí con ironía y fui a sentarme de nuevo.

Todos esperaban que nos fundiéramos en un abrazo y beso que confirmara que todo volvía a estar bien entre nosotros, pero para eso se iban a tener que esperar un poquito y quién dice un poquito, podían ser horas, días o semanas, porque sí, reconozco que Gonzalo me había antepuesto al final a mí, pero aún

tenía el mal cuerpo de todo por lo que había pasado y como me había sentido y encima, me había enterado la última. Aunque también reconocía que tuvo mucho valor y fue todo un hombre en ir a explicarles todo a los míos y pedirles que estos días, los pasáramos en su finca. Todo era una locura y yo aún tenía la sensación agridulce del momento.

—Y que yo me entere, más que nada porque veo que todos estáis al tanto de todo menos yo ¿Qué pensamientos hay para la comida de hoy y la cena, además de mañana de Navidad?

—Vamos a comer aquí una barbacoa ahora y por la noche vamos a cenar en el Cortijo y disfrutar del cotillón que se va a hacer allí —explicó Larisa, levantando sus dedos en V —. Mañana comemos aquí de nuevo. Mira la de estufitas que puso tu futuro amado para que estemos calentitos.

—Sí, porque hace más calor que en junio con tantos focos —dijo mi hermana, deshaciéndose de su abrigo.

—Pues ya podríais haber hablado porque no metí en mi maleta nada especial para esta noche, bueno sí, pero no como para una cena de gala y un cotillón —me quejé porque tenía ganas de hacerlo.

—Te he dicho que te tengo un regalo —contestó Gonzalo.

—Es verdad, se me olvidaba que en mi cumpleaños me compraste hasta bragas para que pasara el fin de semana contigo. ¡Vaya detalle que se me pasaba! —me di un golpe en la frente mientras todos se reían.

—Cuando quieras puedes entrar a verlo —me dijo Gonzalo.

—Cuando me dé la gana, sí, ahora quiero otro vino —dije mirando mi copa y bebiéndomela de nuevo de un trago.

—Como sigas así no llegas a la noche —me reprochó mi hermana.

—¿Qué sabrás tú de aguante si no has conocido el dolor de sentirse como un perro abandonado por el hombre que te hizo sentir cosas muy grandes?

—Vale ya —me pidió mi madre, a modo reprimenda.

—Que yo esté aquí, no significa que no vaya a dejar ir por mi boca todo lo que llevo muy adentro —ladeé la cabeza dándolo por sentado.

—Bueno, disfrutemos —me rellenó la copa Gonzalo.

—Muy bien señor metre, está haciendo su trabajo muy bien, lo mismo esta noche te doy libre y que se encargue de todo mis empleados del Cortijo —le hice un guiño y se le escapó una sonrisilla—. Pero no te emociones, siempre existirá una de cal y una de arena.

—Aguantaré todo con mucho amor.

—¿Lo ve, Gonzalo? —le pregunté a su padre— Usted quería una princesa para él y dio con una que lo convirtió en "ceniciento" —me reí, causando una risa a todos.

—Siempre estaré de tu parte, hija —me contestó él, con la risilla suelta— Solo hay que ver a mi hijo para saber que lo haces inmensamente feliz. ¿No era de eso de lo que se trataba? —le preguntó a mi padre.

—Claro que sí, consuegro. Todo lo que a ellos les haga felices debemos de apoyarlo. Aunque reconozco que a veces le sale a mi hija el carácter de mierda y es difícil de aguantar, lo bueno es que se le pasará pronto.

—Pues todos la apoyaremos en el proceso —murmuró su madre, sonriendo y mirándome.

La verdad es que estaba emocionada de ver a todos juntos y saber que todo tenía una explicación más que justificable. Notaba que por momentos se me iba esa parte agria, pero claro, aquí yo me tenía que poner en mis treces y demostrar que perdonaba, pero que no se lo iba a poner fácil.

Este hombre no sabía que hoy iba a ser el día de los brindis, pero lo dejaría para la noche…

Capítulo 32



Me despertó Larisa y yo estaba de lo más desubicada. Solo escuchaba que eran las siete de la tarde y que teníamos que arreglarnos.

—¿Dónde estamos? ¿Qué pasa? ¿Arreglarnos para qué?

—Bebiste más vino de la cuenta, te lo avisé, pero bueno, que es la cena de Nochebuena y Gonzalo te dejó sobre el sofá tu regalo para que lo luzcas. ¡Vas a estar guapísima! Vaya gusto que tiene el hombre.

—¿Estamos en la finca? —Miré a mi alrededor.

—No, en el Cortijo, cada uno en sus habitaciones ya instalados. Tú conmigo hasta que decidas irte con Gonzalo, que te espera con los brazos abiertos.

—Qué le den por culo. Necesito una pastilla.

—Ya te la he preparado —la cogió de la mesita con un zumo de naranja recién exprimido que le debían de haber acabado de traer.

—¿De verdad todo pasó por el padre?

—Sí, hija y él quiso mantenerte al margen de todo mientras solucionaba la papeleta de la empresa. Estuvo dispuesto a dejar hasta a su familia por ti. Ahora sí te digo, dos cojones el de tu padre de ir a hablar con el de él y hacerle ver, que la vida no era como pensaba.

—Mi padre es mucho padre, pero el de él también, supo pedir perdón a tiempo y reconocer sus errores.

—Y Gonzalo te quiere con todo su *cora*.

—*Cora* te voy a dar yo a ti —me reí y le lancé la almohada.

—¿Tienes ganas de más guerras? —Me tiró otra.

Comenzamos una de lanzamientos que cuando nos dimos cuenta, no pudimos remediar que un jarrón de adorno de la habitación se rompiera en mil pedazos.

—Joder, la que hemos liado —se llevó las manos a la boca.

—Así dejó él mi corazón y aquí estoy, a punto de pasar la Nochebuena a su lado —me encogí de hombros.

—Hay que conseguir pegamento.

—Muy buena esa —me reí—. Que no pasa nada, que por lo que vendió la productora tiene para comprar una nave de jarrones y le seguiría sobrando dinero para comprar hasta un aeropuerto con una flota impresionante de aviones privados.

Me di una ducha después de que me trajeran un café doble que ordené a cocina. Mi cabeza estaba más allá que para acá, pero tampoco era un dolor que me tuviese caos. Los cafés me habían levantado por completo y estaba dispuesta a disfrutar de la noche y de la estancia en el Cortijo, lugar en el que comenzó todo.

El vestido era una monería. Sin mangas, de escote al cuello, con una caída en una especie de lentejuelas, pero minúsculas y terminaba a media altura de mi pierna con dos volantitos de lo más elegante. Lo complementó con unas sandalias de tacón con tiras en plateada y hasta me dejo todo el conjunto de joyería para lucir con el outfit.

—Joder, yo quiero un novio así. Está bueno, es guapo, atento, con un gusto de lo más exquisito y encima te lo pone todo por delante.

—Te lo regalo.

—Lo dices de boquita hacia afuera, pero la realidad es que te mueres por ese hombre y estás encantada con todo lo que ha sucedido.

—¡Aligeraos! —mi hermana aporreó la puerta y salí a abrirle.

—Eres muy bruta —le recriminé.

—Por favor, que bonito te queda todo. Estás preciosa —me abrazó—. Joder y tú también —le dijo a Larisa, que iba monísima con un vestido negro corto tipo lencería.

—Tú también lo estás —le dijimos a unísono, provocando una risilla conjunta.

Bajamos al salón donde ya estaban un montón de clientes preparados para la cena. Nosotros teníamos una mesa larga al final del salón y en plan reservado. Junto a la chimenea, justo donde cenamos la primera vez que me trajo a este lugar.

Todos me preguntaban cómo estaba. Ya ves, ni me acordaba como me trajeron para el Cortijo, pero ahora me sentía demasiado bien y con ganas de disfrutar la noche.

—¿Te gustó mi elección?

—Sí, gracias —sonreí y le di dos palmaditas en la cara—. Tenemos mucho de lo que hablar, pero reconozco que has sido muy valiente y generoso con todos.

—Solo quiero hacerte feliz y que construyamos un futuro juntos.

—Bueno, a currártelo que hoy eres mi ceniciento.

—Lo que tú quieras, como si deseas que lo sea todos los días de tu vida.

—Qué hija de puta… ¿No te da pena? —me preguntó mi hermana, que estaba al loro de todo.

—Tú, a lo tuyo —señalé a su novio—, qué las matas callando.

Nos acomodamos en la mesa y me senté en medio justo al lado de él. Mejor dicho, él se colocó a mi lado.

Nos comenzaron a servir la bebida y a traer entrantes de canapés, marisco, jamón, ibéricos y un montón de cosas más.

—Toca hacer el primer brindis —me levanté y Gonzalo esbozó una preciosa sonrisa —. No, no levantaros, aquí la única que se queda de pie es la voz cantante, o sea yo.

—No, hoy no te voy a dejar que des el primer brindis —me irrumpió Gonzalo, poniéndose de pie.

—¿Te vas a atrever a callarme? —le pregunté, haciéndome la ofendida.

—Sí, porque hoy quiero ser yo —sacó un anillo de su bolsillo, pero no uno cualquiera, uno precioso y fino de pedida con un diamante—. Quiero ser el que te pida que te quedes a mi lado, quiero ser el que se convierta en tu marido, quiero ser el mejor padre para tus hijos y la mejor compañía para ti. Lo quiero todo contigo…

—Me va a dar un chungo, de hoy no sobrevivo —carraspeé y todos rieron ante la emoción del momento.

—Cásate conmigo —hincó una rodilla en el suelo y extendió su mano enseñándome de nuevo el anillo —. Cásate conmigo y te prometo que seré todo aquello que siempre soñaste para tu vida.

—Qué bonito, por favor —murmuró mi madre, de lo más emocionada.

—Dile que sí, o te bloqueo hasta la entrada al piso —murmuró Larisa, causándonos una carcajada a todos.

—Acepto, con la condición de que hoy y mañana, sigas siendo mi ceniciento —respondí, mirándolo con las lágrimas que me caían hasta el suelo.

—Por supuesto, mi vida —me colocó el anillo y me agaché a abrazarlo.

Terminamos tirados en el suelo fundidos en un abrazo y comiéndonos a besos mientras todos aplaudían y las niñas nos tiraban fotos y grababan capturando todo el momento ¡Me había pedido matrimonio! Sí, mi jefe, ese con el que solo fantaseaba tener un affaire y ahora estaba por los suelos por mí, queriéndome convertir en su esposa.

La emoción invadió la mesa y tardamos un poquito en restaurar los cantaros de lágrimas que nos caían a todos. En cierto modo, el amor había triunfado y hasta los padres de él estaban de lo más conmovidos y felices viviendo este momento. Siempre se lo iba a agradecer a mi padre, porque en vez de haber separado a una familia, la unió más para agrandar la nuestra. ¿No era el mayor ejemplo que una persona podía dar? Estaba muy orgullosa de ellos.

Durante la cena nos reímos lo más grande entre copas, brindis, palabras y momentos que llenaban nuestros corazones en un día que se tornaba más especial de lo que ya era por sí. Era de esos días que se me iban a quedar grabados en mi corazón y no solo por ser el día en que me había pedido matrimonio, sino por todo lo que había conllevado a demostrar que el ser humano podía ser de lo más sorprendente. Todos juntos cenando en torno a una mesa que daría paso a una nueva vida, porque todos iríamos juntos en una misma dirección a partir de estos momentos.

Mi hermana comenzó a bromearle al novio para que le pidiera matrimonio y él le decía que se negaba a coger un aro del manojo de llaves para improvisar un anillo. Eran buenísimos y hacían un pedazo de pareja que esperaba que llegasen tan lejos como esos vuelos que hacían juntos.

Después de la cena que estuvo de vicio y no faltó detalle, fuimos al salón donde iba a ser el cotillón y que ya estaba todo preparado para unas cien personas que era las que había esta noche.

Cogimos un rincón muy chulo con sofás, mesas y lejitos de los bafles que comenzaban la fiesta con la canción de “Feliz Navidad” pero en plan salsa.

Era para ver a mi hermana, poniendo a bailar al londinense que era muy sosito para moverse, pero le echaba ganas para complacerla. La de cosas que salieron por la boca de Larisa fue lo más bueno que había escuchado en ella en humor de extranjería, como así lo habíamos bautizado.

La noche se animó tanto que todos terminamos en corrillo bailando, hasta los padres de Gonzalo, que lucían felices y de lo más animados.

No podía creerme que todo hubiera sucedido así de esta manera y que lo que comenzó siendo un triste y doloroso día, se estuviera convirtiendo en uno de lo más felices y emotivos de mi vida.

De repente la música se paró y el DJ micro en mano anunció a todos que esta noche se había consumado una pedida de matrimonio en plena cena de Nochebuena. Todos comenzaron a aplaudir y vitorear. Entonces nos señaló y nos pidió que fuésemos al centro de la pista y que disfrutáramos de este tema que nos regalaba para este día.

Comenzó a sonar la canción “Todavía”, cantada por Niña Pastori. Un tema que yo conocía bastante bien y que era precioso para este momento.

Gonzalo no dudó en coger mi mano y tirar hacia el centro de la pista mientras todos los asistentes aplaudían emocionados y se hacían participes de este momento tan especial.

Y bailamos entre la emoción, lágrimas y aplausos constantes del público. Me acariciaba la espalda mientras guiaba mis pasos y no dejaba de darme besos mientras me decía que me amaba.

El gran aplauso final vino con ese beso que me dio echándome hacia atrás y que duró unos segundos muy largos. Cerrando así un baile que también se quedaría como la canción en nuestros corazones en ese lugar de los recuerdos que nunca se podrían borrar.

De nuevo todos a la pista a bailar esos repertorios modernos y de otras décadas que tenía a todos cantando a todo pulmón.

La gracia fue cuando a mi hermana no se le ocurrió otra cosa que pedir la canción de “La Morocha” y nos subimos las tres a una mesa a bailarla.

Todo el público nos miraba y seguían nuestros pasos alocados que íbamos improvisando y todos imitaban. La batuta la cogí yo, que era la más suelta para los pasos de todo tipo de baile.

Fue una noche llena de magia, buenos momentos, bebida y dejarse llevar sin prejuicios, sin pensar en qué dirán. Todos estábamos disfrutando, los nuestros, y esos clientes que se notaba que estaban gozando de una mágica noche en “El Cortijo” ese sueño que un día construyó mi futuro marido y que ahora iba a comenzar a vivirlo como siempre quiso, dedicándose a él y haciendo vida en su finca, ese campo que tanto amaba.

El amor había triunfado, ese que va y viene y nunca se sabe que pasará y al final, hasta las parejas más diferentes son capaces de volverse imanes y que son incapaces de seguir sus vidas por separado.

Broche final para un día que me había dejado sin fuerzas, borracha de nuevo y ahora iba para la suite en brazos de ese amor que ahora me pertenecía de algún modo y no porque yo lo sintiera como una posesión, sino porque él quería entregarse al todo o nada conmigo.

Hasta sus padres que nunca vieron bien “El Cortijo” también estaban aquí instalados y no habían dejado de piropear el lugar durante toda la noche. A ellos también les había conquistado este rincón del que la gente hablaba muy bien y servía de reunión para todo tipo de clases sociales.

De nuevo en sus brazos, en esa cama en la que lo hicimos por primera vez sin saber que no sería la última de muchas, porque ahora sí, podía decir que también se había convertido en uno de mis lugares favoritos.

El amor, ese que triunfaba y al que yo me aferraba en el día de hoy mientras mi cuerpo se entregaba a esa pasión que siempre nos había invadido.

Capítulo 33



Día de Navidad y amanecía con un cafecito en la mano de parte de mi prometido ¡Sí, mi prometido!

—Buenos días, vida —me dijo extendiendo su mano para que cogiese un café.

—Buenos días, precioso mío —le di un beso en los labios.

—¿Qué tal de resaca?

—Pasando por alto que ayer tuve una indigesta de alcohol doble, demasiado bien para lo que esperaba.

—Normal, las últimas copas eran de refresco solo.

—No, no que me pedí… —analicé sus palabras— ¿Me engañaste? ¿Hiciste que solo me echaran refresco? —Arqueé la ceja.

—¿Y lo bien que te has levantado hoy?

—Eso sí, pero ¿no va siendo hora de dejar de hacer las cosas a mis espaldas? —pregunté y acto seguido me bebí el café de un trago.

—Te lo has buscado…

Se tiró sobre mí y de nuevo nuestros cuerpos ardieron de manera fulminante como siempre había sucedido. Su generosidad me llevó a volver a

gemir de manera desmesurada y hasta hubo algún momento en que me tapó la boca con su mano. Me encantó regresar a ese punto en el que los dos nos volvíamos una sola llama.

Nos dimos una ducha y bajamos al restaurante dónde ya iban llegando todos. Este lugar no descansaba ni los días festivos. Había aún personas que habían cerrado el cotillón y desayunaban antes de marcharse.

Eso sí, rotaba a los camareros para que no les pillasen dos días de fiesta seguidos y también disfrutaran de sus familiares. Aunque según me explicó, los dejó elegir quienes querían trabajar ayer, hoy, o los dos días porque se los pagaba fuera de nómina.

El desayuno fue una fantasía total de churros con chocolate verde, rojo y blanco haciendo que quedasen los colores de la Navidad. Nos pusimos todos las botas antes de marcharnos de nuevo a la finca donde hoy el padre de Gonzalo había propuesto hacer una paella de langostas y mariscos que nos íbamos a llevar del restaurante. Su palabra tuvo la aprobación de todos.

Era una Navidad diferente y, ¿por qué no hacer de esta comida lo mismo? Pues si a todos nos apetecía paella, paella que íbamos a comer.

Nos fuimos para su casa, aunque por la noche regresaríamos para cenar y dormir en el Cortijo de nuevo.

Al llegar al porche me quedé enmudecida al ver mogollón de regalos debajo del árbol que habían colocado en una esquina. Había decenas de ellos y por colores. Reconocí los de mi familia porque conocía a mis padres de sobra y sabía como los envolvían, como los de los padres de Larisa, aunque el resto imaginaba que era de Gonzalo y su familia.

Por las risas y las respuestas absurdas y bromistas, habían sido los hombres por la noche que se las habían ingeniado para colocar todo sin que nos diéramos cuenta de que faltaban en algunos momentos.

Mi padre se puso a freír tortillas de camarones de la masa que le habían dado en la cocina del restaurante. Hoy parecía más un día de playa que de Navidad, pero el caso es que lo estábamos disfrutando desde buena mañana.

El primero que comenzó a entregar regalos del árbol fue mi suegro, mientras todos aplaudíamos tomando un vinito, que de esta salíamos como una gran familia, pero bien embriagados.

Gonzalo padre, tuvo la genial idea de regalar a cada uno de los hombres y contando también con mi nuevo cuñado, una botella de un whisky escocés que, según los comentarios, debía costar un riñón y parte del otro. A las mujeres nos regaló un perfume francés que debía costar en este caso el hígado y parte del otro, como no. El aroma era uno de los más ricos que había olido en mi vida.

—A tu suegro se le fue la cabeza, el whisky vale mil doscientos euros cada botella y los perfumes mil quinientos euros —murmuró mi hermana en mi oído, ya que los había buscado en Internet —. Yo me hecho una gota nada más y los días que folle, que este me tiene que durar años — terminó de decir, ocasionándome una carcajada.

Los siguiente en repartir regalos para todos fueron mis padres y parecía que se habían puesto de acuerdo todos, porque entregaron lo mismo para los hombres que para las mujeres y en igualdad para cada uno de nosotros, sin dejar a nadie atrás.

—Improvisad algo porque nos quedamos en bragas —nos dijo mi hermana a Larisa y a mí, aguantando la risilla y mientras abríamos el regalo.

Mis padres les habían comprado a los hombres una botella de un buen vino que Larisa corrió también a mirar el precio y salía doscientos euros cada una, que también era un dinero. Y a las mujeres nos habían comprado un abrigo monísimo de vestir que valía para todas las edades de paño ceñido hasta las rodillas en color negro, eran del Zara.

La gracia estaba que cuando repartían ellos también se quedaban su regalo, cosa que nos dimos cuenta.

—Antes de que sigáis, tenemos que decir una cosa —dije yo, que para eso de hablar en público se me daba muy bien.

—Que nosotras tres y el guiri —no nombré a Gonzalo, porque sabía que él también había comprado—, os tenemos una sorpresa que no viene en forma material, pero si de Spa para…

—A mí no meterme que yo compré para todos —dijo el novio de mi hermana, sí el guiri que nos había acabado de vender.

—Ah, es verdad, que tú no pusiste dinero.

—Claro, hermana —me dijo ella, aguantando la risilla y Larisa estaba ya meada de la risa.

—Pues eso, que nosotras tres os regalamos a todos un spa el fin de semana que queráis, pero mejor para enero que estarán de rebaja.

—Bueno, bueno, que bien salen del paso algunas —murmuró la madre de Larisa, que era de lo más graciosa.

Los siguiente en repartirlos fueron ellos, esas personas que tenía como tíos y a los que adoraba. En esta ocasión los chicos recibieron una camiseta del equipo de futbol de nuestra ciudad de los que eran muy forofos, y nosotras un pañuelo fular de una marca muy famosa. Eran preciosos, pero el golpe que habían tenido con las camisetas había sido de lo más bueno.

Luego entregó los regalos el guiri, que así había bautizado a Richard, mi nuevo cuñado. A los hombres les regalo un avión en miniatura de su compañía. Era una edición de lujo y una recreación de lo más exacta. Y a nosotras, desprendiendo más arte que un andaluz y siendo londinense, nos regaló una caja de bombones de los almacenes "*Harrods*", el centro comercial más famoso de Londres.

Todo iba perfecto, sobre ruedas y le tocó el turno a Gonzalo, mi prometido, esas palabras que sonaban a melodías de amor.

En este caso a los hombres les regalo una boina de cuadros típica de la gente que monta a caballo por el campo. Para ver al guiri con la boina…

No podíamos dejar de llorar de la risa, y es que era todo un personaje que nada representaba a un comandante en el que dejaban en sus manos la vida

de millones de pasajeros que subían a sus trayectos.

A la hora de la paella y todos sentados sobre la mesa, a mi suegro no se le ocurrió otra cosa que presionar para que pusiéramos una fecha a nuestro enlace. Opinaron todos y la mayoría querían finales de junio, los dos aceptamos de lo más emocionados.

Nos comimos la paella hablando sobre la boda y se notaba que a todos les hacía una ilusión tremenda. No podía estar más contentas con estas Navidades que cambió mi vida para siempre, bueno, nuestras vidas, porque éramos dos y toda la familia a una.

Capítulo 34



Desayunamos todos en el Cortijo y ya se fueron marchando, incluso Gonzalo y yo, que nos fuimos en su coche hasta las oficinas para recoger todas nuestras cosas personales. El equipo había sido informado esta mañana por uno de los directivos de que la empresa pasaba en dos días a otra sociedad y que esta anunciaría qué puestos mantendría y a quién liquidarían para que no siguiera. Entre líneas me dejó caer que había dado un mal informe de Silvia y Carmen, como personas tóxicas en el equipo.

Lo que sí me dejó claro es que Juan se venía para el Cortijo a trabajar ayudando en el mantenimiento de los jardines y aparcamientos que era el puesto que quería ejercer hasta que se jubilara. Me emocionó mucho saber que estaría con nosotros.

Juan no estaba en las oficinas porque le había dado vacaciones hasta después de Reyes para que disfrutara de sus nietas. Llegado el momento se incorporaría directamente al Cortijo donde desde mañana ya estaría dado de alta.

Yo también era de las despedidas según me explicaba y me eché a reír. Había negociado una indemnización para Juan y para mí, para que saliésemos bien parados. Todo lo pagaba la nueva empresa. Juan ya había firmado el despido y yo lo haría ahora para mañana aparecer de alta también en el Cortijo como contable.

—Pero mañana no curro, te lo aviso. Si Juan tiene hasta después de Reyes, yo también —me crucé de brazos mientras él aparcaba en las oficinas y se

echó a reír.

—Te doy más ventaja. No trabajes hasta después de la boda. Ahora que solo llevaré el Cortijo, eso será pan comido.

—¿Y cobro sin trabajar?

—Efectivamente.

—Eso también lo quiero firmar hoy —dije, mientras me bajaba del coche.

Entramos de la mano y en el pasillo nos encontramos a Silvia y Carmen cuchicheando sin cortarse un pelo, pero se les cambió la cara cuando nos vieron aparecer juntos, de la mano y con la mejor de nuestras sonrisas. Ahí la llevaban las muy estúpidas, que se creían que a mí me habían hundido y naufragaría cuando el barco pasara a otras manos, pero no, las del naufragio serían ellas.

—De ese modo no habrá empresa que se quede con ustedes —les dijo Gonzalo mientras andaba conmigo de la mano.

Las dos enmudecieron y no contestaron. Estaban blancas como la leche, esa que mamaron, como diría Larisa.

Entramos en mi despacho y recogí mis cosas. Me hizo llevarme hasta el portátil porque decía que ya era mío. Luego nos fuimos al suyo y mientras recogíamos, entraron todos los directivos aplaudiendo y le fueron abrazando. Los dejaba en el mismo lugar y con mejores condiciones, por ellos se partió bien la cara, al igual que con David y Roco. Yo también recibí abrazos y cosas bonitas por parte de todos en ese momento.

Bea, Cris y Trini, no sé cómo les dio tiempo con la noticia de hoy, que vinieron a despedirse de mí, con un ramo de flores precioso. Me hicieron llorar y todo.

Salimos de allí y fuimos a mi apartamento por ropa, porque me iba a ir estos días de fiesta con él a la finca, según él sin fecha indefinida.

Larisa estaba en la casa, ya que tenía el día libre también. Decidimos quedarnos a comer con ella y pedimos a un italiano para que nos lo trajesen a domicilio. Sus planes era trabajar casi todos los días porque estaba el resto de las fiestas de lo más puteada. Quería irse a casa de sus padres unos días para estar con ellos porque en Fin de Año le tocaba currar.

Sus padres, los míos y los de Gonzalo, se iban a ir a pasarlo a un hotel que montaban una fiesta y tenían una oferta de tres días en Portugal. Todo eso lo planearon el día anterior durante la paella. Se largaban los seis a vivir un Fin de Año juntos.

En nuestro caso, íbamos a pasarlo solos y juntos. Nos hacía mucha ilusión y algo me decía que Gonzalo tenía en la cabeza ya todo preparado porque siempre me respondía que no fuese impaciente con las preguntas.

Después de comer nos fuimos a un super a hacer unas compras de productos y alimentos que se le estaban acabando y que íbamos a necesitar para estos días.

Llenamos casi un carro con todo tipo de tonterías. Nos reíamos de pensar que más vale que estos días nos fuéramos a correr cada mañana si no queríamos entrar en enero con varios kilos de más.

Fuimos descargando la compra y mis cosas, ya que me había traído dos buenas bolsas de finde de ropa y una maletita de mano. La ropa de invierno ocupaba mucho espacio, no era que yo me fuese a venir a vivir de golpe. En un principio solo era hasta después de Reyes, ya que quería vivir mi preboda como toda novia que prepara no solo su día, sino su nueva vida con mucha ilusión.

La finca para mí era el lugar ideal para construir una familia. En coche te encajabas en poco tiempo en la ciudad, pero aquí se podía disfrutar de una calidad de vida increíble que no lo daba el bullicio ni el vivir en un piso.

Las perritas no se despegaban de mi culo porque sabía que siempre las consentía dándoles algo de comida. Eran unas adorables glotonas que solo pensaban en comer.

Esta noche en el exterior hacía un frío increíble, de esos que calaba en los huesos y es que habían bajado las temperaturas muchísimo.

Preparamos para cenar un caldo de pollo con verduras y un poquito de picante, ya que a los dos nos gustaba así. Freímos unas croquetas que habíamos cogido del Cortijo y que eran toda una exquisitez de puchero.

Me parecía increíble todo lo que habíamos vivido en Nochebuena y como nuestras familias se volcaron en ser una y vivirlo todo con tanto cariño.

No siempre lo malo es doblemente malo, a veces, hasta lo malo se puede convertir en algo bonito y emotivo, como había sido nuestro caso y la historia en la que nos vimos envueltos. Me alegraba un mundo que sus padres hubieran recapacitado y tuvieran la valentía de venir pidiendo perdón y reconociendo sus errores. Fue algo precioso.

Nos sentamos a cenar frente a la chimenea. Se hicieron varios silencios de esos que daban un remanso de paz y que transmitía que con tan poco, lo teníamos todo. No necesitábamos de lujos, ni áticos, ni paseos en plan millonarios, solo queríamos esto. Era lo que más me gustaba de Gonzalo, que pudiendo vivir una vida a todo tren, eligiera inteligentemente esta. Eso decía mucho de él.

Gonzalo me miraba con ese brillo que siempre me erizó la piel, ese que eché tanto de menos cuando se volvió frío y distante. No quería ni recordar esos días en los que sentí una desolación que dolía en el alma. Ahora tocaba disfrutar de lo nuestro, de lo que estaba por venir, porque teníamos una gran ilusión por esa boda en la que comenzaríamos esa vida familiar que los dos deseábamos.

Nos abrazamos en el sofá después de cenar, mirando la chimenea, murmurando palabras sin sentidos y causándonos una risilla tras otra. Eso, eso era mejor que cualquier cosa.

Capítulo 35

Nuestros familiares ya se encontraban en Portugal desde bien temprano para su escapada de tres días.

Amanecíamos un último día del año en que nos hacía una ilusión grandísima acabarlo y comenzar el otro juntos.

Había cotillón en el Cortijo y fiesta, pero nosotros queríamos estar en casa y preparar la nuestra propia, solo para los dos, escapados del mundo. Hasta nos íbamos a arreglar y poner bien guapos para la cena y las copas.

Preparamos el desayuno y nos sentamos frente a la chimenea. Las perras se fueron a jugar fuera y hacer sus necesidades. Podíamos verla a través de las cristaleras y a mí se me caía la baba con ellas, me tenían de lo más enamorada.

Para hoy teníamos pensado todo el plan de comida que íbamos a elaborar juntos, como todo lo que llevábamos haciendo estos días.

Lo primero, desayunar unas tostadas de queso crema con tortilla revuelta y aguacate. Era un nivel Dios para el paladar de buena mañana.

—Voy a preparar otros dos cafés —se levantó.

—Sí, que este nos duró un suspiro, como lo que casi nos dura la relación —bromeé y él se marchó aguantando la risilla.

—Voy a hacer oídos sordos, que te gusta mucho hurgar en la llaga —respondió, antes de entrar a la cocina.

—¡Muy bien! Pero no dices donde también me gusta meter los dedos y no me dejan —grité y estaba segura de que lo había hecho reír.

Las perritas entraron y se pusieron a mirarme pidiendo algo de comida. Cosa que ya habían comido, pero bueno, a ellas se le olvidaba eso rápido.

—Así que esta señorita que os da de comer tiene un dedo muy peligroso —decía Gonzalo, hablándoles a las perras en plan bromista por mi comentario anterior.

Dejó los cafés sobre la mesa y me miró de lado aguantando la risita.

—¿Le contestáis ustedes o le contesto yo? —les pregunté a ellas del mismo modo que se dirigió él.

—Creo que no tienen ganas de problemas —me apretó la rodilla y me dio un beso en el cuello.

Después de desayunar nos metimos en la cocina para preparar la comida del día de hoy y mañana. Justo cuando estábamos haciéndolo apareció Tomás, uno de los camareros del Cortijo y nos trajo un roti de cerdo relleno de pasas, huevo duro, nueces, queso, carne picada y virutas de jamón. Nos lo había rellenado la cocinera y ya estaba listo para meter en el horno y por la tarde en frío, cortarlo en rodajas.

Comencé a cocer todo para una ensaladilla de pulpo para aprovechas unas patas ya cocidas que teníamos en el frigorífico. Gonzalo estaba cociendo el marisco y preparando dos patas de cordero para meterlas en el horno para la comida que la íbamos a acompañar con unas patatas fritas.

Me agarró por detrás y me abrazó fuertemente…

—Quién me iba a decir que la más adorable de las loquillas se iba a terminar convirtiendo en mi mujer —me mordió el lóbulo de la oreja.

—Bueno, aún no acabó el año y de aquí a junio lo mismo me sale un tipo más… —comenzó a tocarme las costillas y empecé a reírme como loca.

—No vuelvas a decir eso porque, aunque se presente el Anticristo, de mi lado no te sacan.

—Para, para —pedía a carcajadas.

—No paro hasta que lo retires y me digas que soy el hombre de tu vida.

—Lo retiro y eres el mejor hombre de mi vida.

—Eso no me vale.

—El hombre de mi vida y lo retiro —me reía.

—Tampoco, porque eso suena a darle la vuelta a la tortilla.

—¡Mis muertos! —me reí—Lo retiro y sin duda, eres el amor de mi vida.

—Ahora sí, me vale.

—Bueno, ahora puedo decir que lo dije coaccionada —me escapé al otro lado de la mesa.

—Te lo has vuelto a buscar…

Corrí al baño y me encerré en él con el pestillo. Sabía que como saliese me la iba a dar mortal. Me reía a más no poder mientras él me decía que me iba a traer luego la comida a la puerta para que la cogiera.

—¡No soy un perro! —grité.

—Ya tengo contigo tres —le podía escuchar la risilla al otro lado.

—Eso no vale, quiero otro cafecito y seguir cocinando.

—Pues a ver cómo piensas solucionar el problema que tienes.

—¡Te la chupo!

—Me vale —murmuró lo suficientemente alto como para que me enterase.

—Júrame que no me vas a hacer nada.

—Por supuesto, ya hemos quedado en que me lo vas a hacer tú.
—No me fio de ti.

—Pues tu familia y amigos sí, así que eres la única que tienes el problema.

—Venga, voy a salir, pero confío en tu palabra de hombre y macho ibérico.

—Sin problemas.

Cuando abrí la puerta un poquito con cautela, me lo encontré con el pantalón de algodón y los bóxer en el suelo. Se señaló a su miembro y me entró un ataque de risa increíble.

—Eres el mejor, ahora sí que te lo digo —me arrodillé ante él y…

Lo dejé listo para el arrastre y lo mejor de todo, es que yo también me llevé un gran premio porque no solo tenía esos puntos que no me esperaba, sino que como dije, era el hombre más generoso del mundo.

Regresamos a la cocina donde estaba todo a medio hacer y continuamos preparando nuestras comidas especiales, esas que nos la íbamos a comer solitos y disfrutando el uno del otro.

Las chuletas con las patatas fritas nos quedaron que ni en un restaurante de estrella Michelín. Me puse las botas y las disfruté muchísimo.

Por la tarde nos echamos un ratito antes de ducharnos y vestirnos para la ocasión. Yo me había comprado en Zara una falda de lentejuelas monísimas a media pierna y un top lencero que le iba como anillo al dedo. Su sonrisilla picara fue el primer piropo que le salió de su rostro sin hablar. Él también estaba guapísimo con una camisa Mao y un pantalón chino.

La mesa la había preparado él, mientras yo me ponía el pelo a punto y me maquillaba un poquito. Nos hicimos unas fotos con las copas de vino en la mano y otra de un beso que eran tan bonita que me la puse de fondo de pantalla del móvil.

De entrantes mariscos, paté con caviar y unos mejillones al tigre que le salieron brutales. Como plato principal el roti relleno que ya estaba loncheado y que tenía una pinta que ni te cuento. Lo íbamos a acompañar con unas patatas chips famosas del Cortijo del que se trajo un paquete.

La mesa la preparamos en el salón en la de comedor, no en el sofá que hoy las comodidades sobraban y había que dar paso al glamour.

Durante la cena no perdimos la ocasión en esas miraditas de felicidad de estar celebrando los dos una cena tan especial como la de hoy. La sobremesa duró hasta las uvas, momento en que la tele anunció los cuartos y dimos paso al ritual que por primera vez lo hacíamos en común.

Nos comimos las doce uvas como campeones y luego nos felicitamos por el nuevo año con un beso de esos que se quedan grabado en el corazón.

Pusimos la música de fondo y nos servimos unas copas para continuar con nuestra particular fiesta. Terminamos bailando salsa, bachata y hasta reggaetón. No nos hacía falta disfrutar más que de nosotros mismos.

Eran las tres de la mañana y fue en ese momento en que dijimos basta a la ropa y nos fuimos deshaciendo de ella. Disfrutar de nuestro lado más sexy e íntimo era otra manera de comenzar el año a lo grande y como nosotros sabíamos.

Capítulo 36

Era el Día de Reyes y venían nuestros padres a pasarlo en la finca. La verdad es que me hubiera gustado también que viniese Larisa y su familia, pero no quise decir nada para no ponerlos en un compromiso, ya que, en casa de los padres de ella, vivían también este día con mucha ilusión y preparativos.

Eran apenas las ocho de la mañana y ya estábamos con el café en mano en el salón y con los regalos a punto de intercambiarlos.

—Venga, dame el mío —le pedí viendo que solo yo los había sacado.

—Tienes que buscarlo, es uno solo.

—No, no, a mí no me pongas a buscar nada porque paso.

—Qué poca ilusión le pones al momento —suspiró —. Te voy a dar una pista.

—Qué sea bien grande.

—Es grande y puede estar tanto dentro o fuera de la casa, pero es visual a simple vista.

—¿¿¿Me has comprado un coche??? —bromeé.

—Ya tienes uno y es nuevo —se le escapó una sonrisilla.

—Venga, otra pista.

—No, no, solo te digo que está a simple vista.

Me fui corriendo por toda la casa, pero no veía nada. Cogí una bata y me la puse para salir y nada en la cochera, nada en el jardín y…

—¡Me muero! —grité al ver una Vespa en rosa pastel metalizada en la zona de barbacoa.

—¿Te gusta?

—Hoy, te la como otra vez —le di un beso y corrí hasta ella.

—Así puedes moverte por aquí, ir al Cortijo, a la nave de los embutidos que tanto te gusta…

—¿Cómo no me voy a casar contigo si voy a ser la mujer más consentida del mundo?

Me fui a subirme a ella y hasta la arranque dado que tenía las llaves puestas. Me di una vuelta por la finca mientras Gonzalo me grababa sonriente y feliz por verme tan entusiasmada. Era tan bonita la Vespa que me parecía toda una fantasía que iba a disfrutar cuando viniera el mejor tiempo. Obviamente se quedaría aquí porque a la ciudad no me la llevaba.

Me tiré encima de él en el sofá después de dejarla aparcada en la cochera y me lo comí a besos antes de darle sus cuatro regalos.

Acerté de pleno y lloró de la risa, porque lo había bordado. Resulta que le compré un libro que él estuvo haciendo estragos para conseguirlo, ya que estaba descatalogado. Dicen que el dinero lo hace todo, en su caso estaba forrado y no lo consiguió, y yo que era una ciudadana de a pie, sí lo había hecho.

El segundo regalo fueron sus deportivas favoritas que usaba con vaqueros y que ya decía que las iba a dejar para la finca y comprarse unas nuevas. Tomé nota y me hice de ellas. El tercero fue una caja tipo, cubo de Rubik

para que se rompiera la cabeza, ya que le encantaban, y, por último, un reloj para nuestra boda que me costó un pastón, pero que no dudé en hacerlo.

—Lo guardaré hasta ese día, has tenido muy buen gusto.

—Se llevó mi paga de Navidad —puse cara de puchero y se echó a reír.

—Cállate que la liquidación que te han dado de la productora, ni con treinta años currados la habrías conseguido.

—Más callada que una puta —me eché la cremallera a los labios.

Gonzalo se levantó y vino con una caja de regalo. No me esperaba nada más después de la Vespa.

—Tú también tienes un regalo para la boda.

—Ve bajándote los pantalones, que estoy viendo que te vas a ganar otra *chupadita*.

Gonzalo se sentó riendo a carcajadas y con las lágrimas saltadas. A este hombre le estaba yo dando una vida increíble. Y decir el padre que yo era una niña para él…valor tuvo. Menos mal que lo solucionó bien y hasta le tenía cariño.

La caja contenía todo un juego de joyería de oro blanco y diamantes que era lo más fino, elegante y bonito que había visto en mi vida. Las lágrimas se me saltaron de inmediato.

—Gonzalo, es lo más bonito que he visto jamás. Y pegará muchísimo con el estilo que tengo pensado.

—Te conozco más de lo que imaginas —me mordisqueó el labio.

—Y yo a ti, así que dame otro regalo que me juego un mes sin follar que tienes algunos más.

—Vamos que, si lo tengo, y si no me lo invento, pero un mes sin sexo no lo contemplo —negaba poniendo cara de terror.

Tres pantalones, dos top preciosos, una cazadora y unas botas. Todo eso tenía más para mí. A cada prenda más bonita.

A nuestras familias le habíamos comprado lo mismo: para nuestros padres jersey y perfume, para ellas, perfume también y unos fulares que eran de una calidad tremenda y de una buena firma.

Cuando llegaron se lo dimos todo y nosotros recibimos por ambos lados un montón de ropa, perfumes, maquillaje en mi caso y en el suyo bolígrafos, ya que le encantaba y coleccionaba. Fue una montaña de regalos la que recibimos.

Hicimos una barbacoa porque el día estaba soleado y el frío se combatía con las estufas exteriores que dejaban esa terraza de lo más cálida.

Mi madre hizo una tarrina de alioli que le salía genial, aunque a mí también, pues había aprendido de ella. También cocimos papas en el horno de piedra que íbamos a salpimentar luego y con ellas acompañaríamos la carne.

Comimos demasiado bien, pero no tanto como el postre que vino una hora después de manos de Larisa y sus padres. Fue una grata sorpresa que de nuevo todos sabían menos yo.

—¿¿¿Una vespa??? —me preguntó incrédula, cuando señalé hacia ella.

—Digo, eso fue el primer regalo que hoy recibí.

—Yo me tengo que hacer una foto montada en ella para mi Instagram.

—Di que sí, hasta yo también lo voy a hacer. Al final nos vamos a tener que hacer influencers.

—Yo te lo he dicho mil veces, que tenemos material del bueno para subir fotos y videos. Será por fotos, por favor —dijo, dado que a las dos nos encantaba inmortalizar los momentos y encima las hacíamos muy profesionales.

Mi hermana estaba volando para Brasil, ya que les había tocado ruta en este día. Allí pasarían cuatro y ya regresaría. De todas maneras, todos les

dimos los regalos anticipados de este día porque sabíamos que estaría trabajando.

Pasamos una preciosa tarde con todos ellos y por la noche nos fuimos juntos a comer al Cortijo, ese lugar que tanto nos gustaba a todos.

Al final, no tenía yo muy claro si me iría o no al día siguiente, ya que era martes y el viernes regresaría, así que seguramente me quedaría un poquito más, porque ni él quería que me fuera, ni yo quería echarlo de menos.

El caso es que quería esto que estaba viviendo y ya ansiaba que llegara junio para darle el sí quiero y comenzar esa vida en común como marido y mujer. A los dos nos hacía mucha ilusión crear una familia y ya hablábamos de buscar al primero en cuanto pasara la boda.

Capítulo 37

Decir que habían sido los seis meses primeros del año los más bonitos de mi vida, era quedarme más que corta dado que había vivido todo un sueño a su lado.

Desde Navidades nunca me marché, fue imposible separarme de alguien a quién necesitaba tener en todo momento en mi vida. Además, juntos llevábamos el Cortijo y se nos daba muy bien trabajar en equipo. Yo llevaba una parte que era la facturación y él llevaba el abastecimiento.

Yo seguí pagando el alquiler hasta marzo que fue cuando Larisa lo dejó porque se había comprado un apartamento seminuevo que era una ganga y se le quedaba una cuota hipotecaria pequeñísima al mes. Era muy coqueto y bonito. Estaba que se moría de felicidad con su propio hogar, cosa que me alegré porque se lo merecía por completo.

En mi caso me estaba haciendo un seguro de vida, como así le llamaba y todos se reían. No tenía casa porque la finca era de él y yo no quería nada en absoluto que no me perteneciera, es más, nos casábamos en separación de bienes y él puso unas capitulaciones.

En caso de separarnos y llevar más de cinco años casados, me correspondía por año cincuenta mil euros. En caso de divorcio y con hijos, por cada uno de ellos mil euros mensuales, vamos que como le dije, me salía rentable tener media docena y vivir de la paga. Menos mal que me conocía y se reía mucho con mis cosas. Y por último en caso de más de diez años casados, a parte de

lo anterior, me correspondía el ático que tenía en la ciudad. Todo un chollo para alguien que no fuera yo, ya que estaba enamorada hasta las trancas.

El caso es que como dije, me fui haciendo mi seguro de vida y es que cobraba mil ochocientos euros al mes más dos pagas íntegras y dos medias, estaba asegurada a jornada completa y encima no me dejaba pagar nada de nada. Tenía el dinero solo para mí, además de los treinta mil euros que me pagó la productora por el despido negociado por parte de Gonzalo. El caso es que estaba como una reina y hoy…¡¡¡Hoy me casaba!!!

Sí, y estaban todos los nuestros alojados en el Cortijo y nosotros en la suite. Bueno, yo en la suite que a él lo mandé bien temprano de una patada a la habitación de sus padres.

Me terminaban de maquillar y peinar entre mi hermana y Larisa, sí, y no penséis que quería ahorrar en profesionales ni nada por el estilo, es que mi hermana maquillaba que ponía los pelos de punta y mi amiga tenía un don con el pelo, así que después de millones de pruebas, tenían claro cómo me quería ver. Y lo consiguieron, tuve que hacer de tripas corazón para no llorar.

El vestido no podía ser más bonito y cuando me lo coloqué ya arreglada, casi que vuelvo a cagarla con las lágrimas, que por muy maquillaje fijo que llevara, no me fiaba ni un pelo.

Ellas no pudieron resistir la emoción y se les escaparon esas lágrimas que hacían que las mías al final, no se resistieran a salir.

El vestido era sin mangas y al cuello. Entero bordado sobre una gasa fina que encajaba en mi cuerpo a la perfección quedando estrecho hasta las caderas donde iba cayendo con soltura hasta el suelo formando atrás una ligera y pequeña cola. Era en color champagne y la espalda iba entera descubierta quedando la parte de atrás por debajo de mi espalda.

Como flores había elegido unos tulipanes, quería algo fresco y sencillo.

Mi padre vino a recogerme, ya que todos estaban en la carpa del jardín donde se iba a oficializar la ceremonia. Había venido el alcalde de la ciudad a hacer los honores. Era íntimo amigo de Gonzalo.

Agarré el brazo de un padre de lo más emocionado que no dejaba de decirme lo guapa que estaba. Las niñas ya se habían ido a unirse a los demás.

Cuando llegamos al jardín y mis ojos se cruzaron con los de Gonzalo que estaba a pie del altar junto a su madre, este se rompió de la emoción y lloró sin poder remediarlo. Un momento de esos imborrables que siempre se me quedaría en el corazón.

Fue un momento tan bonito entre aplausos y la Salve Rociera que nos cantaba un grupo flamenco, que el abrazo que nos dimos al llegar uno al otro, tuvieron que avisarnos varias veces para que nos separásemos. El mundo siempre conseguíamos pararlo y en este momento no iba a ser menos.

La ceremonia fue emotiva y rápida cómo habíamos elegido. Y fue cuando nos intercambiamos los anillos y el beso cuando el coro comenzó a cantar la de "Quiéreme, como se quiere por primera vez…"

Estábamos tan felices que parecía que el mundo había caído rendido a nuestros pies.

Nos fueron felicitando y nos tiramos un montón de fotos con todos mientras disfrutábamos de aperitivos, vinos, cerveza y lo que todos quisieran. Hoy era un día para tirar la casa por la ventana y no había mejor lugar que en el Cortijo, que estaba adornado y cerrado para este convite.

Las mesas en el jardín estaban tan bonitas con toda la decoración exterior que habían puesto, que parecía que todo era como un cuento de princesas y yo la afortunada a la que, en vez de poner el zapato, le habían puesto el anillo.

Estábamos comiendo después de los entrantes por el jardín cuando mi suegro me hizo levantarme. Me cogió de la mano y me llevó al centro de todas las mesas. Y comenzó un baile al que me arrastró entre risas. En el fondo era una grandísima persona.

—Ya tengo una hija. Bienvenida a nuestras vidas.

—Gracias, suegro. Hoy también gané otro padre —le dije, consiguiendo emocionarlo, como estaba todo el mundo viéndonos bailar de esa manera improvisada por él.

La tarde fue con DJ y bebidas infinitas, además iba a haber un catering por la noche, ya que teníamos todo previsto para dar servicio hasta que se fuera marchando el último de los invitados, menos nuestros familiares y Larisa, que sus padres, hermanos y ella eran parte de la familia y estos, con sus parejas también tuvieron su habitación y estaban apoyándonos en este día.

Lo mejor de todo fue Richard, que a las siete de la tarde iba más para allá que para acá. Lo que nos estábamos riendo con él no tenía precio. Llevaba media ahora pegado al DJ con la mano levantada y como si fuera el prota absoluto del día. Tenía mucho arte el guiri, como yo lo había bautizado desde el primer momento.

Gonzalo me llevaba en brazos de un sitio a otro, bailaba, me cantaba, me besaba y no dejaba de llamarme esposa. Me tenía que morir con él, y es que estaba como un niño chico con zapatos nuevos. Estaba pletórico.

Había muchos amigos y los empleados que habían quedado en la productora, así como Juan, que ya trabajaba desde enero en el Cortijo y había venido con su mujer, como los demás que tenían pareja.

Todos estaban disfrutando y viviendo un día que muchos veían como mágico, porque sobre todo los que fueron compañeros míos sabían como andaba detrás de mi jefe y lo que nunca pudimos imaginar, es que hoy me convertiría en su mujer. El amor triunfaba y en la vida nunca había que dar nada por hecho.

Richard puso a todo el mundo a tomar chupitos de Ron Caramelo, esa bebida que tanto me gustaba. Hasta mis padres, mis suegros y los papás de Larisa, llevaban una cogorza que no podían con ella. Bailaban como si tuvieran veinte años, pero a estilo robot. Lo que me reía con mi hermana y amiga observándolos, no tenía precio.

Por la noche se fueron marchando en taxi sobre las dos de la madrugada, menos los nuestros, ya que seguíamos en pie y liándola bien gorda con las

risas que nos estábamos echando. Quedábamos la familia, todos los que éramos la piña de verdad porque en eso nos habíamos convertido.

El amor en todas sus vertientes había triunfado, como este día tan especial en el que hubo mucha emoción, pero también carcajadas infinitas que era el mejor sello de garantía a saber que todos lo habíamos disfrutado.

Capítulo 38

Habíamos acabado de aterrizar en República Dominicana, lugar que yo había elegido para mi luna de miel. Caribe, una villa de lujo frente al mar y un todo incluido con esas pulseritas que tanta ilusión me hacía.

Sí, que sé que podríamos habernos ido a Bali, Tailandia, Maldivas, Europa o cualquier destino más de Luna de Miel, pero yo quería este y la villa que habíamos reservado era la fantasía más grande que había imaginado. Fue un amor a simple vista. Me saltó una publicación en Instagram con las fotos del hotel y me dije que fuese donde fuese, ahí quería estar para tan ansiada estancia.

Un chofer nos llevó hasta el resort que era de cinco estrellas, pero de máximo lujo. Una pasada que nada más entrar te hacía abrir la boca de la impresión. Nos recibieron con dos cocteles y pedí otros dos, porque me los bebí de un trago. Comenzaba mi luna de miel y tenía que ser por todo lo alto.

Nos trasladaron en un buggie hasta la villa. Fue entrar y la sonrisa que me salió de oreja a oreja, fue símbolo de que era tal y como lo había visto. Es más, ganaba mucho más en directo que por fotos, que ya era mucho decir.

Cascada en una piscina rinconera de grandes piedras por las que salían unas palmeras preciosas y unas vista de primera línea de mar a nuestros pies donde había camas balinesas y hamacas, además de un servicio de atención de bebidas y comidas personalizado. En el interior había una cama King Size y un jacuzzi a sus pies. Eran todo tan de película que no podía dejar de tirar

fotos mientras Gonzalo servía unas copas de vino para brindar por el comienzo de nuestros días en este lugar.

—No en serio, es que más bonito e idílico no puede ser.

—¿Puedes dejar de tirar fotos y venir por la copa?

—¡No puedo! Tengo que mandar un reportaje gráfico a la familia sin dejarme nada.

—Pero si está oscureciendo.

—Bueno, por la mañana les hago otro.

—Claro que sí, abandono total por tu parte hacia mi persona.

—Que no, amor, que ya está —me acerqué a él riendo y le mostré mi dedo con la alianza de casados.

—No la había visto —dijo con ironía entregándome la copa.

Y es que, desde el mismo día de la boda, no había momento en que le enseñara mi dedo de lo más orgullosa por haberme convertido en su mujer.

Gonzalo había ordenado la cena y nos trajeron una bandeja de pescado fritos con la que nos íbamos a poner las botas. La vimos en la carta con la imagen tan deliciosa que no dudamos en pedirlo. Ni ensalada ni nada, solo pescado a reventar y fue de las mejores elecciones dado que no estaba bueno, estaba riquísimamente delicioso.

Nos quedamos dormidos super tempranos agotados por el viaje, ya que los ojos se me cerraban mientras terminaba de cenar.

Por la mañana, un poco antes de las seis, teníamos los ojos como búhos. Preparamos un café en la máquina que había en la habitación y que a su lado tenía una bandeja con muchísimas cápsulas, azúcar, chocolatinas individuales y monodosis de leche dentro del minibar.

Nos salimos a tomarlo y ver un amanecer que nos dejó enmudecidos de lo bonito que era. Yo como no, tiré un montón de fotos e hice algunos videos para aprovechar cada momento de ese espectacular cielo que se mezclaba con las aguas turquesas del Mar Caribe.

Para desayunar podíamos pedirlo a la villa, pero yo quería hacerlo disfrutando de un bufet que vi por fotos que era un escándalo. No me lo perdía ni muerta. Así que, a las siete y cuarto, ya estábamos camino del restaurante, ya que tenía un hambre sin precedentes.

Cogimos una mesa que estaba en la playa, sí, todo a pie de mar y era una maravilla. Nos sirvieron un café, agua y zumos, ya que de la bebida se encargaban los camareros. Luego entramos a hacernos con el resto del desayuno.

Me preparé un combinado que era locura. Huevos a la plancha, beicon crujiente, salchichas pequeñas, pan tostado, mantequilla y bollos.

—¿En serio te vas a comer todo eso?

—Y tan en serio…

—¿En serio me estás diciendo que…?

—Que sí, que pesado, que tengo hambre. Tranquilo que luego me cuido en España este cuerpazo para que lo sigas disfrutando.

—No me preocupa eso, pero no sé, veo demasiada comida.

—Pues es lo que hay, tengo hambre —comencé a comer como si no hubiese un mañana.

No fue solo la mañana, fue la comida, la merienda, los picoteos y hasta la cena. Nos habíamos quedado todo el día en el resort bebiendo y comiendo entre playa, piscina comunitaria con su barrita y la nuestra privada.

Esto era vida y no quería que se me pasaran las vacaciones rápido. De nuevo el cansancio del cambio de horario nos llevó a dormir rápidos.

Así que la segunda mañana que amanecía a punto de ver un amanecer, sin saber que esta vez iba a ser de otra manera.

—¡Juannn!

No, no estaba llamando a Juan, estaba vomitando en la puerta de la villa lo más grande. Notaba como si tuviera un virus en mi cuerpo y me sentía fatal. Escuché a Gonzalo llamar al servicio médico del hotel al ver que no paraba y que me sentía tan mal.

No tardó en venir un doctor y su enfermera. Me miró los ojos, me tocó la barriga y nos pidieron que los acompañáramos a enfermería. Nos trasladaron en un buggie por el que eché lo más grande por el camino.

Me hicieron una analítica de sangre, una de orina y nos dijeron que debíamos esperar un rato a los resultados y que, de ahí, ya comenzarían a descartar.

Un rato después apareció la enfermera con los resultados, se lo dio al médico y este nos hizo pasar a su consulta.

—Felicidades, vais a ser padres —nos comentó el doctor, dejándonos en shock.

—¿Cómo voy a estar yo preñada si ayer me bebí hasta el agua de la piscina y hace tres días en mi boda me bebí hasta el agua de los floreros, doctor?

—Pues nada, a partir de hoy beberás de todo menos cafeína y alcohol.

—¿Dé cuánto tiempo está, doctor? —le preguntó Gonzalo.

—Según el test que hicieron después de la confirmación, está de seis semanas.

—Ya decía yo que me tenía que venir la regla, pero como tengo tantos desajustes, pues toma, preñada que te crio. Ya se me ha pasado hasta la fatiga. Ahora tengo el cuerpo cortado. Doctor, ¿seguro?

—Segurísimo, Abril, usted tranquila e intente no comer comidas copiosas ni marisco que no esté bien cocido o cocinado ni nada de pescado crudo o ahumado.

—Y encima sin café…

—Cariño, ¡estamos preñados! —gritó Gonzalo, cuando parecía que había salido del shock, porque se puso más blanco que una pared recién pintada.

Me dio tal susto y yo estaba tan impactada que de los nervios reaccioné dándole una hostia.

—Perdón —me llevé las manos a la boca.

—Si te sirve de consuelo, mi mujer me las da cada vez que me descubre una amante —nos dijo el médico, causándonos una carcajada.

—Doctor, una última pregunta.

—Sí, dígame, Gonzalo —era muy cercano y nos llamaba por nuestros nombres.

—¿Algo que deba de saber para esta semana antes de que regresemos y vayamos a una clínica en nuestro país?
—Disfrutad de la estancia y lo de los vómitos estoy seguro de que es más por todo lo que comiste y bebiste ayer que por el tema del embarazo, aunque obviamente tuvo que ver porque estarás más sensible.

—¿Un cigarrito al día? —pregunté con resignación.

—Claro, ¿cuántos sueles fumar?

—Máximo dos o tres al día, pero con uno me conformo.

—Ah, muy bien, mejor uno que pasar una crisis de ansiedad por la abstinencia.

—Voy a ser padre, doctor, voy a ser padre —le dijo Gonzalo, dándole la mano para despedirse.

—Ya te digo que sí —se rio.

Le di también la mano y salimos de la enfermería. Aún no habíamos atravesado la puerta cuando me cogió en brazos y comenzó a caminar por el Lobby gritando que íbamos a ser padres. Los huéspedes aplaudían emocionados.

Gonzalo estaba como un niño pequeño. Mientras yo me tomaba un coctel sin alcohol en silencio y shock, él hacía videollamadas a todo el mundo para contarles la noticia y obligándome a saludar cuando yo aún estaba asimilando la información.

Costó hacerse a la idea, pero al día siguiente ya estaba yo feliz sacando barriga tirada en una tumbona. Íbamos a ser padres. ¿No era acaso eso lo más bonito que podía pasarnos para construir ese futuro del que tanto hablábamos?

Disfrutamos de unas vacaciones en la que el único tema que había era el del bebé. Eso sí, no volví a vomitar ni un día más.

Capítulo 39

Estaba tumbada en la camilla en la consulta del ginecólogo. Era la primera visita de los tres meses.

A las dos semanas de regresar del viaje fuimos a ver a un doctor de confianza de Gonzalo que me hizo unas analíticas que confirmó que todo estaba bien en mí. Nos recomendó que cogiésemos cita para el ginecólogo para dentro de un mes y hoy había llegado ese día.

—Todo perfecto, pero como veréis, no viene uno, sino dos. Se ven perfectamente, dos niñas.

—¿Cómo qué dos? —me incorporé como la niña del Exorcista.

—Sí, dos hembritas.

—¿Dos? ¿Seguro?

—¿Acaso no se ve claro?

—Sí, sí, clarísimo —decía Gonzalo, mirando a la pantalla.

—Otra vez a asimilar otra noticia. Dos. ¡Madre mía! —grité, poniéndome la mano en la frente.

—Tranquila, cariño, creo que con esfuerzo y luchando, tendremos para que no les falte un plato en la mesa —bromeó y le di un puñetazo en el hombro.

El doctor que sabía quién era Gonzalo, se echó a reír por ese comentario. El menor de los problemas por suerte era el plato de comida, el mayor era no solo un parto doble, sino dos de golpe. No sabía si reír, llorar o felicitarme a mí misma por todos los récords que estaba batiendo.

Nos dirigimos a una terraza a tomar un descafeinado con una tostada porque me había entrado de repente un hambre que no era normal. De nuevo se repetía la situación, yo en shock y Gonzalo haciendo videollamadas a todos para ponerlos en situación.

—Gonzalo, ya te puedes ir haciendo a la idea de los meses y años que nos esperan.

—Dos mujercitas, cariño, vais a ser mis tres princesas.

—Qué hostia tienes… —resoplé.

—Pero si te he dicho algo muy bonito.

—Pues igualmente la tienes —me reí, mirándolo porque desde luego que atino había tenido.

—Cariño, piensa que yo ya tengo una edad y tener dos de golpe es lo mejor que me puede pasar. Voy para mayor…—¡Auch! —gritó, cuando le di la patada con todas mis ganas en las espinillas.

—Solo tienes cuarenta y seis años y estás mejor que uno de treinta. Deja de llamarte viejo.

—Desde que te enteraste del embarazo me están lloviendo las hostias —se reía.

—Y más que te van a llover —le hice una burla—. Por cierto… ¿Por qué no aprovechamos y vamos mirando una habitación doble de bebés? Tengo ganas de pasear entre muebles que me den inspiración.

—No será por el fresquito que hace —estábamos a mitad de agosto.

—Te repito, por una tienda de muebles de bebés de la que estoy casi convencida de que tendrán aire acondicionado.

—Yo te llevo a la mejor de la ciudad y si hace falta, a una del extranjero.

—Te lo has ganado —le di una colleja.

—Creo que voy a empezar a hablarte mal para no cobrar.

—Cobrarás el triple —me encogí de hombros.

—Haga lo que haga, cobraré, si es que uno lo único que quieres es ir a mirar muebles y disfrutar del momento —me dio un pico.

—Vamos a comprar cositas, necesito quemar tarjeta.

—Todo lo voy a pagar yo.

—Pues por eso, necesito quemártela —aguanté la risa, pero terminé estallando —. Por cierto, cayendo en cuentas, si me separo ahora no tengo paga por años de casado, pero si mil euros por cada niña…No sé si me compensa más separarme que aguantarte.

—¿A ti te ha dado por mí? Porque creo que eso de pincharme se te está yendo de las manos.

—En verdad, con lo que está subiendo la vida, me conviene más tener otro par de ellos y asegurarme cuatro mil.

—Te lo has buscado.

—Se levantó me abrazó y comenzó a hacerme cosquillas.

—¡Que voy a echar a las niñas por la boca! —gritaba a carcajadas como también lo hacían algunos de las mesas de alrededor de vernos así.

Nos dirigimos a una tienda de muebles de bebés. Era toda una locura de dormitorios con sus textiles en unas líneas preciosas y un montón de complementos que llenaban de ideas.

Los dos nos quedamos observando el mismo y aguantando la risa.

—¿Qué nos lo impide?

—Nada ni nadie —murmuré, sin dejar de mirar esa maravilla.

—¿Lo hacemos?

—Claro…

La habitación era de madera tallada en color blanco, pero con algo muy peculiar, y es que cada pieza estaba inspirada en una feria infantil; el armario era de la forma de un teatro, ya que se veía como un telón y las puertas hacían de taquillas, las camas eran unas carrozas de cenicientas, el escritorio doble eran como mesas de árboles que eran de picnic que se veían en los jardines de esos parques y la cómoda era alucinante, no era plana, estaba como si fuera medio circulo, con la zona de la barriga para afuera y con pico como si fuera un carrusel. Los tiradores de los cajones eran los caballos y cacharros de la propia atracción.

También nos decantamos por el textil que estaba como muestra y que era precioso tanto los edredones, como la alfombra y también las cortinas. Eran de piqué, en color beige y tonos tierras, como yo quería, neutralidad y que luego ellas se decantaran por sus propios gustos de color.

Me vine tan arriba que luego de pagarlo y decirnos que en cuatro días nos lo entregaban, le pedí que fuésemos a la tienda de al lado que era de todo tipo de ropa y necesidades de bebés.

Gonzalo se animaba del tirón y tiraba de mí hacia la tienda. Nada más entrar cogí un carrito y le señalé para que cogiese el otro. Sabía yo que esos los llenábamos.

Compramos biberones, chupetes, baberos, pañales, bodis de primera, de segunda y de tercera, conjuntitos de pijamas, de chándal para que estuvieran cómodas en la finca y dos mantitas para cada una. Por último, pasé por la parte de colonias, champús, etc., y terminé llevándome unos veinticinco

productos más. Habíamos hecho un pedazo de compra para llenar un poco la nueva habitación cuando nos llegara en unos días.

Mi madre se horrorizó cuando llegó a la finca y le enseñamos todo lo de las bolsas. Me decía que esperase, ya que nos caerían muchos regalos. Y yo lo entendía, pero yo también tenía derecho a comprar cosas, de todas maneras, iban a necesitar muchas más porque eran dos y no habíamos cubierto otras muchas necesidades.

Luego vino mi hermana, Larisa, sus padres y mis suegros. Pasamos por mensajes las ecos que las teníamos en digital y todos se emocionaron un montón. Hoy íbamos a celebrarlo con una barbacoa y una de piscinas que, por cierto, la había mandado a reformar y la inspiró en la del Caribe de nuestra villa, pero con una barra dentro. Fue acabados de llegar del viaje y como cumpliendo uno de mis primeros antojos. En una semana la tuvimos lista.

Larisa y mi hermana, no paraban de decir que a los cinco meses había que hacer la Baby Shower. A mí me hacía mucha ilusión, así que dije que teníamos que pensar algo a lo grande.

Todos estaban locos con la sorpresa de encontrarse como nosotros de que no era uno, sino dos.

Epílogo

Ese día estaba recordando mi Baby Shower cuando ya estaba más que cumplida. Sí, esperando a que las gemelas nacieran, tirada en el sofá viendo imágenes de recuerdo de mi barriga y aparecieron las de esa día en que hicimos una preciosa fiesta donde vinieron todos, además de los compañeros de la productora que siempre seguíamos teniendo presente.

Recibimos infinidad de regalos y cariño. Fue un día tan bonito en el Cortijo que se me quedaron muchos momentos grabados no solo en el móvil, sino en mi cabeza y corazón.

Tenía una barriga grande, pero tampoco nada exagerada, vamos que parecía que estaba de una en vez de dos, pero todo iba viento en popa y si Dios quería, nacerían por parto natural.

Como decía estaba en el sofá y a mi lado Gonzalo, pero no, no era el de nuestra casa, era el de la habitación de la clínica donde yo ya estaba ingresada esperando el momento.

Momento en que me llegó una contracción y que del impacto le solté una hostia a Gonzalo, cosa rara en mí.

Y comenzaron a venir demasiado seguidas y rompí aguas. El caso es que el "higo" con más arte de toda España era el mío. Las dos nacieron sin provocar nada, sin cesáreas y de forma natural con cinco minutos de diferencia. Y lo mejor es que fue cada una con dos empujones. Duna y Lili habían venido al mundo.

Sí, lo he dicho bien, porque a mí me dieron tanto amor esas dos perritas durante el embarazo, que como homenaje, cuando me enteré que eran dos niñas, fue como la señal a hacer algo bonito por esas mascotas que son la mayor prueba de fidelidad.

Fueron unos meses de aprendizaje, pero en el que la ilusión se incrementaba y los momentos familiares eran tesoros que queríamos atesorar en el mayor número de horas.

Nuestras familias estaban muy volcadas y nos ayudaron un montón, aunque no tanto como querían, ya que los dos estábamos muy involucrados con las niñas.

El caso es que el día del primer cumpleaños de las gemelas, me enteré de que estaba embarazada. Sí, eso tampoco la esperábamos, pero claro, cuando se jugaba con fuego y casi todos los días, pues era normal quemarse.

Lo que no fue normal es cuando nos dijeron que…también eran dos. En este caso dos varones.

—Ya tienes los cuatro mil euros asegurados — bromeó Gonzalo, cuando nos lo dijeron.

—Voy a esperar a terminar de cotizar los cinco años para que me quede un dinerito más —le di una colleja.

—Chica lista. Mola como madre de mis hijos —se rascó, asumiendo que le esperaba otro embarazo de hostias, collejas y patadas. Pobre hombre…

Esta vez nos lo tomamos de seguida bien. Sabíamos que aperrearnos o hacernos un mundo, no nos llevaría a nada. Así que recibimos la noticia con toda la felicidad e integridad del mundo.

Con ellos también preparamos la habitación con mucho cariño y en este caso inspirada en un bosque. Nos pareció de lo más bonita y acorde. Diferente que la de las hermanas.

También tuve mucha suerte con el parto gemelar de los niños. Al final me confirmaron que tenía mucha elasticidad y muy buenas preparaciones antes

del parto al que acudía cada día.

Hugo y Mateo nacieron con ocho minutos de diferencia y no querían llorar, venían de lo más relajados, parecían lo contrario a sus hermanas, que eran de lo más inquietas.

La casa se llenó por completo, pasamos de ser cuatro a ser seis y nos faltaban manos, horas y más relax, pero al menos demostramos tener algo y era toda la paciencia y amor del mundo.

Tras el nacimiento de los gemelos, mi hermana se fue a vivir a Londres con Richard, pero venían a menudo. Ellos no hablaban de casarse, no era una prioridad en la relación. Con el paso de irse a vivir juntos ya cubrían todo lo que querían.

Larisa comenzó a salir con un compañero de trabajo que esta vez sí era un buen chico y la ponía a ella por delante en todo. No tardaron en irse a vivir juntos al piso de él, que era más grande y ella alquiló el suyo.

Dos años después de nacer los gemelos también nos pilló por sorpresa otro embarazo. ¿Y a qué no sabéis qué? También fue gemelar, pero como el destino era gracioso, en esta ocasión venían niño y niña. Paola y Lucas.

Pero paso algo, y es que antes de que nacieran y volviera a correr peligro, mandé a Gonzalo a hacerse una vasectomía para garantizarme que con estos dos últimos, ya se cerraba el cupo. Y el bueno de mi marido, se la hizo.

Lo más curioso es que ni Gonzalo ni yo teníamos antecedente gemelares ni nada por el estilo, pero era un misterio que nos quedaríamos toda la vida sin resolver. Unos especialistas nos decían unas cosas y otros otras, a saber, quién tendría razón. El caso es que lo bordamos.

Y poco más puedo contar, ya que, del último parto solo habían pasado dos años y a pesar de ser una familia numerosa, seguíamos viviendo una autentica luna de miel.

Gonzalo no solo era el mejor hombre del mundo, también era el mejor esposo, compañero, padre y amigo.

Comenzamos siendo dos para pasar a ser ocho y todo por la gracia de querer a mi jefe en mi mesa de Navidad, y vaya si lo conseguí.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu